

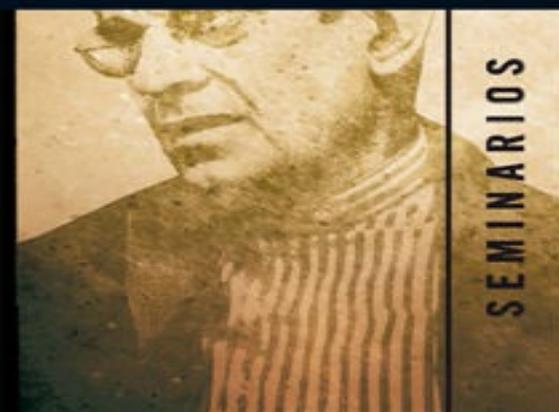
PAIDÓS BIBLIOTECA DE PSICOLOGÍA PROFUNDA 315

# Isidoro Vegh



## Retorno a **Lacan**

Una clínica del sujeto



SEMINARIOS



# Retorno a Lacan

Isidoro Vegh

# **Retorno a Lacan**

Una clínica del sujeto

# Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Agradecimientos](#)

[Prólogo](#)

[1. ¿Por qué falo-castración?](#)

[2. El campo es freudiano, el Inconsciente es lacaniano](#)

[3. Del sujeto supuesto al sujeto puesto en acto. \*Un bucle extraño\*](#)

[4. ¿Por qué subversión del sujeto?](#)

[5. Entre el deseo y el goce](#)

[6. Pliegues: anticipaciones y retroacciones en la obra de Lacan](#)

[7. El Diagrama de flujo. Cuando la palabra no alcanza](#)

Vègh, Isidoro

Retorno a Lacan / Isidoro Vègh. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Paidós, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-12-9416-3

1. Psicoanálisis. 2. Terapia Psicoanalítica. I. Título.

CDD 150.195

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Todos los derechos reservados

© 2016, Isidoro Vègh

© 2016, de todas las ediciones:

Editorial Paidós SAICF

Publicado bajo su sello PAIDÓS®

Independencia 1682/1686,

Buenos Aires – Argentina

E-mail: [difusion@areapaidos](mailto:difusion@areapaidos.com.ar)

[www.paidosargentina.com.ar](http://www.paidosargentina.com.ar)

Primera edición en formato digital: mayo de 2016

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-12-9416-3

## Agradecimientos

Comienzo por quienes año tras año me acompañan con su presencia, su escucha, sus preguntas y comentarios en el despliegue de un seminario que excede los tres decenios. Persevero en una apuesta que encuentra en la aventura freudiana razón suficiente para su invitación reiterada.

Agradezco a Eva Tabakian por su confianza, una vez más expuesta en la publicación de este texto en la colección que dirige en la editorial Paidós.

También a Moira Irigoyen por sus valoradas sugerencias y correcciones en el traslado de la versión oral al escrito.

Mi reconocimiento a Julieta Dré por su oficio y su paciencia en las diferentes versiones que la progresión de la obra reclamó.

Por último, agradezco a todos aquellos, amigos y colegas de la Comisión Directiva y al personal de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, que con su esfuerzo han facilitado el espacio acogedor para la realización del seminario que hoy se ofrece en las letras de este libro.

ISIDORO VEGH,  
agosto de 2015

# Prólogo

Con la *Traumdeutung* freudiana, en 1900, se inauguró la hipótesis del Inconsciente estructurado como un lenguaje, con sus leyes y su retórica.

En el siglo pasado, en los años cincuenta, Lacan invitó a los analistas al “retorno a Freud”, porque consideraba que ellos, al introducir una psicología del Yo y un instintivismo que relegaba la eficacia del Inconsciente, habían extraviado el rumbo.

Hoy, aunque se presente con otros discursos, la historia se repite. Confirmando así la radicalidad del descubrimiento del Inconsciente que produce sus efectos y sus rechazos.

Articulado con los últimos desarrollos de Lacan, el Inconsciente, enlazado a lo Imaginario y a lo Real, enriquece una experiencia que valoramos: la del análisis como respuesta privilegiada al malestar del sujeto en los tiempos que nos conciernen.

“El Inconsciente está estructurado como un lenguaje y se aloja en el lenguaje”, frase del maestro, nos lleva a realizar un pliegue en el recorrido de su enseñanza. En ella se asienta la clínica a la que invitamos.

Dos textos devenidos en clásicos del psicoanálisis nos incitan a una lectura cuidadosa: “La significación del falo” y “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. (1)

Como ya ocurrió con *La interpretación de los sueños*, *El chiste y su relación con lo inconsciente*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, textos clásicos freudianos, hoy los *Escritos* de Lacan –los que mencionamos, entre otros– son puestos a un lado en la formación de los jóvenes analistas. Quienes debieran guiarlos apartan esas letras en homenaje a una última elaboración, que a su entender arrasaría con todas las elaboraciones precedentes. No distinguen la fina lógica que guió su enseñanza en todo su recorrido. Desconocen, por ejemplo, la referencia reiterada en los distintos tiempos al teorema de Gödel, que a Lacan le sirviera para subrayar la lógica del Inconsciente como lógica de incompletud.

Asimismo, el concepto de “sujeto” es igualado a una suposición imaginaria que invita al sentido y, por lo tanto, desconocido como efecto, como “sujeto puesto en acto”, según Lacan mismo lo nombrara.

Dogmatizando la teoría, se atribuye al sentido una significación coagulada, unívoca. Ignorando que en el seminario *El sinthome*, (2) por enhebrar uno de sus últimos seminarios, Lacan nos dice que devolverle al analizante el sentido es nuestra tarea como analistas.

También, aquellos a quienes criticamos acentúan la relación con el goce para devaluar la referencia al deseo.

Si he propuesto una escritura que llamé “Diagrama de flujo” es para mostrar el

pliegue entre escrituras distintas, los grafos del comienzo y los nudos del final. Ello sirve para articular a la lógica de incompletud la lógica del no-todo cuando la castración no opera. Guía para el practicante, ofrezco este Diagrama como una escritura que no cercena la complejidad del parletre.

Un relato será oportuna mostración de la complejidad de las instancias, de los circuitos posibles o trabados, de las intervenciones propiciatorias.

Si hace unos años publiqué en esta editorial, en Paidós, *Hacia una clínica de lo real*, hoy acentúo “clínica del sujeto”. El sujeto de la estructura no se distingue por ninguna consistencia. Su falta-en-ser, la que garantiza el buen enlace de los registros, no se iguala a la inexistencia. Pues es real su efectuación. Recordarlo consagra una ética que destaca su condición: el objeto del psicoanálisis es el sujeto.

[1.](#) Véanse Lacan, Jacques, “La significación del falo”, en *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1987, pp. 653 y ss., y Lacan, Jacques, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, en *Escritos 2*, ob. cit., pp. 755 y ss.

[2.](#) Lacan, Jacques: *El seminario, libro 23: El sinthome*, Buenos Aires, Paidós, 2006.

# Capítulo 1

## ¿Por qué falo-castración?

Iniciamos hoy un seminario al cual me decidí por mi relación con el psicoanálisis, por mi deseo jugado en el psicoanálisis. Lo he conversado con colegas a los que aprecio. El título que le puse es “Retorno a Lacan”, a lo cual los invito. Pueden apreciar que estamos ante una escenografía que no es habitual. Se la debo a una colega y amiga muy querida, Ana Lía Werthein, artista que ha hecho estos dibujos, estas pinturas del maestro. Charlamos acerca de que me gustaría (y ella accedió) que en la primera clase del seminario estuviéramos acompañados por sus obras. Una manera también de hacerlo presente.

Ustedes dirán: “Retorno a Lacan, ¿por qué?, ¿dejaste de ser lacaniano?”. Conciérne a otra razón. La voy a contar con una breve anécdota que alguna vez relaté.

Era el año 1977, época difícil en nuestro país; había decidido, para respirar un poco de aire fresco, irme a Europa por unos cuantos meses. Varios de esos meses los pasé en París y allí tuve el gusto de ser recibido, junto a otros colegas argentinos, en un homenaje que nos hicieron a los que en ese momento dirigíamos la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Invitamos también a otros colegas argentinos que estaban en París. El encuentro fue en la casa de quien era el secretario general de la École Freudienne de París, Christian Simatos, un hombre agradable, simpático, cordial. Recuerdo que, creyendo que las costumbres eran más o menos las mismas que en Buenos Aires, pensé que, si me habían invitado a las 7, era mejor llegar 7:30. Pero cuando llegué me dijeron que inventara algo porque hacía media hora que estaban esperando para comer los canapés. Por suerte en París era fácil inventar algo: dije que no conseguía taxi. Y empezó la reunión. Estaban, entre otros, Octave Mannoni, su mujer (Maud Mannoni), Serge Leclair, Solange Faladé, Ginette Rambault, Charles Melman y los dueños de casa. Una reunión muy agradable, todos alrededor de una mesita ratona con *champagne*, canapés y todo lo demás. Se empieza a conversar y comienzan a discutir Maud Mannoni (era muy peleadora) con Leclair. Ya en esa época la École Freudienne de París estaba dividida en grupos. Tanto es así que al final Lacan decidió disolver su escuela y dijo que se debía a que no podía impedir que los efectos de grupo primaran sobre los efectos de discurso. Octave –que era un hombre de cierta edad, mayor que los demás, muy cordial (era difícil encontrar en París a alguien que se declarara su enemigo)– se dirige a nosotros, los argentinos, y nos dice: “No entiendo qué hacen ustedes acá, ¿para qué vienen?”. Como yo era el que mejor hablaba francés, le dije: “Octave, me sorprende lo que usted pregunta, vinimos porque acá está el maestro, nos parece interesante escucharlo,

acercarnos también de este modo a su persona y a su obra”. Siguen discutiendo entre ellos y al rato Octave insiste: “La verdad, no entiendo por qué vinieron. Ustedes tienen gente muy capaz en su país, en la literatura tienen a Borges, Cortázar, Sabato”. Otra vez tomo la palabra:

Octave, vinimos acá porque en Argentina sufrimos una dictadura que nos quiere convencer de que hay que eliminar todo discurso foráneo, sea Marx, sea Freud; todo tiene que ser nacional. Una posición fascista que nosotros no compartimos y que nos lleva a escuchar, además de a los buenos escritores argentinos, también a un maestro del psicoanálisis, que es nuestro campo. El hecho de que sea francés no quiere decir que tengamos que dejarlo a un lado, es un absurdo. Además conocemos la historia de la literatura argentina, que en parte comienza por la relación con Francia, con los románticos, en el año 1830. Había un gran escritor argentino, Esteban Echeverría, cuya relación con la cultura francesa fue indudable.

Siguen conversando entre ellos, la discusión es intensa. Estaban, por un lado, el grupo católico de Françoise Dolto, Christian Simatos, Denis Vasse; el grupo de izquierda, con Élisabeth Roudinesco y otra gente; el grupo anarquista, representado por Maud Mannoni y compañía, y Serge Leclair, que ya estaba bastante enojado porque su lugar garantizado de delfín empezaba a ser cuestionado por un grupo de jóvenes en el que como cabeza de serie estaba Jacques-Alain Miller. La cosa entre ellos venía complicada. Y Octave vuelve a decir: “No entiendo para qué vienen acá, me parece que es propio de una mentalidad de colonizados”. Entonces, acorde con mi temperamento (sabía que él había sido funcionario francés en tierras de ultramar, forma delicada de decir “colonias”), le dije:

Octave, ya es la tercera vez que nos hace la misma pregunta. Si no fuera usted, pensaría que nos trata como a colonizados que no entendemos. Pero ¿sabe qué es lo que pienso? Que el tema es otro, que los que no saben cómo situarse ante el maestro son ustedes, los franceses. Es un problema que ustedes no tienen resuelto.

Eso fue en el año 1977. Me acuerdo de que después la discusión prosiguió cuando fui a un hospital en el que se atendía a niños: estaba Maud Mannoni con un grupo de alumnos. Me dice: “¿Usted sigue atendiendo en Buenos Aires? ¿Con esa dictadura y gente que tortura y que mata?”. “Sí, es terrible, es trágico. Cómo será, que Lacan me preguntó si firmaba un manifiesto o no porque no quería comprometernos [ya había tenido una entrevista con Lacan en su consultorio], porque efectivamente la cosa está muy difícil. Pero sí, atiendo.” Y casi con desprecio me dice: “Pero ¿cómo pueden atender con una situación así?”. Ahí también tuve que pararla en seco: “Atiendo porque la gente, pese a todo, sigue soñando. Pero además le voy a hacer una pregunta. Ustedes, los franceses, además de la Revolución francesa, ¿hicieron la otra? Me parece que la tienen tan pendiente como nosotros”. No volvió a insistir.

“Retorno a Lacan”. Voy a leer la invitación. Algunos la habrán recibido, quizás otros no. Le puse como subtítulo “Una clínica del sujeto”. Quiero establecer una posición: el objeto del psicoanálisis no es el objeto *a*, es el sujeto. El objeto *a* es un elemento

importante de la estructura del sujeto. Esta es una primera distinción, que implica una posición ética.

Les leo la invitación:

La *Traumdeutung* inauguró la hipótesis del Inconsciente estructurado como un lenguaje, con sus leyes [es decir, su lógica], su retórica.

En el siglo pasado, en los años cincuenta, Lacan invitó a los analistas al “retorno a Freud”. Habían extraviado el rumbo introduciendo una psicología del Yo [la Ego Psychology en Estados Unidos, con Hartmann, Loewenstein, Kris] y un instintivismo [la corriente kleiniana] que relegaba la eficacia del Inconsciente. Hoy la historia se repite, aunque se presente con otros discursos. Y así confirma la radicalidad de su descubrimiento, que produce sus efectos y sus rechazos.

El Inconsciente, articulado con los últimos desarrollos de Lacan, enlazado a lo Imaginario y a lo Real, enriquece una experiencia que valoramos: la del análisis, respuesta privilegiada al malestar del sujeto en los tiempos que nos conciernen.

“El Inconsciente está estructurado como un lenguaje y se aloja en el lenguaje”, frase del maestro (que extraje de “L’etourdit”, (3) el último escrito que Lacan hizo, porque todos los demás son conferencias), nos invita al pliegue en el recorrido de su enseñanza. En ella se asienta la clínica a la que invitamos.

Voy a leerles algunas citas, para comenzar, relativas a cómo Lacan planteó el retorno a Freud. Son de uno de sus textos, que está en sus *Escritos*. Es del año 1955. El posfreudismo solía decir, a propósito de *Die Traumdeutung, Psicopatología de la vida cotidiana, El chiste y su relación con lo inconsciente*, que estaba bien que los candidatos del Instituto los estudiaran (en definitiva, los escribió Freud), pero que en realidad eran cosas antiguas: “Hoy estamos con *El Yo y el Ello*”, entendido el Yo como ellos lo entendían, creyendo que la función de síntesis quería decir que efectivamente había un Yo que la lograba. No habían leído bien que en *El Yo y el Ello* Freud no escribió “el señorío del Yo”, sino “el vasallaje del Yo”. Hoy se repite esta historia: están los que nos dicen que el Inconsciente estructurado como un lenguaje y sus desciframientos son cosa superada. Como decía Jung, “la sexualidad existe pero lo esencial del ser humano es su aspiración a la espiritualidad”. Yo les diría a estos colegas que tienen todo el derecho de pensar así, pero les haría la misma propuesta que Freud a Jung: “Jung, ¿tiene ganas de pensar que el ser humano está dominado por la espiritualidad y que la sexualidad es algo secundario? Está bien, pero ¿no podría llamar a su planteo de otro modo que *psicoanálisis*?”. Yo, la verdad, me pondría muy contento. He leído que el discípulo de uno de estos autores dice que la impudicia y la creatividad de este personaje son tan grandes que ya está en una extraterritorialidad respecto del psicoanálisis. Yo le diría: “Adelante, adelante”.

El texto que les propongo se llama “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”. ¿Saben dónde dio esta conferencia Lacan? En Viena. No es casual. Y dice:

El retorno a Freud del que me hago aquí nuncio se sitúa en otro sitio: allí donde lo reclama suficientemente el escándalo simbólico que el doctor Alfred Winterstein, aquí presente, supo, como presidente de la Sociedad Psicoanalítica de Viena, señalar cuando se consumaba, o sea la inauguración de la placa memorial que designa la casa donde Freud elaboró su obra heroica, y que no consiste en que ese monumento no haya sido

dedicado a Freud por sus conciudadanos, sino en que no se deba a la asociación internacional de los que viven de su padrinazgo. (4)

A la IPA se le pasó, no fue ella la que puso esa placa en homenaje a Freud.

Hoy tenemos colegas que conocen muy bien la obra de Lacan. No los voy a nombrar, en algunos casos no sé si es por un amor mal entendido, porque algunos son amigos míos, ustedes los van a ubicar. Por ejemplo, uno de ellos, colega francés, vuelve a plantear la castración como tener o no tener el pene. Y cuando alguien le pregunta: “Pero ¿la oposición lacaniana entre ser y tener?”, responde: “No, eso no”, y uno se pregunta: “¿Qué está sucediendo?”. Eso que le decía a Octave en el año 1977: no saben cómo relacionarse con el padre. Creen que, para no quedar subsumidos en el sentido del Otro, la única solución es el corte absoluto. El problema es que eso afecta, más allá de sus singularidades, el destino mismo del psicoanálisis. ¿Se entiende por qué me decidí a tomar esta posta? Tiene que ver con mi deseo. No lo planteo como una misión sagrada: ustedes saben que cuando alguien se plantea una misión hay que temblar; es probable que estemos, como Schreber, en un terreno delicado. Tiene que ver con mi deseo, con mi experiencia, con lo que el psicoanálisis me enseña: que muchas veces (no digo “siempre” –no es posible en la dimensión humana aferrarse a la palabra “siempre”–) logramos (yo solo no; si no es con la ayuda de mis pacientes, no puedo) lo que Lacan le respondió a un periodista cuando le preguntó, ya muy viejito, para qué sirve el psicoanálisis. Lacan contestó: “Para que la gente se sienta bien”. Tan simple, tan poco y tanto.

Entonces, aclarado por qué asumo esta apuesta, leo otra cita de este mismo escrito:

El sentido de un retorno a Freud es un retorno al sentido de Freud. Y el sentido de lo que dijo Freud puede comunicarse a cualquiera porque, incluso dirigido a todos, cada uno se interesará en él: bastará una palabra para hacerlo sentir, el descubrimiento de Freud pone en tela de juicio la verdad, y no hay nadie a quien la verdad no le incumba personalmente. (5)

Y yo agrego: ya sea para encontrarla, ya sea para rechazarla. Imaginen que venga un amigo o una amiga íntima de cada uno de ustedes y les diga: “Hoy tengo ganas de decirte la verdad”. ¿Qué le dirían? “Dejá para otro día, no te esfuerces, no es necesario.”

Tenemos la prosopopeya. Una prosopopeya se produce cuando algo, un objeto, habla. Dice así: “Pero he aquí que la verdad en la boca de Freud agarra al toro por los cuernos: ‘Soy pues para vosotros el enigma de aquella que se escabulle apenas aparecida, hombres que sois tan duchos en disimularme bajo los oropeles de vuestras conveniencias’”. (6) Hay conveniencias que pueden ir en contra de la verdad. ¿No será algo de eso lo que les pasó a los discípulos vieneses de Freud que, cuando por la persecución nazi recibieron generoso asilo en el país del norte, en Estados Unidos, negociaron conceptos clave del psicoanálisis para proponer un Yo libre de conflicto, no tocado por el Inconsciente? Retorno a una psicología de la conciencia. Y sigue: “‘Pero para que me encontréis donde estoy, voy a enseñaros por qué signo se me reconoce. Hombres, escuchad, os doy el secreto. Yo, la verdad, hablo’”. (7) Si no hay lugar para la

palabra, no hay posibilidad de que la verdad emerja.

Una última cita de “La cosa freudiana”:

Es a esa articulación de la verdad a la que Freud se remite al declarar imposibles de cumplir tres compromisos: educar, gobernar, psicoanalizar. ¿Por qué lo serían en efecto, sino porque el sujeto no puede dejar de ser errado si se hila en el margen que Freud reserva a la verdad?

Pues la verdad se muestra allí compleja por esencia, humilde en sus oficios y extraña a la realidad, insumisa a la elección del sexo, pariente de la muerte y, a fin de cuentas, más bien inhumana. (8)

Agreguemos que, si la verdad precisa de la palabra para tener ocasión de su emergencia, la verdad surge allí donde el saber balbucea.

Moustapha Safouan, un colega con el cual tenemos una amistad de años (estuvo en esta escuela varias veces, es una figura señera, ustedes lo conocen), publicó un libro en febrero de 2014, *La psychanalyse*, que cuenta su historia, su formación, pero además tiene capítulos específicos, como uno dedicado al Nombre del Padre, otro a la significación del falo, que es su manera de decir: siguen siendo conceptos vigentes y esenciales. Como yo no vivo en París y no estoy obligado a ser tan cordial como él, lo dije de otro modo cuando ahí estuve el año pasado; lo hice de un modo crítico: ¿qué pasa que hay quienes dicen que el goce fálico es algo desechable, donde el sujeto lo único que puede hacer es jadear como un perrito anhelante el resto de su vida, o que el desciframiento del Inconsciente es una tarea secundaria, que no lleva a mucho, o que el Inconsciente como lógica de incompletud tiene que ver con el desciframiento pero hay cosas más importantes que ese Inconsciente, lo mismo que la castración, algo secundario?

Les leo una carta de Freud, la cita Safouan en el libro que acabo de mencionar. El texto está en el capítulo de la significación del falo y es una carta que Freud le mandó a Carl Müller-Braunschweig el 21 de julio de 1935. Les recuerdo que Freud murió en 1938: la carta es de casi el final de su vida, cuando ya tenía claramente decidido que como delfín iba a dejar al “goy” de Jones. Porque Freud tenía pánico de que el psicoanálisis fuera desechado como ciencia judía, cosa que Hitler no perdió la oportunidad de decir. Freud le escribe a Carl Müller-Braunschweig el 21 de julio de 1935:

Me inscribo contra todos ustedes [Karen Horney, Ernest Jones, Sandor Rado, etc.], en cuanto que ustedes, porque no hacen una distinción neta y clara entre lo que es psíquico y lo que es biológico, porque intentan establecer un paralelismo fácil entre los dos, [...] son llevados a considerar como reaccionarias o regresivas muchas cosas que son, de toda evidencia, primarias. (9)

Año 1935: Freud, con su honestidad intelectual, no duda públicamente en criticar a su delfín, Jones, que había participado en la que Lacan reconoce como una polémica muy rica que sucede entre los años 1928 y 1932 acerca del complejo de castración. Estamos ante un tema que retorna.

Voy a proponer una lectura de un texto de los *Escritos* –vamos a iniciar el retorno a Lacan de ese modo–, “La significación del falo”. Ya verán por qué elegí precisamente

empezar por ahí. En los *Escritos* tiene un doble título: “La signification du phallus”, en francés, y “Die Bedeutung des Phallus”, en alemán. Y dice así:

Nosotros damos aquí sin modificación del texto la conferencia que habíamos pronunciado en alemán el 9 de mayo de 1958 en el Instituto Max Planck de Múnich, adonde el profesor Paul Matussek nos había invitado a hablar.

Se medirá, a condición de tener algunos reparos sobre los modos mentales que regían en los medios de otro modo inadvertidos en la época, la manera según la cual los términos que nosotros fuimos los primeros en extraer de Freud, “la otra escena” [*eine andere Schauplatz*] para tomar un ejemplo aquí citado, podían ahí resonar.

Si el *après-coup* [*Nachtrag*], para tomar otro de estos términos del dominio de alma bella donde ellos corren ahora, vuelve este esfuerzo impracticable, que se aprenda: en aquel entonces eran inauditos. (10)

¿Por qué les cito esta introducción en letra chica del trabajo? Porque Lacan nos dice que leyendo a Freud en alemán, en su lengua (nosotros vamos a leer a Lacan en su lengua, en francés; yo voy a ir traduciendo a medida que vayamos recorriendo sus textos), él encuentra conceptos que hasta ese entonces no habían sido reconocidos como tales. Por ejemplo, *eine andere Schauplatz*, la “otra escena”; *Nachtrag*, “a posteriori”, “*après-coup*”; *Verwerfung*, que traducimos con el galicismo “forclusión”. Tras la lectura atenta del texto de Freud, Lacan descubre que hay ahí una mina de oro desaprovechada, que ha sido dejada a un lado.

Comienza el texto: “Se sabe que el complejo de castración inconsciente tiene una función de nudo”. (11) Habla de nudo. No vamos a ser tan ingenuos como para creer que Lacan ya sabía con treinta años de anticipación lo que iba a producir después. El nudo borromeo lo encontró mucho después. Hasta tenemos la anécdota de cómo lo encontró: lo cuenta Melman en un librito que publicó Didier-Weill con Safouan, que se llama *Quartier Lacan*. (12) Lacan estaba cenando en casa de una amiga y colega, llegó la hija adolescente de la facultad y, muy contenta, contó que su profesor de matemática había hablado de una escritura matemática que era el nudo borromeo. Lacan se interesó y a partir de ahí desarrolló su escritura. Pero no deja de señalar, por el hecho mismo de dónde comienza, que hay un concepto esencial no negociable: el complejo de castración. Cuando digo “pliegue”, invito a jugar los tiempos de anticipación y de retroacción en la obra de Lacan. En otros textos, dice Lacan: si el Edipo podemos pensarlo como un fantasma, la castración es de lo Real. Y dice:

Tiene una función de nudo:

1) en la estructuración dinámica de los síntomas en el sentido analítico del término, queremos decir de lo que es analizable en las neurosis, las perversiones y las psicosis; (13)

He aquí una tripartición que Lacan subraya que se ordena no en función de los mecanismos de defensa, sino en función de los modos de defensa con relación a la castración. *Verdrängung*, represión; *Verleunung*, renegación; *Verwerfung*, preclusión. Son tres modos de defensa respecto de la castración.

2) en una regulación del desarrollo que da su ratio [razón] a este primer rol: a saber la instalación en el sujeto de una posición inconsciente sin la cual no podría identificarse con el tipo ideal de su sexo, ni aun responder sin graves perjuicios a las necesidades de su partenaire en la relación sexual, ni aun acoger con justeza las del niño procreado a partir de aquella. (14)

Alguien podría decir: “Pero está fuera de moda, Isidoro. Si hasta Google tiene treinta nombres distintos para nombrar nuestra identidad sexual”. Ahora agregaron algunos más: “puto”, “travesti”, “andrógino”, “neutro”. ¿Habrá neutro y neutra?

Y dice: “Hay aquí una antinomia interna a la asunción por el hombre [*Mensch*; se refiere al hombre en general] de su sexo: ¿por qué no puede asumir los atributos más que a través de una amenaza, o aun bajo el aspecto de una privación?”. (15)

Esto de la amenaza y la privación nosotros lo vamos a trabajar a lo largo de este seminario. Ya lo anticipo: cuando Lacan hace el retorno a Freud, no quiere decir que ese retorno lo lleve a repetir de un modo idéntico lo que dijo Freud; quiere decir leerlo con atención y poder, a partir de sus formulaciones clave, descubrir su lógica y, a partir de ahí, hacer que el psicoanálisis avance. Puede llevarlo, en algunos momentos, a explicitar aspectos de una lógica que en Freud estaba en acto pero no estaba desplegada. Precisamente con relación a la castración. Vamos a ver que, mientras que en la terminología freudiana la castración persiste como amenaza, amenaza de castración, en la perspectiva lacaniana –como se la voy a proponer– la castración es una oportunidad. Diferencia entre una amenaza y una oportunidad. ¿Oportunidad para qué?: para la emergencia del sujeto. Nuestra clínica es una clínica del sujeto.

Dice:

Esta aporía [el hecho de que sea necesario pasar por esa amenaza, esa privación, como dice Freud] no es la única, pero es la primera que la experiencia freudiana y la metapsicología que de esta resulta introdujeron en nuestra experiencia del hombre. Es insoluble a toda reducción a datos biológicos: la necesidad del mito subyacente a la estructuración del complejo de Edipo lo demuestra suficientemente. (16)

Y entonces dice, con admiración:

Queda la discusión ahora dejada a un lado sobre la fase fálica que, al releer los textos que nos quedaron de los años 1928-1932, nos refresca su ejemplo de pasión doctrinal, a la cual la degradación del psicoanálisis, consecutiva a su trasplante americano, agrega un valor de nostalgia. (17)

Lacan me enseñó, nos enseña, que, si nombra a aquellos a quienes él critica, es porque los respeta. A los que no respeta, directamente no los nombra. Él nombra a Joan Riviere, a Karen Horney, a Hélène Deutsch, a Ernest Jones, a Melanie Klein.

Y dice:

Con el solo hecho de resumir el debate, no se podría más que alterar la diversidad auténtica de posiciones tomadas por una Hélène Deutsch, una Karen Horney, un Ernest Jones, para limitarnos a los más eminentes. La sucesión de los tres artículos que este último ha consagrado al tema es especialmente sugestiva: aunque más no fuese por el alcance primero sobre el cual él construye y que señala el término por él forjado de

*aphanisis*. Pues planteando justamente el problema de la relación de la castración con el deseo, hace patente su incapacidad para reconocer aquello a lo que sin embargo se aproxima con el término que nos dio la clave, y que parece surgir de su falta, de su error mismo. (18)

El término es “*aphanisis*”. Ustedes advierten que es fuerte la crítica. Dice “degradación del psicoanálisis”. Tengan presente que en el año 1955 Lacan todavía pertenecía a la Internacional Psicoanalítica (estaba en suspenso, pero todavía era didacta). Ya se había producido la primera escisión, que habían abanderado él y Lagache, pero todavía no habían sido expulsados; se negociaba la posibilidad de crear una nueva estructura en París, como en Buenos Aires. En Buenos Aires la Asociación Psicoanalítica Argentina se escindió y se creó la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires. Pero decir una cosa así contra la figura señera de la Internacional que era Jones y dar esta paliza al psicoanálisis norteamericano, tan amigo de Anna Freud, era anticipar lo que luego sucedió: la expulsión de Lacan de la Internacional Psicoanalítica. Pagó su precio.

¿De qué trata la discusión?, ¿cuál es el tema? Traje un texto de Ernest Jones que salió en un librito publicado hace muchos años, que luego se reeditó, *La sexualidad femenina*, donde hay varios textos: uno de Lacan sobre la sexualidad femenina que dio en un congreso; el de Joan Riviere sobre la mascarada; otro de Hélène Deutsch; y el que me interesa y voy a puntuar con ustedes, el de Jones. Ustedes dirán: “¿Para qué, Isidoro, si son cosas de tantos años atrás?”. ¿Son cosas de tantos años atrás o estamos en lo mismo? ¿O hay un retorno regresivo a eso mismo? Es más, esto que voy a leer tiene que ver con el campo del psicoanálisis; pero, en los alrededores del psicoanálisis, ¿no hay hoy un retorno regresivo, en el campo de la psiquiatría, a una biologización? Me contaban que en Francia, en la época de Lacan, era raro que los residentes se decidieran a seguir psiquiatría sin analizarse. Hoy, prácticamente, rechazan el psicoanálisis. Rechazan el psicoanálisis basados en un uso ideológico, no científico, de las neurociencias. Digo “ideológico” por las causas que ya vimos en alguno de los seminarios que compartimos en este espacio. Las investigaciones de neurociencias de Eric Kandel son admirables, como todas las que cuenta de la historia de la biología del sistema nervioso, en cuyos inicios estuvo, casualmente, Freud. Freud, antes de dedicarse al psicoanálisis, trabajaba en laboratorios de investigación y precisamente en neurología, con su jefe, Ernst Brücke, inscripto en la corriente antivitalista, en la que estaban Emil du Bois-Reymond, Hermann von Helmholtz. Freud estuvo a punto de descubrir la estructura neuronal del sistema nervioso; fue uno de los primeros que la apoyaron, allá por los años de 1890, cuando todavía se discutía si el cerebro y la sustancia gris eran una red, como decía Golgi, o estaban constituidos por unidades separadas llamadas “neuronas”, como afirmaba Ramón y Cajal. Era muy difícil certificar eso porque había que descubrir sistemas de impregnación del sistema nervioso que pudieran aislar una neurona del conjunto. Freud casi lo logra con sales de impregnación de oro; luego Ramón y Cajal lo perfeccionó con sales de impregnación de plata. Freud estuvo en la avanzada. Luego sabemos que pasó al campo del psicoanálisis. ¿Por qué pasó al campo del psicoanálisis? Si bien el psicoanálisis no es una ciencia judía, tuvo que ver con el hecho de que Freud sí era un muchacho judío con poco dinero: le gustaba la investigación, pero también le gustaba tener una

mujer a la cual llenar de hijos; había que mantener la prole. ¿Qué hacía? Lo manguaba a su amigo, el gran médico clínico de Viena Joseph Breuer, hasta que este le dijo: “Querido, hasta acá llegamos”. Y entonces su jefe le dijo: “Usted es de origen humilde, le conviene dedicarse a la clínica porque con la investigación no va a poder mantener a su familia”. Freud le hizo caso y gracias a eso nosotros tenemos de qué vivir. Se dedicó al psicoanálisis.

El psicoanálisis es hijo de la indigencia médica. A veces advierto, cuando me invitan algunos residentes en hospitales, que muestran demasiado orgullo por usar el delantal médico. No recuerdan que las pacientes que iban a verlo a Freud, antes habían encontrado el límite, el fracaso de la mejor medicina de su tiempo, que era la de la Viena imperial. ¿Y qué decían los médicos a las histéricas? Lo que dicen hoy algunos médicos en las guardias: “Usted no tiene nada”. Les faltaba un poco de humildad. “Usted no tiene nada a lo que con mis paradigmas yo pueda responder”, tendrían que haber dicho. Y se las mandaban a ese señor raro que se llamaba Sigmund Freud. Que, en lugar de decirles que no tenían nada, las invitaba a la palabra.

Estamos ante un tema que no es de antigüedad, es actual. El texto que les voy a puntuar se llama “La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina”. Jones lo presentó en un congreso internacional de psicoanálisis en Innsbruck en el año 1927. Y se ve que siguió en esa posición porque en el año 1935 lo cuestiona la carta que Freud le envió a otra persona.

Dice Jones:

Freud ha comentado más de una vez el hecho de que nuestro conocimiento de las primeras etapas del desarrollo femenino es mucho más oscuro e imperfecto que el del desarrollo masculino, y Karen Horney ha insistido con toda razón en que esto debe ser relacionado con la mayor tendencia al prejuicio que reina en este tema. [\(19\)](#)

Podemos, hasta ahí, coincidir. Sigue:

Surge una sana sospecha ante el hecho de que los psicoanalistas hombres hayan sido llevados a adoptar una posición falocéntrica [empezamos a sospechar adónde va este señor] excesiva en este asunto, siendo proporcionalmente subestimada la importancia de los órganos femeninos. Por su parte, las mujeres han contribuido a la manifestación general con su actitud reservada respecto de sus propios órganos genitales. [\(20\)](#)

Si hacemos pliegue, podríamos decir: “¡Qué genio este galés!”. Lacan lo llamaba “el lógico galés”. Lo admiraba, a pesar de que lo va a cuestionar sin atenuantes. Hasta acá está diciendo cosas que después Lacan retomó con cierto humor. Cuando termina el seminario “La lógica del fantasma”, Lacan dice que no puede avanzar más sobre la sexualidad y el goce femenino porque hay algo ahí que no puede resolver y que, por más que les pide a las mujeres a las que conoce, de rodillas, que le digan de qué se trata, no lo consigue. Recién en *Encore*, va a encontrar la respuesta de por qué las mujeres no se lo decían. ¿Ustedes saben por qué las mujeres no se lo querían decir a Lacan? Porque no

es del orden del decir, porque es algo que está fuera del discurso.

La pregunta que se hace Jones es esta (no está mal):

Cuando la niña siente que ya ha sufrido la castración [hasta acá, podríamos decir, Freud clásico: el varón culmina el Edipo con la amenaza de castración, la chiquita entra en el Edipo cuando la descubre; el varón se libera del Edipo, según Freud, gracias a la amenaza; ¿la chiquita cómo se libera?], ¿qué fantasía de un acontecimiento futuro puede provocar un terror igual al de la castración? (21)

Ustedes ven que la pregunta no está mal. El problema es la respuesta. Dice:

Véamos ahora el error sobre el que quiero llamar la atención. El papel en extremo importante que asumen normalmente los órganos genitales en la sexualidad masculina, tiende naturalmente a hacernos establecer una equivalencia entre castración y abolición total de la sexualidad. (22)

Él va a distinguir entre castración, castración del pene, y pérdida del deseo sexual.

Este error se desliza a menudo en nuestras discusiones, aunque sepamos que muchos hombres desean ser castrados por razones eróticas, entre otras, de modo tal que la sexualidad no desaparece por cierto con la abdicación del pene. En las mujeres, para quienes la idea del pene es siempre parcial y en gran parte secundaria por naturaleza, esto debería ser aún más evidente. En otros términos, el papel importante desempeñado por los temores de castración en los hombres tiende a veces a hacernos olvidar que en ambos casos, la castración es solo una amenaza parcial, por muy importante que sea, con relación a la actitud y al placer sexuales en su totalidad. (23)

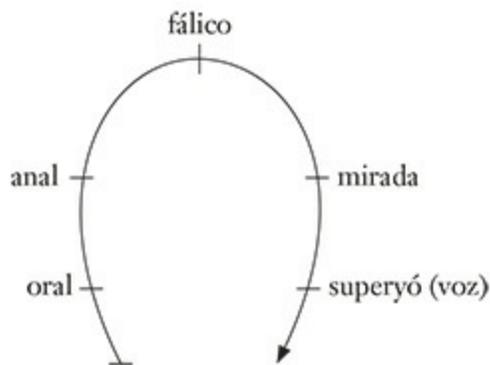
Y propone su tesis:

Para la amenaza principal, la de una extinción total, más bien deberíamos utilizar un término diferente, tal como la palabra griega *aphanisis*. [...] *aphanisis*, es decir la extinción total y, por supuesto, permanente de la aptitud para el placer sexual, y aun la ausencia de toda posibilidad de experimentar dicho placer. (24)

Adviertan que pone en un lugar secundario la castración y, es más, dice que la castración o la amenaza de castración no es más que una defensa que el chiquito o la chiquita se inventan porque lo que verdaderamente temen es la *aphanisis*. Si yo como chiquita realizo el incesto con papá, el riesgo que corro es sufrir, por tanto, un castigo mayor: el abandono, el rechazo que me condenaría a la *aphanisis*, a la pérdida de todo placer sexual. En la misma línea Jones va a decir que la culpa por las fantasías incestuosas y el Superyó no son sino defensas para protegerse del riesgo de la *aphanisis*. Avanza y afirma que hay una envidia del pene primaria, que Karen Horney también certifica, pero que no tiene mucha importancia. La verdadera envidia del pene, la que describe Freud, es algo que Freud descubrió pero se quedó en lo superficial. Que esa envidia del pene de la mujer, que la lleva a una posición fálica, no es, como dice Freud, primaria. Cuestiona la afirmación freudiana de que tanto en el varoncito como en la nena se pasa a un estadio fálico antes de pasar a una etapa en la que la niña pueda encontrarse con su femineidad, con sus órganos femeninos. Para Jones la etapa fálica es secundaria,

es deuterofálica, es una regresión: ante el riesgo de quedarse en *aphanisis* por la decepción de que el padre no le dio el pene ni el hijo, retrocede a una posición fálica secundaria. Es lo que Freud le dice en la carta a esta persona: “Cosas que yo digo que son primarias, dicen que son secundarias y además las sostienen desde una posición biológica”. Porque también va a decir Jones que esta relación primaria de la vagina (todo esto se relaciona con un texto clásico de Melanie Klein donde elabora sus tesis sobre las sensaciones vaginales primarias en la niña) no es más que un desplazamiento de una maduración biológica que comienza en la boca –estadio oral– sigue en el ano –estadio anal– y pasa luego a la vagina. ¿Quién fue el padre de esta teoría? Lacan dice que es la teoría abrahámica. No tiene nada que ver con el Abraham de la Biblia. Es Karl Abraham, analista de Melanie Klein, a quien ella siguió en estas teorías de las etapas de maduración. La biología viene, entonces, a responder que, por ejemplo, en mujeres homosexuales, lesbianas, lo que se nota como algo primario es una fijación oral sádica, que puede desplazarse a lo anal y a la vagina, y donde la lengua funciona como equivalente del pene. Se pasa a una naturalización biológica de la sexuación que desconoce qué significa que Freud haya propuesto algo que se asienta en un mito. ¿Qué quiere decir que para Freud la castración del pene es la que define los equivalentes de castración a nivel oral, anal? Todos sus discípulos le decían que no insistiera con la castración del pene, era raro que eso se leyera en los diarios. Otto Rank le dijo: “Encontré la solución sobre la angustia de castración. Es el trauma de nacimiento. Ahí se ve que el bebé como falo se separa de la madre”. ¿Qué le dijo Freud?: “Gracias, hijo, está muy bien. Es un equivalente de la castración pero *Nagträglich* [a posteriori del falo]”. Pero no daba la razón lógica de su tesis.

Entonces hagamos pliegue. En el seminario *L'angoisse* [*La angustia*], (25) Lacan escribe este grafo:



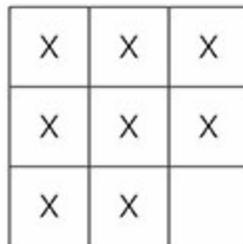
¿Qué quiere decir eso que Lacan nos escribe? Que hay algo en lo que Freud no pudo explicitar su lógica. La puso en acto cuando dijo que el destete es un equivalente de la castración pero *après-coup*, a posteriori del falo. Es el mérito de Lacan decirnos cuál es su respuesta a esa polémica.

Dice así, lo leo textual: “*Car le phallus est un signifiant*”, (26) “Pues el falo es un

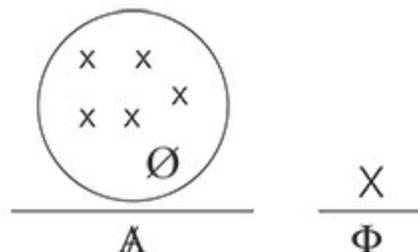
significante”. Esa es la clave. ¿Qué quiere decir que el falo es un significante y por qué digo que ahí está la clave? Si el falo es un significante y es un significante que nos habita, se relaciona con uno de los primeros aforismos fundantes de la teoría de Lacan: “El Inconsciente está estructurado como un lenguaje”. Si está estructurado como un lenguaje, entonces puedo entender que Lacan hable del teorema de Gödel en el seminario “La identificación” en el año 1962, en “El objeto del psicoanálisis” en el año 1965, en *De un Otro al otro* en el año 1968, en el año 1969 en el mismo seminario, en *...o peor* en el año 1972, y en “L’insu” en el año 1977, casi en el final. Cuántas referencias al teorema de Gödel. Lo dejo en suspenso, ya vamos a ir hacia allí. Si hago estas referencias al teorema de Gödel es para que adviertan que no voy a hacer un retorno ingenuo a Lacan. No es sencillo asumir la polémica, decir “retorno a Lacan”, cuando alguien publicó *El ultimísimo Lacan*.

Si el Inconsciente está estructurado como un lenguaje, quiere decir que está constituido por un conjunto de elementos discretos, responde a la lógica de la teoría de los conjuntos. Y la teoría de los conjuntos dice que un conjunto de elementos discretos, para no entrar en contradicciones (por ejemplo, que se dé el hecho de que  $2 + 2$  es 4 y  $2 + 2$  no es 4), tiene que incluir el subconjunto vacío. ¿Qué quiere decir que incluya el subconjunto vacío?

Voy a recordar un juego. Escribí un texto sobre esto hace mucho tiempo; fue un seminario y luego fue un texto: *Paso a pase con Lacan*. (27) ¿Recuerdan un juego que se llamaba “senku”? Si yo tengo fichitas puestas en cada uno de los casilleros pero dejo uno vacío, puedo mover sucesivamente todas las fichas.



Que haya un conjunto o subconjunto vacío quiere decir que al menos un elemento del conjunto no le pertenece.



Si digo que esta es una escritura rigurosa del Inconsciente como lógica de incompletud, con los matemas lacanianos la escribo así:  $\mathbb{A}$ . Y este elemento que está fuera del conjunto marcando que no hay conjunto universal, que al menos un elemento le falta, es el significante fálico, es el falo. ¿Por qué se llama “falo”? ¿por qué Lacan no lo llamó de otro modo? Porque efectivamente hay una relación de símbolo con relación al pene. ¿Y por qué imaginariamente se juega ahí, en el pene?, ¿por qué razón? El falo es un significante; lo que caracteriza a un significante es que puede ser sustituido por otro significante. Entonces, definida la relación con la función fálica (hablo de función fálica, no de goce fálico), que es marcar la falta, rigurosamente decimos que “el falo es el significante de la falta en el Otro”. Si su función es señalar la falta, puede muy bien señalarla con una sustitución en el objeto anal, definirse a nivel del destete o en la mirada o, en el caso de la pulsión invocante, en la voz. Lacan lo pone en este punto culminante como una manera de marcar su lugar privilegiado en la estructuración del sujeto; y también de romper con la postulación de una maduración biológica cuyo padre teórico, ya dijimos, fue Karl Abraham y que lleva, en definitiva, a un psicoanálisis moralista, como lo fue para otro gran psicoanalista, Michel Balint. No hay duda de que fueron grandes psicoanalistas (sería un pedante si creyera que soy más capaz que ellos); lo que pasó es que les faltaba un articulador lógico. Freud no lo dio; lo puso en acto, pero no lo dio. Balint dice que un fin de análisis implica arribar a una posición madura y genital. Empieza la moralina de los orificios.

Dice Lacan en el seminario *L'angoisse*, en la clase del 19 de junio de 1963:

En el nivel del estadio fálico, que es central con relación a los diversos estadios del objeto y que por convención nosotros llamamos “nivel 3”, la función de  $a$  está representada por una falta, a saber, la falta del falo como constituyendo la disyunción que junta el deseo y el goce. [\(28\)](#)

Es una función que, como falta, articula deseo y goce. Y nos dice que “el falo es el significante destinado a significar en su conjunto los efectos del significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante”. Es una manera de señalar que hay algo radical en la estructura del sujeto que se va a mantener hasta la última escritura de Lacan, el nudo borromeo: la dimensión de la falta.

Para la clínica cabe, entonces, una distinción esencial: un psicoanálisis no llegó demasiado lejos si solo se consagró a elaborar duelos o a hacer que el sujeto tolere las privaciones o las frustraciones. Hay un psicoanálisis que centra su tarea en lo que denominamos “pedagogía de las emociones”. James Strachey, el traductor al inglés de la obra de Freud, decía que la interpretación, que él llamaba “mutativa”, era producto del analista que, habiendo pasado por su propio análisis, con un Superyó más comprensivo, tolerante, podía devolverle al paciente sus proyecciones para favorecer una relación menos beligerante con la frustración. Se partía de la base de que el analizante sufría por las frustraciones de la vida, que se asentaban en las frustraciones primarias de la presencia, la ausencia del pecho, el estadio oral, que provocaban regresiones y agresión. Frustración, regresión, agresión. La interpretación mutativa con un Superyó más

tolerante permitía que se elaborara una mejor respuesta. Pues bien, un psicoanálisis no llegó muy lejos si solo se dedicó a eso.

Lo dice así Lacan en el mismo seminario *L'angoisse*:

No es la reducción de la privación, su simbolización, su articulación, la que levantará sin embargo la falta. Esto es lo que tenemos que entender bien, aunque no sea más que para comprender lo que significa este modo de aparición de la falta en la experiencia analítica que se llama castración. La privación es algo de lo real, mientras que la falta es simbólica. Está claro que una mujer no tiene pene, pero, si ustedes no simbolizan el pene como elemento esencial que se tiene o no se tiene, de esta privación, ella no sabrá nada. (29)

Lo decimos con otra fórmula que otras veces hemos recordado: a lo Real nada le falta, ni siquiera agujeros, pero es gracias a lo Simbólico como un agujero se convierte en una falta.

Es verdad, también –y por eso desplegué en los últimos años lo que llamé “Diagrama de flujo”–, que la experiencia nos ha enseñado que hay agujeros que jamás podrán pasar por la simbolización que significa el Inconsciente como lógica de incompletud; que precisarán de otra resolución. Por eso hace ya unos cuantos años escribí un libro que se llamó *Las intervenciones del analista*. (30) En ese caso sabemos que la interpretación simbólica no opera. Esto lo dejamos por el momento, ya lo abordaremos con más detenimiento.

Dijimos que había una pregunta. ¿Por qué el falo? ¿Por qué no el lóbulo de la oreja (lo que se cortó Van Gogh)? ¿Por qué la castración imaginaria está puesta en el Imaginario, en el pene? Lacan lo dice, con su estilo:

El falo es el significante privilegiado de esta marca donde la parte del logos se junta con el advenimiento del deseo.

Se puede decir que este significante es elegido como lo más sobresaliente de lo que se puede atrapar en lo real de la copulación sexual, y también como lo más simbólico en el sentido literal (tipográfico) de este término, ya que equivale a la cópula (lógica). Se puede decir también que es por su turgencia la imagen del flujo vital en cuanto pasa en la generación. (31)

Nos encontramos acá con algo que es muy parecido a lo que hallamos en otro campo, al que Lacan más de una vez hizo alusión; me refiero al campo de la economía política, a Carlos Marx, a algo que desarrolla en su texto mayor, *El capital*. En este texto, Marx dice: veinte varas de tela, una levita; ahora, si solo nos quedáramos en que veinte varas de tela es igual a una levita, si yo quiero vender veinte varas de tela tengo que encontrar a alguien a quien le interese una levita; sería muy pobre el comercio: es el tiempo del trueque. Nosotros en Argentina tuvimos una reviviscencia de eso en el año 2001. Entonces, ¿qué dijo Marx? Las sociedades avanzaron cuando dijeron: “Veinte varas de tela igual, por ejemplo, a treinta monedas de oro; una levita igual a treinta monedas de oro”. Aparece el dinero, que se va a llamar, porque están todos los iguales, “equivalente general”.

20 varas de tela = 30 monedas de oro

1 levita = 30 monedas de oro

1 pantalón = 20 monedas de oro

En la mayoría de las culturas, pero no en todas (por ejemplo, en las culturas precolombinas se han utilizado como moneda también granos de cacao u otras cosas), se ha utilizado el oro. ¿Por qué el oro? Tiene ciertas propiedades empíricas reconocibles: perdura, no hay acceso fácil a él –porque, de lo contrario, pasaría como con el aluminio, que pasó de ser un metal precioso a estar disponible en una abundancia tal que con él se hacen las ollas: pierde valor–, es fraccionable, no se oxida. Tiene cualidades empíricas que lo hacen apto para funcionar como equivalente general.

Lacan dice que el pene, como el patrón oro, tiene esas cualidades. El lóbulo de la oreja no se pone erecto y luego baja. El pene, si funciona, tiene esa oscilación posible. Presencia y ausencia. Marca también una diferencia inexorable a nivel del sexo en la especie humana. Hasta ahora no se ha conseguido un transgénico para que nazcan seres humanos diferentes de los que llamamos “hombres” y “mujeres” con relación al sexo biológico (no dije “a la sexuación”). El pene representa el lugar de la cópula. Si yo hago un dibujo de perfil de un hombre y una mujer copulando, el puentecito que los une es el órgano eréctil. Dice que es también la turgencia vital, la que transmite las generaciones. Aun en las poblaciones más primitivas se sabe que poner el pene en cierto lugar hace que aparezcan los críos. No se sabrá lo del espermatozoide y el óvulo, hace pocos siglos que eso se supo, pero se sabía que se producía ese efecto. El falo tiene ciertas cualidades empíricas, más el hecho de aparecer como algo puesto como placa en el cuerpo, seccionable. Le da esa posibilidad de representar lo que como función es un significante. Y lo podemos entender del siguiente modo. Supongamos que cualquiera de nosotros se perdiera en medio de la selva amazónica y cayera en medio de una tribu que está todavía en el tiempo de la caza y de la pesca. ¿Lo que precisa primero qué es? Agua, comida. Y uno tiene una bolsa de oro, que casualmente le quedó, pero resulta que en esa tribu el oro no tiene ningún valor, es inútil. Más allá de sus cualidades empíricas, tiene que haber una estructura simbólica que lo admita como equivalente general. ¿Cuál es la estructura simbólica que hace que el falo funcione como significante? El hecho de que somos parletres, que estamos atravesados por el lenguaje. Hay una distancia infinita entre el reino animal y el ser humano. Nos dicen: “No hay tanta diferencia genética con un mono”. En muchos aspectos no, pero hay uno que es esencial y es el acceso al lenguaje. A un lenguaje que permite el funcionamiento del significante. Un significante que puede ser sustituido por otro y que puede también, por ende, nombrar la ausencia. Los antropólogos dicen que podemos certificar que estamos ante una civilización cuando hay monumento funerario, porque un monumento funerario quiere decir que ya tenemos el significante para nombrar el ser ausente, la muerte.

¿Qué relación hay entre eso que Lacan repite en tantos seminarios hasta el final, el llamado “teorema de Gödel”, y esto que acabamos de ver? ¿Y qué significa con relación a nuestra clínica esto que estamos desarrollando de la castración y del falo como

significante? Intentaré responder a estas cuestiones en la próxima clase. Hasta entonces.

3. Lacan, Jacques, “L’etourdit”, en *Autres écrits*, París, Seuil, 2001, p. 490.
4. Lacan, Jacques: “La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis”, en *Lectura estructuralista de Freud*, México, Siglo Veintiuno, 1971, p. 145.
5. *Ibíd.*, p. 149.
6. *Ibíd.*, p. 152.
7. *Íd.*
8. *Ibíd.*, p. 178.
9. Freud, Sigmund: carta a Carl Müller-Braunschweig, 21 de julio de 1935, cit. en Safouan, Moustapha: *La psychanalyse*, París, Thierry Marchaisse, 2014.
10. Lacan, Jacques: “La signification du phallus –Die Bedeutung des Phallus–”, en *Écrits*, París, Seuil, 1966, p. 685. [Las citas de Lacan a lo largo del libro son traducciones del autor de las ediciones originales en francés. N. de E.]
11. *Íd.*
12. Melman, Charles: “Entretien avec Charles Melman”, en A. Didier-Weill, E. Weiss y F. Gravas, *Quartier Lacan*, París, Denoël, 2001, p. 103.
13. Lacan, Jacques: “La signification du phallus –Die Bedeutung des Phallus–”, *ob. cit.*, p. 685.
14. *Íd.*
15. *Íd.*
16. *Ibíd.*, p. 686.
17. *Ibíd.*, p. 687.
18. *Íd.*
19. Jones, Ernest: “La fase precoz del desarrollo de la sexualidad femenina”, en *La sexualidad femenina*, Buenos Aires, Caudex, 1966, p. 24.
20. *Íd.*
21. *Ibíd.*, p. 25.
22. *Ibíd.*, p. 26.
23. *Ibíd.*, pp. 26 y 27.
24. *Ibíd.*, p. 27.
25. Lacan, Jacques: *Le séminaire. Livre X: L’angoisse*, París, Seuil, 2004, p. 341 (clase del 19 de junio de 1963).
26. Lacan, Jacques: “La signification du phallus –Die Bedeutung des Phallus–”, *ob. cit.*, p. 690.
27. Vègh, Isidoro: *Paso a pase con Lacan*, Buenos Aires, Letra Viva, 2003.
28. Lacan, Jacques: *Le séminaire. Livre X: L’angoisse*, *ob. cit.*, p. 341.
29. *Ibíd.*, p. 160 (clase del 30 de enero de 1963).
30. Vègh, Isidoro: *Las intervenciones del analista*, Buenos Aires, Agalma, 1997.
31. Lacan, Jacques: “La signification du phallus –Die Bedeutung des Phallus–”, *ob. cit.*, p. 692.



## Capítulo 2

### **El campo es freudiano, el Inconsciente es lacaniano**

Hoy voy a comenzar con dos invitaciones. Una, dirigida a cada uno de ustedes, para que disfruten estos dibujos y pinturas que nos acompañan. La otra invitación es, por la misma razón, a nuestra colega y amiga Ana Lía Werthein, para que nos cuente, aprovechando que todavía están con nosotros sus obras, cómo se gestó esta muestra.

*Ana Lía Werthein:* Agradezco, en primer lugar, la invitación de Isidoro Vegh a acompañarlo en su seminario una vez más con mi obra. Es la segunda vez que tengo este privilegio. La primera fue cuando desarrolló sus reflexiones sobre la vida y la obra de Joyce; y ahora, en esta oportunidad, con el seminario centrado en Lacan. Paralelamente a sus ideas, a cómo iba desarrollando su seminario, yo venía desarrollando la obra, así que estamos en consonancia. Y les cuento que el año que viene voy a inaugurar “Freud” (por las dudas, por si te inspira para algo, Isidoro).

Yo había trabajado sobre la obra de Joyce; había expuesto “James Joyce” en Recoleta y después en la Usina Cultural. La obra de Lacan se me venía imponiendo como idea. Lo primero fue hacer un relevamiento importante de imágenes y empecé a copiarlas. Eso fue un trabajo de aproximadamente dos años: juntarme con las imágenes que me sirvieran para los desarrollos técnicos que yo utilizo en la obra, que tienen mucho que ver con la transferencia de imágenes. Trabajo con un concepto por el cual no dibujo tanto, más bien hago bocetos con la máquina fotográfica. Utilizo mucho la computadora. Me interesa trabajar con los recursos de la contemporaneidad. Para mí la fotografía y todo lo que pueda ser documentación con imágenes es muy importante.

En ese punto, empecé con el joven Lacan y realicé determinadas obras que se exponen en esta zona del salón. La obra tiene que ver con documentación, con los manuscritos; casi todo lo que está escrito es la letra de Lacan. A mí me interesa la idea de caligrafía (también me interesaba en Joyce): cómo se “presentifica” el sujeto en la caligrafía y lo impactante que es. Se inició en mi historia como artista cuando me encontré con un coleccionista, un amigo, que coleccionaba cartas, y un día me mostró una carta de Napoleón. Agarré la carta en mi mano, tenía la escritura de Napoleón. Fue tan impactante ver la letra manuscrita en un documento verídico que ahí entró en mi obra y empecé a trabajar con las caligrafías de la gente, de los personajes.

Empecé con el joven Lacan, con las cartas a sus padres, las cosas de su intimidad. Después seguí, también en el joven Lacan, con el amor “a/ muro”, la cosa pasional, sus

historias de amor; me encanta meter el cuerpo de él en la obra, sus historias. Después, cuando trabajé “Lituraterre”, aparecieron esas imágenes increíbles de él viendo el desierto y las penetraciones del agua, imágenes que inspiraron su viaje a Japón, lo que fue para él esa mirada sobre Japón. Obras que tienen que ver con el Lacan de la imagen y con el Lacan de la palabra, para mí inspiradas en “Lituraterre”.

A lo largo de esta producción trabajé –como yo trabajo con las pampas chatas, el minimalismo del campo, la cosa autóctona nuestra– el formato apaisado, en los horizontes lacanianos. Es un desarrollo del soporte que tiene que ver con el *pop art*, que es parte de mi historia, de mi época. Aparecen los colores planos, la cosa tipo sello, las imágenes de la publicidad. Por eso la muestra se llamó “Lacan marca registrada”: porque Lacan es una marca, yo quería registrarla. Quería hacer un registro de esto que es su imagen, su palabra, su voz, su pasión por la imagen –el gusto de filmar con una Super-8 en su época–.

Y después, otras dos obras. La primera se llama “El circuito de la repetición”; era una serie de ocho que toman la misma imagen, como hace el posmodernismo, y da una vuelta a través del cambio de coloratura. Hay grabados digitales y pinturas, técnicas mixtas, en donde se trabaja a mano pero con transferencia de imágenes, y en acrílico.

Y, luego, un tríptico digital, que es una obra que me interesa –ya con Joyce había hecho un tríptico digital, en 1997–, que se llama “Encore Lacan”.

Por último, y desde la nostalgia, hice una reedición de la obra de Joyce completamente gráfica, también inspirada en las imágenes, y por supuesto un homenaje a *El sinthome*.

*Isidoro Vegh:* Ana Lía Werthein, con su sensibilidad, no solo por ser analista sino también como artista, nos recuerda el valor de lo escrito. No nos damos cuenta, pero todos sabemos que, si vamos a un banco y presentamos un cheque, registran nuestra firma. Hay relación de la firma con lo que somos. Hoy leía en *La Nación* un artículo de un pensador que estuvo muchas veces en la Escuela, es un amigo, Santiago Kovadloff, quien escribió sobre qué se gana y se pierde con los avances tecnológicos. Por ejemplo, cuánto perdemos por el hecho de que el *e-mail* haya venido a arrasarlo con la práctica epistolar. Escribirle cartas a un amigo, a una amiga, no es lo mismo que escribirle un *e-mail*: hay algo que difiere. Menciona en ese artículo cómo Nietzsche registraba, cuando por primera vez tuvo en sus manos una máquina de escribir, la diferencia que percibirá entre escribir con una lapicera o con la máquina de escribir. Es la sensibilidad del artista – en este caso Ana Lía– la que nos ayuda a reencontrar el valor, que sabemos que para nosotros es esencial, de la relación de la palabra y lo escrito.

Alguien podría preguntarme: “¿Por qué ‘Retorno a Lacan’? Parece una copia del ‘retorno a Freud’ del subtítulo de ‘La cosa freudiana’, de Lacan”. Mi manera de entenderlo es otra: ¿cómo situarnos ante el maestro? Reconocer que abrió una vía no quiere decir que nosotros vayamos a repetir sus pasos. Intentaremos instalarnos en esa vía para, dentro de las que son nuestras posibilidades, contribuir a renovar el pensamiento, a extender las reflexiones de nuestro campo, el psicoanálisis.

Tengamos esto presente: acá hay algunos dibujos y pinturas que aluden a la biografía de Lacan, para quien no fue indiferente haber asumido el retorno a Freud. Significó fuerte conmoción subjetiva. Él era un didacta de la Asociación Psicoanalítica de Francia, uno de los más importantes, junto a Lebovici, Nacht. Sacar su proclama, que fue el discurso de Roma, (32) y luego en “La cosa freudiana” plantear el retorno a Freud, con la posición crítica que representa, significó arriesgar homeostasis, comodidad, honores, fue correr riesgos, como relata la biografía de Lacan que nos hace Elisabeth Roudinesco: nos cuenta que estuvo muy conmovido cuando recibió la noticia de que la Internacional Psicoanalítica lo había dejado cesante como didacta.

Esto, como introducción para pensar varias cuestiones que pueden ser apropiadas para avanzar en nuestra reflexión. Si bien este “retorno a Lacan” implica una posición crítica de otras posiciones, más importante es desplegar, con la generosidad que merecen los aportes esenciales de esta obra, sus alcances. ¿Esta obra merece el reconocimiento que en tantos ámbitos se le otorga o es una moda?

Como recordarán, hemos empezado por un texto clásico, uno de sus *Escritos*, de los que Lacan mismo dice: “Mi libro se llama *Escritos* pero en realidad son escrituras de algo que primeramente fue dicho, fue hablado”. Comenzamos con “La significación del falo”, que fue una conferencia que dio en alemán en el Instituto Max Planck en Múnich, donde planteó, desde el comienzo, el valor de la castración y lo que atañe a lo que él mismo nombra como “función fálica”. Se suele hablar con desprecio, entre los que tienden a dividir el primer Lacan, el segundo, el tercero, del goce fálico, pero se olvida que Lacan habla de la función fálica. ¿Y cómo la plantea Lacan?

En un seminario que se titula *D'un discours qui ne serait pas du semblant* [*De un discurso que no fuera del semblante*], en la clase del 17 de febrero de 1971, dice así:

La función dicha del falo –que es, a decir verdad, la más torpemente manejada, pero que está aquí, y que funciona en lo que es una experiencia que no está solamente ligada a algo que podría considerarse como desviado, patológico, sino que es esencial como tal a la institución del discurso analítico– [la función fálica no es hablar de patología, es hablar de una función estructural que habita a cada uno], esta función del falo vuelve en adelante insostenible la bipolaridad sexual, e insostenible de una manera que volatiliza literalmente esto que es lo que podría escribirse de esta relación. (33)

Hay quienes oponen lo que tiene que ver con lo fálico a la frase “*il n’y a pas de rapport sexuel*”, “no hay relación sexual”, y dicen que eso es lo real del psicoanálisis. Sí, dijo Lacan, “*il n’y a pas de rapport sexuel*” es lo real, pero ya había explicitado de dónde surge. “No hay relación sexual” porque la función fálica es estructural.

Y para que lo tengamos más claro también dijo que es una ilusión neurótica que pueda haber relación en el sentido de lograr el goce anhelado (como decía Freud, siempre habrá una diferencia entre el goce buscado y el goce encontrado: algo se pierde). Ya en “La significación del falo”, en las últimas páginas, hablará de la relación del hombre y la mujer: “Por más paradójica que pueda parecer esta formulación, decimos que es para ser el falo, es decir el significante del deseo del Otro, para lo que la mujer va a rechazar una parte esencial de la femineidad, especialmente todos sus atributos en la mascarada”. (34)

Primera cuestión: en el encuentro amoroso, la mujer, como decía Ovidio, sabe bien cómo acudir a la cita. Ovidio lo decía mejor: al amor, como a la guerra, se va con los atuendos adecuados. Se dice: hay mujeres que son guerreras.

En ese pequeño librito que habla de la sexualidad femenina hay un texto clásico de Joan Riviere (es uno de los textos que se incluyeron en la polémica de los años treinta sobre la castración), que se llama “La mascarada femenina”: la mujer se presenta como siendo el falo, que es su manera también de cumplir con una parte de esa frase poética que Lacan tiene para definir el amor, “amar es dar lo que no se tiene”; ella da lo que no tiene en cuanto se presenta como siendo el falo, a alguien que no lo es, el caballero.

Sigo: “Es por esta razón por la que ella entiende ser deseada al mismo tiempo que amada. Pero su deseo en ella encuentra el significante en el cuerpo de aquel a quien se dirige su demanda de amor”. (35) Ella se presenta como siendo el falo, por lo cual se ofrece para ser deseada y amada. Pero, como está en las fórmulas de la sexuación en *Encore*, vemos que desde el lado que dice “*La femme*”, con la barra, apunta al significante fálico. En cuanto se trata de la búsqueda de su goce, en parte, apunta hacia ahí.

Y dice:

Sin duda es necesario no olvidar que, de esta función significante, el órgano revestido de ella toma valor de fetiche. Pero el resultado para la mujer sigue siendo que convergen sobre el mismo objeto una experiencia de amor que como tal la priva idealmente de esto que da, y un deseo que ahí encuentra su significante. Esta es la razón por la cual se puede observar que la falla de la satisfacción propia de la necesidad sexual, dicho de otro modo la frigidez, es en ella relativamente bien tolerada, mientras que la *Verdrängung* [la represión] inherente al deseo es menor que en el hombre. (36)

La mujer se ofrece como siendo el falo y suscitando en su partenaire tanto el deseo como el amor; si fracasa en la obtención del goce, no se le viene el mundo abajo, siempre y cuando tenga la garantía de que sigue siendo amada. Provoca lo contrario en los caballeros. En una película clásica estrenada en Buenos Aires, era protagonista lo que se llamó “la cama pirañera”. Era una cama en la cual estaba Darío Grandinetti con cada una de las damas a las que conquistaba y, después de hacer el amor, cuando ellas le preguntaban si era casado, él fantaseaba con que apretaba un botón y la dama desaparecía. No podía soportar la demanda de amor.

Esto, del lado femenino. Ella reprime menos el deseo del falo, sabe adónde apunta. Alguna vez conté este chiste: un amigo malvado, hablando de una colega que sufría de un estrabismo en un ojo, decía: “¿Viste a ‘X’? ¿Te diste cuenta de que siempre con un ojo anda en la búsqueda del falo?”. Ustedes saben que Lacan dice, más o menos con estas palabras, que todo hombre tiene algo de imbécil, por creer que si tiene el pene tiene el falo; y toda mujer tiene algo de extraviada en la medida en que está siempre a la búsqueda de lo que no tiene. ¿Habría que elegir con qué quedarse?

¿Qué dice del hombre?

En el hombre, por el contrario, la dialéctica de la demanda y del deseo engendra los efectos respecto de los cuales es necesario admirar una vez más con qué seguridad Freud los situó en las junturas mismas donde ellos revelan la rúbrica de un rebajamiento [*Erniedrigung*] específico de la vida amorosa [se refiere al texto clásico de Freud de un rebajamiento en la vida amorosa del hombre].

Si el hombre encuentra, en efecto, la manera de satisfacer su demanda de amor en relación con la mujer en cuanto el significante del falo la constituye como dando en el amor esto que ella no tiene [Lo dijimos antes, ella se ofrece en la mascarada siendo el falo y, por lo tanto, sustrayendo lo que no tiene. Recuerdo, Joan Riviere cuenta el caso, muy interesante, de una paciente, una mujer muy brillante que daba conferencias, que tenía un síntoma: cuando terminaba de dar una conferencia se sentía obligada a dirigirse especialmente a los caballeros que habían asistido a escucharla –a los cuales, por otro lado, en el análisis confesaba que no valoraba especialmente–, buscando su aprobación y no solo su aprobación intelectual sino, además, tratando de seducirlos, buscando que la elogiara como mujer. ¿Cuál era su síntoma? Haberse mostrado con el avance fálico que significaba su conferencia, bien dada, muy inteligente, la dejaba con la sensación de que su femineidad quedaba postergada y, por lo tanto, podía quedar abandonada por todos los hombres (y por detrás de todos los hombres siempre está el primero).], inversamente su propio deseo de falo hará surgir su significante en su divergencia remanente hacia “otra mujer” que puede significar este falo a títulos diversos, ya sea como virgen, ya sea como prostituta. (37)

El hombre, en cuanto apunta a la mujer por lo que ella no tiene, justifica su tendencia centrífuga en la búsqueda de ese falo que ella no le da, en figuras emblemáticas, como la virgen o la prostituta, que se prestan a encarnarlo: la virgen como ese falo que nunca cae y la prostituta como la que tiene el falo universal. “De ahí resulta una tendencia centrífuga de la pulsión genital en la vida amorosa, que hace que en él la impotencia sea peor soportada, al mismo tiempo que la *Verdrängung* inherente al deseo es más importante.” (38)

Recuerdo a un paciente: era un joven, estaba en los comienzos de su vida sexual. Me contó que había ido, como se acostumbraba en los barrios porteños en aquellos tiempos, a probar con una prostituta, y la cosa no había funcionado. Se entró a desesperar, hasta que la prostituta, que tenía algunas vueltas en la vida, le dijo: “Pibe, tranquilo, esto solo le pasa a la gente que coge”.

Como ustedes pueden apreciar, ya en “La significación del falo” Lacan sitúa la función fálica en el encuentro de los sexos y en la razón de esa frase que repite como cantinela, algo que es de lo Real, no es un fantasma: “no hay relación sexual”. No hay una complementariedad por la cual de dos haremos uno.

¿De qué hablamos, entonces, cuando hablamos de función fálica? ¿Cuál es su eficacia? En el seminario *L'angoisse*, en la clase del 30 de enero de 1963, Lacan dice así:

La falta es radical, radical para la constitución misma de la subjetividad tal como esta se nos presenta por la vía de la experiencia analítica [es una falta que no tiene que ver solo con lo patológico, es estructurante]. Me gustaría enunciarlo en esta forma: desde que eso se sabe, que alguna cosa viene al saber, hay algo perdido, y la manera más cierta de aproximarse a esta cosa perdida es concebirla como un pedazo del cuerpo. (39)

En ese seminario, Lacan nos dice que esa falta radical no solo es una falta del significante, no solo significa la incompletud del saber: también hay algo del cuerpo –y, si hay algo del cuerpo, yo diré que hay algo del goce– que estará perdido. Es la condición

lógica estructural de “*il n’y a pas de rapport sexuel*”, “no hay relación sexual”.

Haciendo la que llamo “estrategia del pliegue”, voy a seminarios posteriores y a seminarios anteriores, que prueban que, cuando Lacan dijo: “Me desvivo por decirles lo mismo de otro modo”, enunció una verdad. Un escrito que fue primeramente un seminario sobre la psicosis es “De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”. En el apartado 4, cuando habla “del lado de Schreber”, dice: “La significación del falo, hemos dicho, debe ser evocada en lo imaginario del sujeto por la metáfora paterna”. (40) Sin metáfora paterna la función fálica no produce el efecto necesario. Digo esto porque también oímos en nuestro tiempo quienes dicen: “del padre se puede prescindir”. Se olvidan de que la frase de Lacan continúa: “a condición de servirse de él”. Hay quienes dicen que con el lenguaje alcanza, que el lenguaje de por sí establece lo que sí y lo que no. Los psicóticos, que están inmersos en el lenguaje (no son autistas), desmienten esta tesis errónea.

¿Qué propone Lacan con relación a la metáfora paterna? Que tiene su modelo en la fórmula general de la metáfora.

$$\frac{S}{S'} \cdot \frac{S'}{x} \rightarrow S\left(\frac{I}{s}\right)$$

Nos dice que la metáfora consiste en que un significante pasa bajo la barra y es sustituido por otro. Con lo cual, en el lugar de la significación, se modifica su valor. Por eso pone la “x” como una variable. La significación va a ser el efecto de la sustitución de un significante por otro significante, al que llamamos “significante metafórico”.

Hoy no me voy a extender en esto, en otra clase sí lo vamos a hacer; pero, si solo fuera esto lo que Lacan descubrió, ya merecería estar en la historia del psicoanálisis. Por haber podido arribar a esta simplicidad –ya dijimos varias veces que simplicidad no es sencillez; como dice Borges, sencillez no es nada, simplicidad implica una lógica arduamente trabajada–, ya habría merecido un homenaje como este que le ha hecho Ana Lía y que le seguimos rindiendo. No hace falta que, como decían los surrealistas, haya una mesa de disección con un paraguas para que haya metáfora. Alcanza con que un significante sustituya a otro. ¿Eso qué produce? Un plus de significación.

$$\frac{NP}{DM} \cdot \frac{DM}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow NP \left( \frac{A}{\Phi} \right)_{pballus}$$

Sobre ese modelo de la metáfora, Lacan propone lo que ustedes ya conocen, que es la metáfora paterna. En ella se trata del deseo de la madre. ¿Qué es para el primer tiempo de una madre neurótica y de un futuro neurótico el significado al sujeto? Freud clásico:

es el falo imaginario del Otro.

Si la metáfora paterna funciona, el deseo de la madre pasará bajo la barra gracias a la eficacia del Nombre del Padre. Se llama Nombre del Padre porque tendrá que ser inscripto en el sujeto un significante. El padre puede estar presente, pero, si la madre impide que pase, la metáfora paterna no funcionará.

Y, si funciona, ¿qué es lo que habrá de suceder? Si funciona el Nombre del Padre, Lacan escribe “Otro” y bajo la barra pone “*phallus*”: estará el significante fálico señalando en el Otro una falta –el falo como significante de la falta en el Otro– y propiciando, del otro lado, una emergencia del sujeto. Cuando nacemos hay viviente. La condición de sujeto requiere operaciones; esta es fundante.

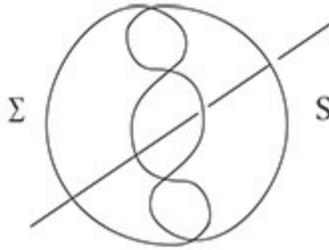
Les dije que el ejercicio va a ser continuo. Va a ser un ejercicio de idas y vueltas, porque ahora vamos a pasar a un seminario que fue mencionado, en el que Lacan habla sobre Joyce, *Le sinthome*.

En el seminario *Le sinthome*, seminario que comienza en noviembre de 1975 y sigue durante el año 1976, última etapa de la enseñanza de Lacan, tenemos varias cuestiones. Subrayo esta frase: “El lenguaje no es en sí mismo un mensaje, sino que no se sustenta más que en la función de esto que yo he llamado el agujero en lo Real”. (41) Otra vez insiste con lo del agujero: el agujero, la falta, la falta radical, el significante de la falta en el Otro. Es como él dijo: “me desvivo por decirles lo mismo de otro modo”. Se trata, entonces, de algo que sucede en nosotros por la inmixión del lenguaje en la constitución de nuestro ser. El viviente humano es el único viviente en el cual el lenguaje tiene esta operatoria de introducir un agujero en lo Real.

Y entonces vamos a ver cómo Lacan no era lacanista, como a veces se dice que Marx no era marxista, en el sentido de que no era fanático, cerrado, fundamentalista.

Lacan introduce el concepto de “Sinthome”. En francés existe “*symptôme*”, que es “síntoma”, como dice Freud, y existe “*Sinthome*”, que es la grafía antigua. Si uno va al diccionario que a él le gustaba, el de Bloch y Von Wartburg –dos estudiosos suizos de la lengua francesa–, ve que “*Sinthome*” es como se escribía en la Edad Media, pero Lacan lo utiliza con otro valor. En el caso de Joyce, su escritura le funciona como Sinthome, remedia un error en el nudo. Y el sinthome aparece como cuarto anillo.

En topología, yo puedo escribir un anillo en redondel o lo puedo escribir como una oreja, no tiene ninguna importancia. Son dos anillos que, si ustedes se fijan bien, se pueden separar, no están enganchados. Y dice Lacan: uno es lo Simbólico y el otro es el Sinthome. Y dice: entre lo Simbólico y el Sinthome, hacen un pseudoagujero. Es preciso un tercer anillo –que es una recta al infinito– que haga de un pseudoagujero un verdadero agujero.



Y ese tercer anillo, ¿qué es? Ese tercer anillo es el falo. Ahora, Lacan dice que ahí Sinthome funciona como Real. Y no lo usa como cuarto anillo. Hace un nudo borromeo de tres anillos y uno de ellos es el Sinthome. ¿Cómo puede ser? Esto les está diciendo que Lacan no usa la teoría como un corsé para lo que su experiencia le dicta. ¿Cómo leo yo esta escritura? Está diciendo que, si hay una falla en lo Simbólico, si en algún lugar la castración falló, el Sinthome solo no lo puede remediar. Para remediarlo tiene que haber también un anudamiento imaginario. La eficacia imaginaria del falo simbólico. Estamos hablando todo el tiempo de la función fálica.

Otra variante de la función fálica dice así:

Se ve bien que la castración no es el fantasma. Ella no es tan fácil de situar, yo hablo de la función que es la suya en el análisis. Ella es más fácil de situar, ya que puede ser fantasmaticada. Aquí es donde vuelvo a mi  $\Phi$  que puede también ser la primera letra de la palabra fantasma. Esta letra sitúa las relaciones de lo que yo llamaré una función de fonación –he aquí la esencia de  $\Phi$ , contrariamente a lo que se cree-. (42)

Sabemos que a Lacan le encanta, como él dijo, decir lo mismo de otro modo. ¿Qué quiere decir que ahora utilice la misma letra “ $\Phi$ ” que utilizó en la fórmula de la sexuación, la misma letra “ $\Phi$ ” que utilizó en los comienzos en su seminario y luego en su escrito sobre la psicosis? ¿Qué quiere decir que la letra “ $\Phi$ ” tiene que ver con la función de fonación? Nos invita a un trabajo de lectura. Sabemos que Lacan tiene esa tendencia a ejercitar eso que siempre dijo, la verdad se dice a medias. ¿Qué es la fonación? Es lo contrario a aquello de lo que hoy nos quieren convencer desde el uso ideológico de las neurociencias. Estamos en un tiempo, ya lo dijimos, de regresión biologizante en el campo psi. Se nos quiere convencer de que las llamadas “patologías mentales” tienen su origen en fallas orgánicas, en genes, en enzimas. Por supuesto que esos marcadores biológicos se caracterizan por su ausencia, no lo han podido verificar. ¿Qué es lo que la función de fonación viene a mostrarnos, al revés de lo que argumentan? La fonación nombra cómo la palabra del Otro cambia nuestro cuerpo. El proceso de fonación nombra las marcas que deja en nuestro cuerpo, en la laringe, en la modulación de la lengua, de la glotis, para el ejercicio de los fonemas propios de la lengua materna. Y queda de tal modo instalado en nuestro cuerpo que, pasado un tiempo, es irreversible. Para un hispanoparlante, pronunciar la hache aspirada de la lengua japonesa

es inviable, como para un francés pronunciar la erre como la pronunciamos en español, y son muchos los fonemas que tienen esa marca inevitable.

Función de fonación quiere decir, como enseñaba Roman Jakobson, que, cuando nacemos, tenemos abierta la posibilidad de decir todos los fonemas. Pero una vez que, por la entrada de la lengua del Otro, que no es hereditaria sino que se juega en la relación con el Otro, se instaura en nuestro cuerpo, hay un recorte, hay una pérdida. Hablamos de pérdida en el cuerpo. Nuestro cuerpo pierde la posibilidad de producir otros fonemas. Gana en la producción afinada de los fonemas de la propia lengua y pierde la posibilidad de otros fonemas. Otra vez función del agujero. Es estructural, no es patológica.

Dije la vez pasada que íbamos a ver para hoy el teorema de Gödel. No se asusten, vamos a recorrerlo suavemente. Lacan habla del teorema de Gödel en seminarios distintos. No voy a citar todos porque sería muy engorroso, tan solo algunos. Por ejemplo, en el seminario “La identificación”, en la clase del 28 de febrero de 1962, dice:

La pretendida infecundidad del juicio analítico a priori, a saber, de lo que llamaremos simplemente el uso puramente combinatorio de elementos extraídos de la posición primera de un cierto número de definiciones, que este uso combinatorio tenga en sí una fecundidad propia es lo que la crítica más reciente, más avanzada, de los fundamentos de la aritmética puede seguramente demostrar. Que haya en último término en el campo de la creación matemática un residuo obligatoriamente indemostrable es a lo que sin duda la misma exploración logizante parece habernos conducido (teorema de Gödel) con un rigor hasta aquí irrefutado. (43)

¿Qué quiere decir esto de “juicio analítico a priori”? A priori o a posteriori quiere decir antes o después de la verificación experimental. Un juicio analítico a priori quiere decir que se establece primero una fórmula, puede ser un axioma, y a partir de ahí se hacen las deducciones. La matemática, incluso en su rama más admirada durante siglos, que fue la geometría euclidiana, partía de algunos axiomas básicos y a partir de ahí deducía por pasos irrefutables todos sus teoremas. Pues bien, el teorema de Gödel vino precisamente, una vez más, a demostrar que no era así, que había ciertas cuestiones que la matemática no podía demostrar a partir de esos axiomas.

Otra cita, de *...o peor*, la clase del 12 de enero de 1972:

Lo remarcable, en el desarrollo al que me refería hace un rato de la enunciación lógica, en donde tal vez algunos advirtieron que no se trata de otra cosa que del teorema de Gödel concerniente a la aritmética, es que no es a partir de los valores de verdad como Gödel procede en su demostración de que habrá siempre en el campo de la aritmética algo enunciable en los términos propios que ella comporta, que no estará al alcance de lo que ella se plantea a sí misma como modo a considerar como recibido de la demostración. No es a partir de la verdad, es a partir de la noción de derivación, es dejando en suspenso el valor “verdadero o falso” como tal, como el teorema es demostrable. (44)

Ya lo vamos a ver en detalle: Gödel demostró que hay ciertos teoremas que se pueden demostrar que son verdaderos, pero fuera del sistema formal axiomático al cual debieran pertenecer. En ese sistema axiomático, no podemos decidir si son verdaderos o falsos. Pertenecen a lo que llamaré “lo indecidible”.

Otra cita, de “L’insu...”. Son citas de distintos tiempos; esta es del año 1977,

posterior a *El sinthome*:

Un tal Gödel, que ahora vive en América [fue profesor en Princeton; cuando vinieron los nazis, en 1938, se tuvo que ir de Viena], ha demostrado que hay lo indecible. ¿Sobre qué terreno lo demuestra? Sobre lo más mental de todos los mentales, sobre todo lo que hay de más mental, sobre lo mental por excelencia, la cima de lo mental, a saber, lo que se cuenta. Lo que se cuenta, esto es, la aritmética. Quiero decir que es la aritmética la que desarrolla lo contable. (45)

Menciona una referencia a otra fundamentación lógica de la aritmética, que Lacan alude en alguno de sus seminarios, que es la de Frege.

Por último, en “El objeto del psicoanálisis”, del año 1965, dice:

Es innegablemente la consecuencia estrictamente determinada de una tentativa, como hemos visto el año pasado, de querer suturar al sujeto de la ciencia, y el último teorema de Gödel muestra que fracasa, lo cual quiere decir que el sujeto en cuestión sigue siendo el correlato de la ciencia, pero un correlato antinómico, puesto que la ciencia se muestra definida por el no éxito del esfuerzo para suturarla. (46)

Es enorme el esfuerzo de Lacan. Si uno se adentra en lo que está diciendo, advierte que está respondiendo por todos nosotros a la acusación de falta de cientificidad del psicoanálisis. Tenemos un amigo entrañable, que es Mario Bunge. Nadie se ocupa tanto de nosotros como él. Y Lacan lo que dice es que la ciencia ha fracasado en su intento continuo de suturar lo que llamamos “la función sujeto”, una función que alude a la falta. Una de las definiciones de sujeto es *manque-à-être*, “falta-en-ser”. Esta propuesta del psicoanálisis tiene sus razones en los mismos cuestionamientos que desde el campo duro de la matemática se le erige a la más exacta, supuestamente, de las ciencias.

¿Quién es Kurt Gödel? No se desesperen, las cosas a veces son así: tenía 25 años cuando escribió su texto memorable. ¿Qué es lo que Kurt Gödel hizo? Escribió un texto, “Über formal unentscheidbare Sätze der *Principia Mathematica* und verwandter Systeme” [“Sobre las proposiciones formalmente indecibles de los *Principia Mathematica* y sistemas conexos”]. Lo escribe en el año 1931; toma como referencia los *Principia Mathematica* escritos por Whitehead y Bertrand Russell. Hay una secuencia: comienza con Frege, cuando intenta una fundamentación lógica de la aritmética (alguna vez la abordamos), una de cuyas cuestiones básicas es la idea de un conjunto definido por concepto. Lo que Bertrand Russell vino a demostrar y que fue para Frege un golpe muy fuerte, que él reconoció, era el hecho de que no había conjunto universal. Recuerdo brevemente que Bertrand Russell conmueve la fundamentación lógica de la matemática con sus paradojas. Nombro una: la del barbero de todos los hombres que no se afeitan a sí mismos. El cuentito es gracioso; acá en la Escuela pueden pedir copias de las charlas que dio un eminente pensador de la epistemología con quien tuve el gusto de tener una amistad, Gregorio Klimovsky. El otro día, en un encuentro, cuando menciono a Klimovsky en un congreso de psicoanalistas de la zona oeste, alguien me dice: “Me conmoviste, yo soy la sobrina. ¿Sabes cómo te nombraba? Porque decía que vos siempre le recordabas que, a pesar de todo su enojo con Lacan, él era más lacaniano de

lo que creía”. Cosa que es verdad, yo le decía eso a Gregorio. Tienen en la biblioteca su conferencia sobre las paradojas.

La paradoja de Bertrand Russell dice así: en un pueblito medieval quieren ser pulcros, deciden contratar a un barbero para que afeite a aquellos que no tienen el hábito higiénico de afeitarse ellos mismos. Le dicen que, si está de acuerdo, firman el contrato: tiene casa, comida, retribuciones; pero, eso sí (eran épocas medievales, un poco fundamentalistas), le avisan que tiene que ser estricto, no puede fallar. El hombre, contento, festeja con su familia y a la noche se despierta con ojos grandes como platos. Porque el contrato dice, estrictamente, que tiene que afeitar a todos los hombres que no se afeitan a sí mismos. El pueblo no va a gastar inútilmente por los que sí se afeitan a sí mismos. ¿Qué hace consigo mismo? Porque, si él se afeita a sí mismo, es uno de aquellos a los que no tiene que afeitar. Pero, si él no se afeitara, sería uno de aquellos a los que tiene que afeitar.

Con estas cosas tan simples, hasta incluso graciosas, Bertrand Russell descubre que hay algo que falla. Entonces escribe con Whitehead una obra magna, bastante difícil, que se llama *Principia Mathematica*, donde intenta resolver esta falla creando tipos: lo que no entra en el tipo 1 puede, sí, como en un metalenguaje, entrar en un tipo 2. Y así creyó que podía resolver de modo inamovible la fundamentación lógica de las matemáticas, especialmente la que hace a los números enteros positivos.

Salvadas las matemáticas, los matemáticos siguen contentos con lo suyo, hasta que a este joven, Kurt Gödel, se le ocurre algo diferente. ¿Qué se le ocurre? Que se podría transformar toda fórmula en una fórmula aritmética. Tomar, por ejemplo, los distintos signos y otorgarles un número. Coloco algunos para que ustedes vean a qué se refiere; los *Principia Mathematica* están escritos con estos signos que les voy a mostrar ahora.

Signos constantes	Número de Gödel	Significado
~	1	no
∨	2	o
⊃	3	Si... entonces...

Y así sigue con diez signos. A eso le agrega las fórmulas que esos signos pueden producir. Entonces dice:

Además de los signos elementales constantes, aparecen tres clases de variables en el vocabulario fundamental del cálculo: las *variables numéricas*, “x”, “y”, “z”, etc., con las que se puede sustituir a los numerales y expresiones numéricas; las *variables sentenciales*, “p”, “q”, “r”, etc., con las que se puede sustituir a las fórmulas (sentencias), y las *variables predicativas*, “P”, “Q”, “R”, etc., con las que se pueden sustituir los predicados. (47)

Y utiliza números que no pueden dividirse por otros, los que se llaman “números

primos”. A la segunda potencia, a la tercera potencia. Con eso construye lo que se llama “los números Gödel”. Y entonces, ¿qué descubre? Haciendo esas fórmulas con esos números, que son números enormes, de pronto descubre esta fórmula: “La fórmula G no es demostrable”. (48) Ya en su mismo enunciado podemos ver la paradoja, que sigue la de otro investigador, llamado Richard, porque si yo digo “La fórmula G no es demostrable”, si la demuestro, la fórmula G es falsa. Si no la demuestro, quiere decir que en el sistema hay una fórmula indemostrable, es incompleto. Pero, además, Gödel demuestra que “La fórmula G no es demostrable” se puede, por un lado, demostrar que es verdadera si y solo si también puedo demostrar su negación. Se vuelve indecidible.

¿Cuál es el resultado de este trabajo de Gödel? Que viene a demostrarles a las matemáticas que, si ya hay una fórmula que no puede ser deducida en su valor de verdad dentro del sistema axiomático, bien puede haber otras. Viene a cuestionar la exactitud y la completud de las matemáticas. Y entonces se arriba a estas opciones: si un sistema formal axiomático quiere derivar todos sus teoremas con valor de verdad desde esos axiomas, va a ser inconsistente, se va a encontrar con fórmulas que van a ser, al mismo tiempo, verdaderas y falsas; si no quiere entrar en esa contradicción, tendrá que ser incompleto, aceptar que habrá fórmulas que serán indecidibles dentro de ese sistema, fórmulas cuyo valor de verdad se puede demostrar, pero desde otros axiomas. Es otra manera que tiene Lacan de decirnos que la castración es un concepto nudo; fue lo primero que leímos en “La significación del falo”. Es su deses- peración por encontrar referencias lógicas en la llamada “disciplina más exacta”, que es la matemática, que sirvan para avalar esa genialidad del descubrimiento freudiano. Sí, Ana Lía, Freud merece también sus cuadros.

Como admito que todo esto es bastante arduo, voy a hacer un pliegue con un texto precisamente mío. Lo expuse hace algunos años en un seminario que se llamó “Estructura y transferencia en la serie de las neurosis”. Salió publicado en *Matices del psicoanálisis* y también en el libro que lleva ese mismo título. (49) Es un cuentito, se los voy a leer. Le había puesto este título: “Presentación amable de una broma”. Dice así:

¿Cómo podríamos, para comenzar este trabajo en común, decir esto de un modo más divertido? [Había hablado del teorema de Gödel; transcurría el año 1987]. Se me ocurrió que podía leerles algunos párrafos de un texto de un físico, matemático, especialista en informática, hijo de un premio Nobel, que recibió el premio Pulitzer por el libro que les voy a mencionar; joven..., quiero decir, de mi misma edad: Douglas Hofstadter es el autor de *Gödel, Escher, Bach*. El título nos indica que es un libro bastante desaforado, siendo al mismo tiempo riguroso: Gödel es uno de los grandes matemáticos que ha revolucionado la fundamentación lógica de las matemáticas, Escher es un genial pintor y dibujante, y a Bach puedo ahorrarle la presentación.

Voy a hacer mi relato de un capítulo donde están los dos grandes protagonistas de esta novela tan rara, la tortuga y Aquiles.

Aquiles decide visitar a su amiga. Llega a la casa, la tortuga lo recibe amablemente, Aquiles le dice:

–¿Qué hermosa colección de *boomerangs* tiene!

–¡Bah! –le responde la tortuga–, no es distinta de la que puede tener cualquier otra tortuga. ¡Venga, venga! Pasemos al *living*, así charlamos mejor.

–¡Oh! –dice Aquiles–, veo que también tiene una buena colección de discos.

–Sí –asiente la tortuga–, es mi nuevo entretenimiento, hasta tengo un disco especial.

Aquiles lee el título: “Disco para romper un tocadiscos n° 1”.

Sigue Aquiles:

–¡Qué disco raro! Me imagino lo que será. ¿Anda en eso?

–Sí –contesta la tortuga–, en eso ando.

–¡Humm! La imagen que me viene es alguien golpeando con martillos sobre un tocadiscos mientras escucha música de Beethoven con aire militar.

–No, para nada –responde la tortuga–; verá usted, la historia es otra. Hace poco me encontré con mi amigo el cangrejo. ¿Lo conoce?

–No –dice Aquiles.

–Tendría que conocerlo.

–Bueno, bueno –se impacienta Aquiles–, cuénteme del disco, que me tiene en ascuas.

–Mi amigo el cangrejo empezó a entusiasmarse con los tocadiscos, compró uno y vino a contarme que el vendedor le aseguró que era perfecto, capaz de pasar todos los sonidos. Le dije que era imposible; él me contestó que sí, confiaba en lo que le había afirmado el vendedor. Como la discusión era inútil porque mi amigo el cangrejo es muy empeinado, lo dejé y al cabo de unos días volví a su casa llevándole un regalo. Le di una copia de este disco que usted ve, que tenía por título “Disco que rompe el tocadiscos n° 1”. Se lo alcancé para que lo pusiera en su tocadiscos y apenas lo hizo comenzó a vibrar, a estremecerse cada vez más, hasta que estalló en mil pedazos. Mi amigo el cangrejo no lo podía creer. Le dije: “No lo puedes creer porque tú confías en esos mentirosos vendedores”. Me insistió: “Esto no puede ser”. “Bueno, con esto tienes la prueba de que tu tocadiscos no era perfecto, este disco no lo pudo pasar.” “Pues compraré uno mejor.” El cangrejo, irremediable –continuó la tortuga–, se fue al negocio de electrónica y compró uno doblemente mejorado. Varios días después volví a visitarlo con otro disco de regalo, que decía: “Disco para romper un tocadiscos n° 2”. Vuelta a poner el disco, comienza a vibrar el aparato, se estremece y estalla en otros mil pedazos.

Decepcionado, el cangrejo le reclamó al vendedor; este le prometió que si llegaba a romper el nuevo artefacto le daría el doble de dinero. Así que el cangrejo tenía dinero para comprar un aparato doblemente mejorado.

–Todo esto –acota la tortuga– duró varios *rounds*.

–Me imagino –comenta Aquiles– que ese disco lo debe de haber grabado usted.

–¡Qué astuto, mi querido Watson! –sonríe la tortuga a Aquiles–; efectivamente fui a la casa donde el cangrejo había comprado su tocadiscos, averigüé cuál era la marca y escribí al fabricante para que me diera un diagrama. Sobre la base de eso construí un disco que, para ese tocadiscos, iba a ser imposible de pasar; lo mismo repetí varias veces.

Concluyó Aquiles:

–Entonces el empeinado cangrejo se habrá rendido definitivamente.

–Pues mire usted, nada de eso; la última vez, cuando fui con un disco que rompe el tocadiscos n°  $n$ , me encontré con algo distinto: mi amigo el cangrejo se había enterado de lo que yo venía haciendo y le había escrito al fabricante para pedirle un tocadiscos distinto. Este aparato, cuando se pone el disco, antes de pasarlo lo analiza, descubre sus surcos y, si encuentra, por medio de una calculadora, que el sonido podría destruirlo, cambia la disposición de los grandes bloques que lo componen; entonces sí pasa el disco.

Concluye Aquiles:

–Entonces usted ha sido vencida.

–¡Pst!, ¡se ve que usted no conoce el teorema de incompletud de Gödel!

Hasta aquí una parte del relato. En el final Aquiles saluda:

–Me voy, pero antes tengo para usted una copa de vidrio.

–¡A ver, a ver! –exclama la tortuga, mientras abre el paquete–; ¿cómo acertó?: es mi último entretenimiento, mi última pasión, estoy buscando una copa perfecta. Pero ¿tiene algo escrito?

Responde Aquiles:

–Esta copa perteneció ni más ni menos que a su autor favorito, a Juan Sebastián Bach.

–Pero ¿qué más tiene grabado? –insiste la tortuga.

–Algunos escritos del último contrapunto de la última fuga de Bach.

–¡Increíble! –exclama la tortuga–, ¿así que se descubrió qué era eso?

–Sí –le dice Aquiles.

–Pues toquémoslo ya mismo –invita la tortuga–: ¡se puede tocar igual del derecho que del revés!, ¡y los

últimos cuatro acordes corresponden a b-a-c-h, Bach! ¡Toquémoslo ya, toquémoslo ya!

La tortuga trae el violín y cuando toca b-a-c-h..., oye un ruido estremecedor: la copa se quiebra en múltiples pedazos.

*Boomerang.*

¿A qué viene este relato? Es el modo que tiene Douglas Hofstadter de presentarnos el teorema de incompletud de Gödel.

Para toda serie de elementos discretos hay que elegir: si el tocadiscos quiere pasar todos los sonidos, queda destruido; si soporta que haya un disco que no pasa, es incompleto.

Pensemos que ese tocadiscos somos nosotros y que, como el tocadiscos, emitimos sonidos. Si queremos decirlo todo, sufrimos dos deficiencias: algo se quiebra, podríamos decir cierta unidad imaginaria, y también algo se estremece, tiene un valor de goce.

La opción reclama algún silencio, que alguna palabra no se diga. En el caso del tocadiscos eso daría un goce extra, el goce que otorga la música; si no, quedaría una trampa, la que usó el cangrejo y que todos nosotros usamos. Sin esa trampa no hay posibilidad de quedarnos con la ilusión de que el tocadiscos es perfecto. Digo “con la ilusión” porque ustedes pueden fácilmente apreciar que, para cada estructura del tocadiscos, es imperfecto: si toca todos los discos es merced a la eficacia de la calculadora que se le agregó, que cumple una función de engaño: para cada estructura del tocadiscos él es incompleto; su aparente completud –puede incluso pasar el disco que le regala la tortuga– es debida a que reformula su estructura.

Como anticipo: esa calculadora es el objeto *a*.

Me voy a permitir proponerles otra definición, para nombrar esa palabra, ese disco que no pasa. En psicoanálisis tiene un nombre: la estructura se llama castración y esa palabra que no pasa como las otras se llama falo. Para decirlo en una fórmula levemente obscena, como para que la recordemos: el falo es lo que la lengua pierde cuando habla. El falo es lo que la lengua aparta cuando ella se presta a la función de la palabra.

[\(50\)](#)

Quise traerles hoy distintos abordajes de la función fálica, para que adviertan la importancia que tiene en la obra de Lacan desde una punta a la otra, función estructurante que nos constituye.

Los invito, aunque quedan apenas unos minutos, a que hablemos un poco.

*Participante 1:* Me pareció muy interesante tu exposición, sobre todo que hayas tomado el teorema de Gödel, que me parece fundamental con relación al falo. Pero te quería comentar (supongo que lo sabés) una veta más para pensar esta cuestión de la incompletud: lo que pasó en la historia de la geometría. Durante siglos se trató de fundamentar el postulado que había planteado Euclides respecto de las líneas paralelas y no se podía demostrar, hasta que un genio como Lobachevsky logró pensar que ese era un postulado que había que apartar, modificar. Entonces, postuló que por fuera de una línea pasaban o infinitas paralelas o ninguna, y ahí se crearon las geometrías no euclidianas. Está en la misma línea de lo que decías, que se inaugura algo nuevo en la ciencia cuando se prueba la incompletud.

*Isidoro Vegh:* Te agradezco el comentario. Desde la ciencia misma llega esta función que nosotros, psicoanalistas, llamamos “fálica”, función de incompletud, que concierne al agujero que, Lacan dice, es de lo Real. Y que Freud, con su genialidad, anticipó colocando en el eje de nuestra estructuración, en la culminación de lo que él llamaba “Edipo”, la castración. En lo cual jamás cedió, aunque muchos de sus discípulos lo

cuestionaron. Como siempre digo, no seamos soberbios: no es que nosotros seamos más inteligentes que Jones, Abraham o Ferenczi, sino que él, Freud, no había dado la lógica. El esfuerzo de Lacan fue dar una fundamentación lógica de esa afirmación genial de Freud. Así que te agradezco el comentario.

*Participante 2:* En distintos momentos de tu exposición aclarabas que este tema es estructural, que nos constituye, que no tiene que ver con una patología particular; lo repetiste varias veces. Quisiera, si podés, que desarrollaras ese punto: por qué aclarabas tantas veces que no es patológico, sino que es estructural. Esa es una pequeña pregunta. La otra: mencionaste el objeto *a* sobre el final; ¿qué relación encontrarías con  $\bar{\Phi}$ , que sería la castración imaginaria? No sé si da para este momento o si lo iremos viendo en el curso del recorrido.

*Isidoro Vegh:* Cuando digo que es estructural quiero decir que no es solamente responsable de la patología. Es más, en algún lugar Lacan dirá que el síntoma es una ostentación del goce fálico. Lo que pasa es que no es solo fundamento de la patología, también es estructural.

Por otro lado,  $\bar{\Phi}$  alude al hecho de que (lo hemos dicho muchas veces), si el falo simbólico, la letra  $\Phi$ , es el significante de la falta en el Otro, si yo lo negativizo, borro la marca de la falta. Por eso Lacan, cuando escribe la castración, pone  $\bar{\Phi}$ , que es una falta imaginaria que representa una falta simbólica. No siempre  $\bar{\Phi}$  representa una falta simbólica. El neurótico también es un especialista en quebrarse un brazo una semana antes de ir a esquiar.

[32.](#) Lacan, Jacques: “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse”, en *Écrits*, ob. cit., p. 237.

[33.](#) Lacan, Jacques: *Le séminaire. Livre XVIII: D'un discours qui ne serait pas du semblant*, París, Seuil, 2006, p. 67 (clase del 17 de febrero de 1971).

[34.](#) Lacan, Jacques: “La signification du phallus –Die Bedeutung des Phallus–”, ob. cit., p. 694.

[35.](#) Íd.

[36.](#) Íd.

[37.](#) *Ibid.*, pp. 694-695.

[38.](#) *Ibid.*, p. 695.

[39.](#) Lacan, Jacques: *Le séminaire. Livre X: L'angoisse*, ob. cit., p. 158.

[40.](#) Lacan, Jacques: “D'une question préliminaire à tout traitement possible de la psychose”, en *Écrits*, ob. cit., p. 557.

[41.](#) Lacan, Jacques: *El seminario, libro 23: El sinthome*, ob. cit.

[42.](#) Lacan, Jacques: *El seminario, libro 23: El sinthome*, ob. cit.

[43.](#) Lacan, Jacques: “La identificación”, seminario inédito (clase del 28 de febrero de 1962).

- [44.](#) Lacan, Jacques: *El seminario, libro 10: ...o peor*.
- [45.](#) Lacan, Jacques: “L’insu que sait de l’une-bevue s’aile a mourre”, seminario inédito (clase del 10 de mayo de 1977).
- [46.](#) Lacan, Jacques: “El objeto del psicoanálisis”, seminario inédito (clase del 1º de diciembre de 1965).
- [47.](#) Nagel, Ernest y Newman, James R.: *El teorema de Gödel*, Madrid, Tecnos, 1979, pp. 89-90.
- [48.](#) *Ibíd.*, p. 104.
- [49.](#) Vègh, Isidoro: *Matices del psicoanálisis*, Buenos Aires, Agalma, 1991; *Estructura y transferencia en la serie de las neurosis*, Buenos Aires, Letra Viva, 2008.
- [50.](#) Vègh, Isidoro: “Presentación amable de una broma”, en *Matices del psicoanálisis*, ob. cit., p. 121.

## Capítulo 3

### Del sujeto supuesto al sujeto puesto en acto

#### *Un bucle extraño*

Vamos a continuar con este seminario. Espero que pueda justificar el título con el cual los invité: “Retorno a Lacan. Una clínica del sujeto”; que ustedes puedan verificar su valor no solo escuchándome a mí, sino también recorriendo algunos lugares, como el que la vez pasada sugerí con relación a un texto clásico, “La significación del falo”. Pues en el tiempo en el que estamos, para algunos psicoanalistas que se dicen deudores de la enseñanza de Lacan, serían datos históricos no merecedores de un mayor detenimiento. Repetición: Lacan, allá por los años cincuenta, tuvo que enfrentar al posfreudismo proponiendo el retorno a Freud. La devaluación de la primera tópica y los textos que exponían un Yo autónomo o un instintivismo innato desconocían la vigencia del Inconsciente.

Mi anhelo es que ustedes puedan advertir que no estamos conversando sobre detalles colaterales, que acá se juega el corazón mismo de la práctica y de la teoría psicoanalítica, que no son cuestiones secundarias que todo el mundo tiene derecho a ver de un modo o de otro. Se están cuestionando, se están dejando a un lado aspectos esenciales del psicoanálisis. Es como cuando Jung le decía a Freud que sí, que la sexualidad estaba, pero que lo más importante era el anhelo de espiritualidad. Freud no tenía más remedio que decirle que siguiera su camino, que no se lo impedía, pero le preguntaba por qué a su propuesta la seguía llamando “psicoanálisis”, le sugería que le pusiera otro nombre.

Voy a retomar haciendo un subrayado que va a ser una pregunta. La vez pasada, entre las diversas articulaciones que intentamos presentar, recordamos lo que Lacan desplegó en un seminario y luego fue un escrito, “Acerca de una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis”, la fórmula de la metáfora paterna. La recuerdo:

$$\frac{NP}{DM} \cdot \frac{DM}{\text{Significado al sujeto}} \rightarrow NP \left( \frac{A}{\Phi} \right)_{phallus}$$

Para escribir la metáfora como Lacan la propone, dividimos el espacio con dos barras en cuatro lugares. Si lo hago siguiendo un orden, llamémoslo “histórico”, para que un

niño nazca habrá de estar primero el deseo de la madre (DM). Si pongo bajo la barra una “x”, como se hace en matemática cuando hay una variable, puede sustituirse por distintos valores.

$$\frac{NP}{DM} \leftarrow \frac{DM}{x}$$

En un comienzo, el niño representará para el Otro materno su falo imaginario. Gracias a la eficacia del Nombre del Padre (NP), el deseo de la madre (DM) pasará bajo la barra, movimiento indicado por la flecha.

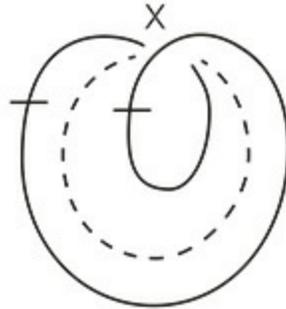
En la fórmula primera, está escrito el tiempo siguiente cuando, bajo la eficacia de la función fálica, el Otro (A) aceptará la falta que permitirá que su hijo salga del lugar de falo imaginario para emerger como sujeto. En la fórmula está indicado: debajo del deseo de la madre (DM), leemos “significado al sujeto” y, debajo del Otro (A), se encuentra escrito  $\Phi$ , que es el significante de la falta en el Otro.

Pregunta: ¿qué relación habrá entre el falo y el “significado al sujeto”? Las dos clases anteriores, apelando a algo que Lacan citó y desarrolló en varios seminarios, hasta en “L’insu...” –el teorema de Gödel–, estuvimos desplegando qué significaba eso que se llama “función fálica”, función que concierne a la esencia de lo Simbólico. Cuando en los últimos seminarios Lacan define qué es lo que caracteriza a cada uno de los registros, dice: a lo Imaginario, la consistencia, entendida en su enseñanza como una continuidad; a lo Real, la existencia, el hecho de estar fuera de lo Simbólico y lo Imaginario; y a lo Simbólico, *le trou*, el agujero.

Función fálica del agujero, del descompletamiento, de eso que Lacan repite como una cantinela seminario tras otro: no hay universo del discurso. Ahora, ¿por qué significado al sujeto? ¿Qué relación hay entre el sujeto y esta cuestión del falo? Estamos muy acostumbrados a decir ciertas palabras que forman parte, sin duda, de nuestro cuerpo teórico, más si nos inscribimos en esta perspectiva de la enseñanza de Lacan, lo cual a veces nos dificulta, como decían los filósofos griegos, el asombro. La palabra “sujeto” no forma parte del vocabulario freudiano. ¿Por qué Lacan introdujo el concepto de “sujeto”? ¿A qué viene? ¿Tiene importancia?, ¿Lacan se quiso hacer el original? Estamos todo el tiempo hablando de sujeto, lo damos por sobreentendido, nos cuesta advertir que puede ser que haya una pregunta que valga la pena formular.

Debo confesarles que estuve meditando bastante acerca de cómo abrir este legajo supuestamente tan fácil (¿quién no habla de sujeto en la parroquia lacaniana?). Leí, en homenaje a ustedes (no crean que sufro, me encanta), este librito de unas quinientas páginas. Un amigo muy querido me decía: “Isidoro, ¿cómo hacés cuando te deprimís? Porque yo cuando me deprimó no puedo hacer un carajo, quedo tirado en la cama”, “Tengo una suerte bárbara y es que cuando me bajoneo, como cualquier ser humano, me pongo a leer y me hace sentir muy bien”. Se dan cuenta del beneficio secundario que obtengo. Lo digo para que no se sientan con culpa, fue también para mi propio gusto.

Voy a desplegar un texto; acompáñenme con paciencia, déjense estar, olviden lo que saben, como si fuera una película. El título que tiene podría ser de película; es *I am a strange loop*, *Yo soy un extraño bucle*. Solo como anticipo, para que me acompañen con ganas, voy a hacer esto: Lacan lo llama “ocho interior”, es el borde de una banda de Moebius.



Es un bucle. Supongamos que yo empiezo en “x”, recorro el bucle y, como si fueran dos piolines, los puedo superponer. Es un bucle, un rulo que se abrocha en el lugar de su inicio. Concepto freudiano de repetición. Es el borde de una banda de Moebius. Lo digo para que sepan que a lo que los voy a invitar tiene que ver con lo nuestro.

Este libro es del autor que les mencioné la vez pasada, de Douglas Hofstadter, el mismo que escribió *Gödel, Escher, Bach*. Es un libro de publicación reciente, del año 2008. Es interesante porque me confirma en cierta ironía, que yo suelo a veces tener, cuando me toca compartir alguna mesa redonda con algún psiquiatra, cuando avanzan, por ejemplo, y no solo empiezan a hablar de genes y de lo orgánico, sino que se aventuran en el campo del sujeto. Hoy salió otra noticia en el diario *La Nación* (su insistencia es periódica) acerca de un equipo de investigadores que descubrió la fórmula genética de ocho formas distintas de esquizofrenia. Van a ver cómo la semana que viene dicen que no sirve para nada. La epigenética, que también es una ciencia dura, descubrió que las fórmulas genéticas por sí mismas no determinan nada, son condicionantes, no determinantes. Entonces yo les digo, con mucha ternura: sigan así que van bien, ya van a llegar a las series complementarias de Freud.

Tengamos presente que Hofstadter es un brillante investigador de ciencias duras, dedicado a la informática, hijo de un premio Nobel de Física, y que escribe este libro cuya clave no tiene nada que ver con todo eso, sino más bien con nuestro campo. La clave se las dejó como enigma para el final porque es conmovedor cuando se descubre por qué alguien escribe un libro.

En este libro, algunos de cuyos párrafos voy a comentar con ustedes, se lee:

Cierto día en que, en torno a los 16 o 17 años, reflexionaba intensamente sobre todos esos torbellinos de ideas que me conmovían tanto desde el punto de vista intelectual como emocional, caí en la cuenta —y he mantenido esa impresión desde entonces— de que lo que conocemos por “consciencia” era una especie de

espejo. Tenía que ser una clase de espejo muy especial, desde luego, porque era un espejo que se percibía a sí mismo y, por supuesto, no creía que estuviera percibiendo un espejo; pero, en cualquier caso, se trataba de un espejo. (51)

Desde el comienzo se trata del bucle, de los fenómenos recursivos. Y cuando nos dice que esto no es solo curiosidad intelectual sino también emocional, le creemos pues desde muy pequeño se encontró con una hermanita que no hablaba. Se movía, andaba, hacía sus cosas, pero no hablaba. Autismo. Y entonces, desde esa época, tuvo la inquietud de saber cómo era el funcionamiento de la psiquis, de la conciencia, del Yo, términos que él utiliza.

Dice:

Cuando unos diez años después comencé a trabajar en mi primer libro, un texto cuyo título iba a ser *El teorema de Gödel y el cerebro humano*, mi objetivo fundamental fue relacionar el concepto de ego y el misterio de la consciencia con el asombroso descubrimiento de Gödel de una gigantesca estructura autorreferente [tengamos presente que este hombre habla desde una perspectiva de la conciencia; cuando dice “ego” (sin que él lo sepa, es mi lectura) propone un concepto anfibológico, pivotea entre lo que podemos llamar “el Yo de las instancias psíquicas” y, por momentos, lo que podemos llamar “el concepto lacaniano de sujeto”], un majestuoso bucle (un “bucle extraño”, como yo mismo lo denominé más tarde) en el mismísimo centro de un formidable edificio del que sus audaces arquitectos habían desterrado toda autorreferencia. Me pareció tan fascinante el paralelismo entre el hallazgo de Gödel de una autorreferencia surgida de un sustrato de símbolos sin significado y la milagrosa aparición de egos y almas a partir de sustratos de materia inanimada que me convencí de que ahí residía el secreto de nuestro sentido del “yo” y así fue como *Gödel, Escher, Bach* vio la luz (y mi libro adquirió un título más pegadizo). (52)

Este autor intentó relacionar el teorema de Gödel, igual que Lacan, con el aparato psíquico. Para él, planteado en términos de ego, de conciencia. Una tesis que es admirable es que, a diferencia de eso que nos publica *La Nación* cada tres o cuatro días, para él es imposible reducir el funcionamiento psíquico a un puro movimiento de moléculas o de neuronas. Advierte que es absolutamente insuficiente.

Nos menciona a un neurólogo que le sirvió como referencia, llamado Roger Sperry. Dice: “quien, además de escribir con especial entusiasmo, lo hace desde una óptica que concuerda mucho con la mía”. (53) Cita un pasaje de un libro que se llama *Mente, cerebro y valores humanísticos*:

En mi modelo hipotético de cerebro, el conocimiento consciente está representado como un agente causal y en la cadena de control de los sucesos cerebrales, en la que aparece como una fuerza activa y operacional [...]. Expresado de forma simple, la cuestión es quién impulsa a quién en la pléyade de fuerzas causales que pueblan el cráneo [...]. A diferencia del chimpancé, el hombre posee ideas e ideales. En el modelo de cerebro que propongo, la potencia causal de una idea, o de un ideal, resulta tan real como la de una molécula, una célula o un impulso nervioso. (54)

Tengan presente que nosotros vivimos en un tiempo de retroceso en el campo psicoanalítico y también en la cultura. De todos lados lo invitan a este médico, Sergio Manes, para que nos hable de la relación de la neurociencia con el cognitivism. Quieren

fundar en el movimiento neuronal las ideas, los ideales. Pues bien, Hofstadter y este neurólogo al cual cita advierten que es un error metodológico.

Luego dice:

Me crié junto a un físico (mi padre) y, debido a ello, siempre me resultó natural contemplar la física como esa cosa que subyace tras todo lo que ocurre en el universo. Siendo aún muy joven me enteré, gracias a libros de divulgación científica, de que las reacciones químicas eran consecuencia de la física implícita en las interacciones atómicas y, cuando aprendí un poco más, de que la biología molecular derivaba de leyes físicas actuando sobre moléculas complejas. En definitiva, crecí pensando que no había lugar para más fuerzas que las cuatro básicas que los físicos han identificado hasta ahora (gravedad, electromagnetismo y los dos tipos de fuerza nuclear: fuerte y débil).

¿Cómo conciliar, entonces, esa creencia con el convencimiento, posteriormente adquirido, de que la evolución ha ido modificando el diseño del corazón, de que los dogmas religiosos han sido causa de guerras, de que la nostalgia fue un elemento clave al componer Chopin cierto estudio para piano, de que los celos profesionales han dado origen a muchas críticas literarias negativas y así sucesivamente? Esas fuerzas causales macroscópicas tan visibles parecen ser de una naturaleza completamente distinta a la de las cuatro infabables fuerzas físicas que, para mí, eran la causa última de todo.

Entonces saca esta conclusión: “Me di cuenta también de que esa especie de salto entre niveles de descripción me reportaba algo muy valioso para un ser vivo: la comprensibilidad”. (55) Llama a estos diferentes niveles en que podemos trabajar –físico, químico, biológico, de los ideales, de las guerras religiosas– “niveles de descripción”. Me hace acordar a lo que decía quien fue mi maestro, Enrique Pichon Rivière, quien hablaba de niveles de integración. Él los nombra así, “niveles de descripción”.

Para diferenciarlos les pone nombres. A lo que sucede en nuestro cerebro a nivel neuronal, de las fórmulas químicas, de los fenómenos químicos entre átomos, lo llama “la mentalica estadística”. Es el resultado estadístico de millones de movimientos atómicos o subatómicos. Pero denomina “pensodinámica” al nivel en que él quiere trabajar la cuestión de la conciencia, del ego, para oponerla a la mentalica estadística. Y dice que hay muchas estaciones intermedias que van desde una hacia la otra. Y agrega:

Las urgencias del día a día nos obligan a hablar de los sucesos cotidianos al nivel de lo que percibimos directamente de ellos. Se trata del nivel de acceso que nos proporcionan nuestros órganos sensoriales, nuestro lenguaje y nuestra cultura. [...] En definitiva, somos víctimas de nuestra macroscopicidad y no podemos escapar de la trampa de emplear términos cotidianos para describir los sucesos que presenciamos y percibimos como reales. (56)

Voy a proponer un concepto. Pero antes quiero aclarar que, en Buenos Aires, yo fui testigo, siendo un joven imberbe, de la discusión por este tema que remite a una historia. Lacan la menciona, con su estilo barroco, entre otros en el seminario *L'envers de la psychanalyse*. Se trata de un autor francés, Georges Politzer. Era un militante del Partido Comunista francés que había arriesgado su vida y había muerto luchando en la resistencia contra los nazis. Tuvo el mérito en plena época estalinista de rescatar el valor de la obra de Freud. Ustedes saben que no solo el Vaticano tiene prohibida la obra de Freud (tal vez dentro de cuatrocientos años levantan la proscripción: a Galileo se la

levantaron hace poquito; ¡son rápidos!); también para Stalin el psicoanálisis era una disciplina burguesa. Georges Politzer advirtió en pleno estalinismo que la obra freudiana era un salto cualitativo respecto de la psicología de las funciones. La mayoría de ustedes no debe haber vivido la época en la que en la Facultad de Psicología que está en Viamonte se enseñaba psicología de las facultades: la memoria, la atención, la voluntad, la percepción, etc. Algunos psiquiatras clásicos cuando hacen su interrogatorio lo hacen según esos términos. ¿Qué es lo que valoró Georges Politzer de Freud? Para dar una muestra: ustedes no leen en el caso Dora atención, voluntad, memoria, sino los celos de Dora con la señora K, el señor K que la quiere entusiasmar con su bulto; leemos esas cosas, que son de otro orden: tienen que ver con la atención, pero puesta en otro lugar. Georges Politzer dice que eso es lo que valora de Freud; por eso habla de “psicología concreta”: es lo concreto de la vida. Pero dice que la metapsicología de Freud –las distinciones de Yo, Ello, Superyó– tiene que quedar a un lado porque, ¿quién vio alguna vez un Yo, un Ello, un Superyó? Esas –dice– son hipóstasis, entelequias creadas por el discurso filosófico freudiano. Estuve presente el día que, en Argentina, se presentó el texto de Politzer. Lo trajo un gran psicoanalista, un intelectual respetable, discípulo de Pichon Rivière, José Bleger. Me acuerdo de que en la presentación estaba junto a él Fernando Ulloa. Y entre el público vino a cuestionar las tesis de Politzer, como era su estilo, en un tono vehemente (aunque yo era un joven imberbe, me daba cuenta de que el que tenía razón era el que cuestionaba), Oscar Masotta. ¿Por qué? Porque Bleger se había plegado a la tesis que valoraba la dramática freudiana, pero que dejaba a un lado la metapsicología. En cambio Freud dijo: “Lo que va a hacer que mi psicoanálisis perdure es mi metapsicología”. Y Lacan prosiguió ese rumbo, lo retomó. Cuando propone sus formalizaciones –los grafos, los matemas, la topología de superficie, la escritura nodal–, esa es la metapsicología lacaniana.

Subrayamos, por un lado, esta dramática que Hofstadter

también levanta cuando dice que se trata de las cosas macroscópicas, las cosas que están a nuestro alcance, de las cuales estamos hablando todo el tiempo, que estamos sintiendo y viviendo. Por ejemplo, hoy es un día hermoso, primaveral. Ustedes miran el cielo y dicen: “¡Qué hermoso este cielo azul!”. Ahora, si nos manejamos en el nivel macroscópico de la astronomía, ese cielo que ustedes ven y yo también no es más que –por suerte y gracias a Dios– el que nos cubre de eso que Pascal no podía dejar de reconocer y que lo atormentaba: el hecho de que estamos en una pelotita minúscula en medio de espacios infinitos, de un Dios que creó el mundo y se retiró. Pascal, que era pietista, sufría por eso. Nosotros no sufrimos, porque nos conformamos: ¿para qué mirar más allá, si el cielo está azul y es tan bonito? Mi mujer me ama, mis hijos me quieren, de vez en cuando un conflicto que se resuelve; ¿para qué mirar más allá?

Entonces, voy a proponer un concepto, ya que se trata de una clínica del sujeto. Una clínica del sujeto donde el sujeto no nos viene a hablar y a contarnos: “Doctor, esta mañana tuve dificultad para levantarme; creo que algunos millones de moléculas de sodio me faltaban y otro millón de moléculas de potasio me sobraba”. No hablan así los pacientes. “Esta mañana no me quería levantar, tenía las pelotas llenas de trabajar toda la

semana”: así hablan los pacientes. Y el analista no les va a responder que mejor coman una banana, que les va a subir el potasio, observación que estaría dentro de lo macroscópico; por suerte no decimos esas pavadas. Se trata, entonces, de otro concepto. Es una carta que ofrezco, una buena carta: que el psicoanálisis funcione en un nivel, el que corresponde al “alcance del sujeto” (AS). Nos va a servir, por ejemplo, para alivianar un mandato superyoico que en el ambiente lacaniano suele convertirse en un Superyó cruel y sádico: “Tienes que llegar al fin del análisis y como lo dice Lacan, y ni se te ocurra volver a analizarte porque sería el fracaso de Lacan”. Al carajo con el mandato. Lo Real no lee la obra de Lacan y la vida tiene momentos distintos, un analista puede haber llegado efectivamente al fin de su análisis pero, enfrentado en otro tiempo de la vida con un Real con el cual no puede, no tiene por qué pedir perdón si vuelve a demandar análisis. Alcances del sujeto. Cada cual llegará en su análisis hasta donde alcance, pero es arte del analista intervenir donde al sujeto lo alcanza. Freud decía que la mejor intervención es aquella que sucede cuando la manzanita ya está madura, apenas un toque y cae. Es cuando el analizante nos dice: “Pero eso ya lo sabía”. Y sí, nosotros no hacemos más que acercarlo a ese saber que ignoraba que sabía.

Sigo con nuestra novela.

Cuando tenía 14 años me topé en una librería con un pequeño volumen titulado *La demostración de Gödel*. [Casi ofensivo, ¿no? Nos interroga: ¿qué hacíamos a esa edad? Por suerte sigue con esto que tranquiliza.] No tenía ni idea de quién era ese señor (en realidad, a esa edad tampoco sabía si Gödel era “señor” o “señora”) ni de qué era lo que había demostrado, pero el hecho de que un libro entero tratase exclusivamente de una demostración matemática –fuera del tipo que fuese– me fascinó. Debo confesar también que la palabra “God” [Dios, en inglés], incrustada de forma obvia en “Gödel”, y esos dos puntitos encima de la “o”, añadían cierto morbo (¡creía que estaba leyendo a Dios!). [...] Y entonces, para mi gran regocijo, constaté que el libro analizaba frases autorreferentes [miren el ocho interior, el bucle] y paradójicas del tipo de “estoy mintiendo” [la famosa paradoja: si lo que está diciendo es verdad, entonces está mintiendo; si está mintiendo, entonces dice la verdad] y otras similares más complicadas. Ví que lo que Gödel había demostrado no tenía nada que ver con los números en sí mismos, sino con el propio proceso de razonamiento y, más sorprendente aún, que los números eran utilizados para reflexionar acerca de la naturaleza de las matemáticas. (57)

¿Advierten que Lacan no fue a Gödel para hacerse el original? Fue porque había ahí, en la obra de Gödel, algo que podía servirle como psicoanalista.

Sigue Hofstadter:

Aunque al lector le parezca inverosímil, recuerdo que me llamó particularmente la atención una larga nota a pie de página que hablaba sobre el empleo adecuado de las comillas para distinguir entre uso y mención [es una distinción clásica de cierto tipo de lingüística, de filosofía del lenguaje]. Los autores –Ernest Nagel y James R. Newman– [de Nagel y Newman es el texto que cita Lacan en el seminario cuando habla de Gödel; son matemáticos de alto nivel que han hecho una versión relativamente aceptable para legos como nosotros] citaban las frases “Chicago es una ciudad populosa” y “Chicago es un trisílabo” y afirmaban que la primera es verdadera, mientras que la segunda es falsa, argumentando que, si uno desea hablar de las propiedades de una palabra, debe utilizar su nombre, el cual es la expresión que resulta de poner esa palabra entre comillas [en la segunda frase, para que fuera verdadera, sería preciso que hubiera comillas]. Siguiendo este criterio, la frase “‘Chicago’ es un trisílabo” no se refiere a la ciudad, sino a su nombre, y expresa una verdad. Los

autores continuaban hablando de la necesidad de ser extremadamente cuidadosos al hacer tales distinciones dentro del lenguaje formal y señalaban que los propios nombres poseen nombres (resultantes de ponerlos entre comillas), y así hasta el infinito. Así pues, era un libro que hablaba sobre cómo el lenguaje puede hablar de sí mismo al hablar de sí mismo. (58)

Ustedes se preguntarán para qué todo esto. Un texto clásico de Lacan al cual vamos a acudir, “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”, dice así:

En la batería de los significantes, siendo por lo mismo completa, este significante no puede ser más que un rasgo que se traza de su círculo sin poder contarse con él. Simbolizable por la inherencia de un (-1) al conjunto de los significantes.

Es, como tal, impronunciable, pero no su operación, pues esta es lo que se produce cada vez que un nombre propio es pronunciado. Su enunciado se iguala a su significación. (59)

No lo leí para que tengan la obligación de entenderlo, solamente para que me acompañen en lo que estoy leyendo de Hofstadter y sepan que sigo en nuestro campo.

Entonces, a ver si podemos explicitar mejor la secuencia que Lacan siguió paso a paso. Y si lo hizo así es porque se dio cuenta de que ahí había algo valioso. Nos dice que, cuando Frege establece su fundamentación lógica de la aritmética, Bertrand Russell, al comienzo del siglo XX (Frege la establece a fines del siglo XIX), no tiene mejor idea que introducir sus famosas paradojas. La vez pasada vimos la del barbero. Lacan cita también la otra, el catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos. Supongamos que yo soy el director de la Biblioteca Nacional y les digo: “Tenemos miles de libros de geografía, miles de libros de historia, miles de libros de matemática, miles de libros de literatura. Hagan un catálogo de cada uno de esos ítems. Pero, como son miles de ítems diferentes, necesitamos también un catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos, porque el catálogo de historia no se anota como libro de historia”. Viene la pregunta: ese catálogo de todos los catálogos que no se contienen a sí mismos, ¿se incluye o no se incluye como un miembro de ese conjunto? Si se incluye, no pertenece a los catálogos que no se contienen a sí mismos. Si no se incluye, tendría que incluirse. Es lo mismo que lo del barbero. Lleva a la conclusión de que, cuando se trata de una fórmula recursiva, autorreferente, se produce un efecto paradójico.

¿Qué hizo Bertrand Russell, según nos cuenta Hofstadter? A partir de ese momento, porque no podía soportar que se vinieran abajo las matemáticas y su fundamentación lógica, con su maestro y amigo, Whitehead, escribió los *Principia Mathematica*. Y dice que desde entonces le tuvo fobia a toda fórmula autorreferente. Así inventó una teoría, la *teoría de los tipos*. “Los tipos” quiere decir que si un elemento no puede formar parte del conjunto al que nombra, forma parte de un conjunto superior, es un tipo superior. De ese modo pensó que salvaba la fundamentación lógica de las matemáticas.

Lacan siguió los pasos. Habló de Frege, de la fundamentación lógica que hace Frege; por ahí haremos algún pequeño recorrido. Siguió las paradojas de Russell; las menciona en varios seminarios. Conoce esta polémica y esta resolución que intentó hacer Bertrand

Russell con Whitehead. El problema es que apareció un nuevo cuestionamiento en la lógica matemática, con este joven llamado Kurt Gödel. Gödel vino a demostrar (lo vimos la vez pasada) que no hay sistema axiomático que pueda dar cuenta de todos sus teoremas. Si quiere dar cuenta de todos sus teoremas con valor de verdad, se va a encontrar con que habrá afirmaciones y negaciones de lo mismo: será indecidible. Contradictorio si lo quiere mantener. Si quiere ser completo, será inconsistente, en el sentido de que no nos sirve. Si se puede decir que  $2 + 2$  es 4 y que  $2 + 2$  no es 4, la matemática se derrumba. Para ser consistente tiene que aceptar su incompletud: habrá teoremas cuyo valor de verdad se pueda demostrar desde otro sistema axiomático, pero no desde ese. En ese sistema serán indecidibles. “La fórmula G de Gödel no es demostrable” se puede demostrar si al mismo tiempo se demuestra su negación. Es indecidible. Eso es lo que demostró Gödel.

Entonces, ¿qué se le ocurre a Hofstadter? Porque el tema ahora es pasar de la significación del falo en el sentido de una operatoria que muestra la falta de cualquier conjunto a su relación con “significado al sujeto”. ¿Cuál es la relación entre una cosa y la otra?

Hofstadter nos cuenta que se le ocurrió una experiencia. Se le ocurrió (y le dieron un lugar en la Universidad de Stanford para llevarlo a cabo) enfrentar una videocámara a una pantalla de televisión, conectadas; la videocámara filma la pantalla, y la pantalla filma la videocámara. Es como cuando ustedes suben en un ascensor que tiene espejos enfrentados y la imagen se multiplica, según como se ubiquen, al infinito. Se encuentra con ese efecto. Se dan cuenta de que es, a nivel de lo visual, un ejercicio de recursividad. En cierto momento, pasa la mano por delante de la videocámara y se sorprende porque empieza a aparecer en la pantalla de la televisión una pulsación, como un corazón que late. Mira para todos lados en la habitación, pero nada se mueve. Hasta que se da cuenta de que nada se mueve, pero que se había movido su mano antes. Y, como hay un cierto retardo de segundos entre uno y lo otro, esa diferencia de tiempo persiste como huella infinita. Y, desde el momento en que persiste, crea la idea de que hay alguien que lo produce, que hay alguien que causa ese movimiento; podemos imaginar –dice– que hay un Yo.

Da otro ejemplo: un día abre una caja donde tenía un montón de sobres para cartas. Los pone en pila y de pronto siente en el centro: “Hay una bolita”. Separa los sobres, pero no hay ninguna bolita. Vuelve a tocar y tiene la sensación de que hay una bolita. ¿Qué pasaba? Que en esa parte central el sobre era un poquito más grueso, tenía un poquito más de pegamento, y eso producía en el conjunto de los más de cien sobres un efecto de que había algo, una bolita. Otro ejemplo que produce, como analogía, la ilusión del Yo.

En lo que este hombre nos relata, nos está diciendo que ese ego (vuelvo a repetir: podemos leerlo como el Yo de las instancias psíquicas y, por momentos, como el sujeto tal como nosotros lo planteamos) se caracteriza por una ausencia, lo contrario a un ente. Es –dice– efecto de fórmulas autorreferentes.

Recuerda un dibujo de Escher (probablemente muchos de ustedes lo conozcan) de

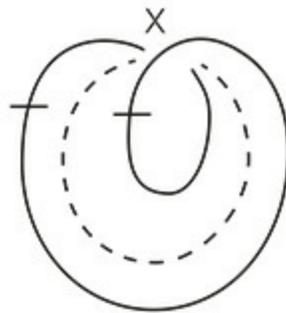
una mano dibujando otra mano. Habitualmente el pintor se borra en función del cuadro que dibuja. En este cuadro la mano que dibuja encuentra otra mano que la dibuja. Se hace presente, por su ausencia, esa distancia entre quien pinta –lugar del sujeto– y su producto: otra fórmula autorreferente. Nosotros decimos que se borra la distancia entre enunciación y enunciado: la enunciación aparece enunciada.

Nos dice la tesis de *Yo soy un extraño bucle*:

Afortunadamente [porque en el caso de los sobres esa bolita era una ilusión], existen bucles extraños que no son ilusiones. Digo “afortunadamente” porque la tesis de este libro es que nosotros mismos –no nuestros cuerpos, sino nuestros “yos”– somos bucles extraños y, si todos los bucles extraños fuesen ilusiones, nosotros también seríamos una ilusión, lo cual sería una pena. (60)

Es la manera que tiene Hofstadter –que yo le agradezco– de decirnos de otro modo (y así despertarnos) el valor de esta frase de Lacan que conocemos y repetimos casi como un rezo: un sujeto es lo que un significante representa para otro significante.

Dibujé antes una banda de Moebius. Si le abstraigo la superficie, solo dejo el borde, es lo que Lacan llama “el ocho interior”, es un ocho que volqué.



Cuando pego la vuelta y paso por el mismo lugar, dijimos que era una demostración del concepto freudiano de repetición. Pues bien, esta banda de Moebius tiene una línea media. Yo puedo con la tijera recorrer esa línea media, homóloga a la banda de Moebius. Lacan dirá: el sujeto es el corte en acto. Si este es el lugar del sujeto como efecto, es lo que un significante representa para otro significante.

Entonces tenemos la frase de Lacan que nos cuesta entender en su magnitud. No es una ilusión que entre este significante y este significante se produce un efecto. Sin embargo, ese efecto se caracteriza –y vamos a escribirlo como lo pone Lacan– por un *manque-à-être*, una “falta-en-ser”. Y, sin embargo, no es una ilusión.

Hay quienes creen que, cuando Lacan dice que no hay más sujeto que sujeto supuesto, es que está hablando de algo inexistente. Error: es supuesto porque lo suponemos a partir de que un significante se relaciona con otro significante. Cuando “Signorelli” se relaciona con “Botticelli”, “Botticelli” con “Boltraffio”, “Boltraffio” con “Trafoi”, “Trafoi” con “Herzegovina”, el “Sig” de “Signorelli” remite al “Sig” de

“Sigmund Freud”, lo hace existir como sujeto. Es un efecto de un significante con otro, pero que tiene valor de existencia real.

Sigue Hofstadter:

Lo que en el fondo me impulsaba –mi verdadera pasión– era el ferviente deseo de desvelar los secretos del pensamiento humano, de llegar a comprender cómo era posible que billones de mudos y sincronizados destellos que tenían lugar cada segundo en el interior de un cráneo humano permitieran a una persona pensar, percibir, recordar, crear, imaginar y sentir. Así que, en la misma época, más o menos, me dediqué a leer libros sobre el cerebro, a estudiar varios idiomas extranjeros, a explorar los exóticos sistemas de escritura de varios países y a idear maneras de conseguir que un ordenador generase frases coherentes y gramaticalmente complejas en inglés y en otros idiomas, a la vez que asistía a un maravilloso y estimulante curso de psicología. Todos esos caminos confluían hacia la densa nebulosa de cuestiones sobre la relación entre mente y mecanismo, entre mentalidad y mecanicidad. (61)

Podemos rescatar de este autor que no reduce esta dimensión que para nosotros concierne al sujeto a lo que hoy la biología nos propone en su uso ideológico de las neurociencias. Porque las investigaciones de Kandel son muy buenas en cuanto a las sinapsis, pero, como decimos muchas veces, estudiar la sinapsis del molusco no lo autoriza a decirnos en qué consiste el amor; sería un amor de moluscos.

Entonces dice: “El cerebro adquiere un aspecto radicalmente distinto si, en lugar de concentrarnos en la química, ascendemos de nivel y dejamos muy atrás el de las moléculas”. Él propone un modelo, para entender un poquito todo esto. Dice: supongamos que tengo una caja donde hay un montón de bolitas que se mueven constantemente y que tienen una superficie magnética. Propone llamarlas *simms*, van a ver por qué. Esas bolitas, si bien se mueven estadísticamente para todos lados –como los movimientos brownianos–, como tienen una superficie magnética, de vez en cuando forman conjuntos que persisten, patrones. A estos los llama *simmbolas*. Alude a lo Simbólico.

La alegoría del simmbot [“simmbot” llamaba a todo el juego] tenía por objeto facilitar el análisis de esos saltos ascendentes, así que vamos a recordar sus principales imágenes. Al alejarnos del nivel de las frenéticas *simms* [las bolitas que se mueven para todos lados; una analogía de los átomos que se mueven para todos lados] y contemplar el sistema a una escala temporal acelerada en la que su caótica agitación se convierte en una simple neblina, comenzamos a ver cómo otras entidades adquieren protagonismo, unas entidades que al principio eran totalmente invisibles. Y he aquí que, milagrosamente, a ese nivel emerge el significado. (62)

Cuando hablamos de un conjunto de elementos discretos y decimos que así está constituido el Inconsciente, puede haber un momento en que emerge como un nivel (él lo llamará *epifenómeno*) el significado. Y ahí tienen anotado “significado al sujeto”. Si en el mismo lugar de lo que se produce Lacan pone “falo” y pone “significado al sujeto”, quiere decir que hay una relación de uno con otro. Y si el falo simbólico es el significante de la falta en el Otro, el significado al sujeto quiere decir que el sujeto solo emerge cuando puede descontarse del campo del Otro.

Juancito, hasta los 2 años, cuando se le pregunta cuántos hermanos tiene, dice: “Tres:

Ricardito, Dieguito y yo”. Es como lo cuenta el Otro, su mamá. Cuando avanza y consigue constituir el *shifter* que lo represente, dice: “Yo tengo dos hermanitos: Ricardito y Dieguito”. Se descontó de la cuenta del Otro. Función fálica; es condición de la emergencia del sujeto.

Por supuesto que aquí tendremos diferencias con nuestro autor. Él va a plantear todo eso que sucede en la psiquis como un epifenómeno del fenómeno molecular. Nosotros pensamos que se trata de una eficacia propia de la intersección del cuerpo de un viviente con el lenguaje.

Para terminar las referencias al texto de Hofstadter les cuento –es conmovedor– por qué este hombre escribió este libro. Ese maravilloso texto de Roland Barthes que se llama *La chambre claire* –donde habla de las fotos y trabaja con su estilo agudo y depurado de la lengua francesa, el punto de anclaje donde la mirada se detiene–, si lo leemos desde otra perspectiva, es el libro con el que elaboró el duelo de la pérdida de su madre.

Pues bien, este hombre, Hofstadter, estaba muy enamorado de su mujer, llamada Carol, que murió de un cáncer. La pregunta que se hacía era: si él hubiera podido tener todos los mensajes, los recuerdos que a Carol la habitaban; si él hubiera podido ser Carol, ¿entonces no la habría perdido? Conmovedor. Pero reconoce que hay un problema:

Alguien tan cercano a Carol como estaba yo puede asimilar muchas de las capas externas, algunas de las intermedias y pequeños fragmentos del núcleo, pero ¿podría alguien interiorizar lo suficiente de ese núcleo como para poder decir, aunque fuera en un sentido muy débil, que “ella aún se encuentra entre nosotros”? [\(63\)](#)

Advierte que él también, como Gödel, tendrá que aceptar que no existe conjunto universal, que algo se pierde.

Recuerdo el final de una novela de otro gran escritor americano; fue traducida por Borges: *Palmeras salvajes*, de William Faulkner. En la escena final el marido le dice al amante de su mujer, que había muerto: “Si usted se suicida, ¿quién guardará vivo el recuerdo de ella?”. Pero sabemos que el recuerdo de ella no es ella, hay una pérdida inexorable.

No sé si con todo esto he logrado despertar en ustedes, hasta aquí, otra perspectiva, no la que tenemos habitualmente, de la cuestión que está en juego. Se trata de una clínica que implica el sujeto. Y de un sujeto que no es el Yo (ahí ya nos apartamos totalmente de Hofstadter), que es el efecto de múltiples causalidades, de un significante que lo representa para otro significante, que son redes significantes, y además articuladas con el cuerpo, que conciernen al goce.

Como anticipo de lo que veremos la vez que viene, les voy a recomendar que lean el texto de Lacan “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. Vamos a recorrer ese texto, el cual, casi en el final, nos dice así, respondiendo a la pregunta: “*Que suis-Je?*” [“¿Qué soy Yo?”]. Dice: “Yo estoy en el

lugar desde donde se vocifera que ‘el universo es una falta en la pureza del No-Ser’”. Es una frase que Lacan no dice de quién es, pero es de Paul Valéry. Lacan le responde: “Y eso no sin razón pues, de conservarse, este lugar hace languidecer al ser mismo. Se llama ‘goce’, y es aquello cuya falta haría vano el universo”. La frase de Valéry dice que el ser es una impureza en la pureza del no ser. Si nos quedamos con eso, es la pulsión de muerte llevada al extremo: ¿para qué existir? Lacan dice: sería así si no hubiera el goce. Y aclara que para este *Je*, para este sujeto, el goce viene anudado al deseo y a la ley.

Vamos a intentar la vez que viene desplegar la trascendencia de este texto, uno de los pilares de la obra de Lacan. Empieza con esta frase: “Una estructura es constituyente de la praxis”.

No podemos pretender una praxis consistente, eficaz, si no tenemos alguna relación con la estructura a la cual nos consagramos. Y el concepto de “sujeto” es un concepto esencial de la estructura.

*Participante 1:* En algún momento hablaste del valor de la existencia real y me hiciste pensar en el seminario “Les non-dupes errent”, donde Lacan habla del concepto de “ficción”, que no es el concepto de “irrealidad”.

*Isidoro Vegh:* El concepto de “ficción” de Lacan sin duda tiene que ver con el concepto de “sujeto”. Retoma lo que Freud había vivido conmovido cuando, en 1897, descubrió que lo que le habían presentado sus pacientes histéricas como ejercicios sexuales improcedentes de su abuelito o de algún amigo cercano de la familia, en realidad, no había sucedido. En ese momento él le escribe a Fliess: “Se me viene abajo toda mi psicología”. Hasta que de pronto se le prende la lamparita y dice: “No, no es que esto no sea verdad, es la verdad de este paciente”. Creo que eso es lo que está en juego cuando Lacan dice que la verdad tiene estructura de ficción. Por eso, hace algunos años, en este mismo espacio, en uno de los seminarios que di, dije estos tres aforismos: la verdad no dice lo Real; la verdad apunta a lo Real, pero dice al sujeto. Nosotros, cuando alguien nos deriva un paciente, por buena educación podemos escuchar al colega que nos lo envía que nos cuenta algunos datos, pero también, con amabilidad, tratamos de que no se extienda demasiado. ¿Por qué? A diferencia del psiquiatra, no nos manejamos con la objetividad. Lo que nos interesa es la verdad del sujeto, cómo el sujeto dice sus desencuentros con lo Real.

*Participante 2:* Respecto de la fórmula de la metáfora paterna, yo la tenía pensada con relación al resultado de la metáfora, el gran Otro, y debajo de la barra el  $\Phi$ , el falo imaginario, no el falo simbólico. Ubicaba el falo simbólico como homólogo al Nombre del Padre. Lo pensaba en términos del Edipo freudiano. Qué desea la madre es una incógnita. Si en los avatares de su sexualidad está inscripto el Nombre del Padre y el falo simbólico, podrá hacer la ecuación en el niño, la ecuación simbólica. Entonces pensaba el lugar del hijo por venir como el falo imaginario de la madre. Lo que quería preguntarte es

por qué ubicás el *phallus* simbólico debajo del Otro, debajo de la barra.

*Isidoro Vegh*: Te agradezco. Lacan dijo: “Yo soy freudiano; ustedes, si quieren, sean lacanianos”. Así lo entiendo: “Aprendan de mí cómo relacionarse con la enseñanza del maestro, tomen mis escrituras y háganlas trabajar”. Entonces el hecho de poner acá una “x” como variable quiere decir que en un primer tiempo el hijo es para una madre – madre de un futuro neurótico– el falo imaginario que viene a ocupar el lugar del pene o del hijo que el padre no le dio. Pero, si esto pasa bajo la barra, esta “x” cambia de valor, y esto es el resultado de la metáfora paterna. Eso me decide a poner el falo simbólico como el lugar de la falta. Ya no se trata del Otro con el falo imaginario, sino de la eficacia de la función fálica.

Ahora, tomando lo que decís, puedo escribir esta misma fórmula de otra manera; a ver si están de acuerdo.

$$\frac{\Phi}{\mathbb{A}} \quad \frac{\mathbb{A}}{x}$$

En el lugar de “deseo de la madre”, ¿estaría mal poner “Otro”? Me estoy refiriendo al Otro no en cuanto cuerpo ginecológico, sino como el lugar de su deseo. Pongo acá esta misma “x”. Si este Otro pasa bajo la barra, es, como Lacan escribe en *L’angoisse*, el Inconsciente ( $\mathbb{A}$ ). Y, si está descompletado, ¿por qué no poner en lugar del Nombre del Padre el falo simbólico ( $\Phi$ ), que es el significante de la falta en el Otro? Entonces, más: digo que el falo simbólico es uno de los Nombres del Padre.

Jugamos, ¿se dan cuenta? No estamos atados. Podemos jugar dando razones de lo que estamos haciendo.

*Participante 3*: En principio, te agradezco que tu entusiasmo pase por haberte leído las quinientas páginas. No sé cuántos de nosotros tendremos esa vía de hacer con nuestra depresión; hay otros caminos: yo por ejemplo cocino. Entonces se me ocurría, escuchándote, pensar en el enorme esfuerzo que hizo Lacan por apelar a la matemática para, tal vez, hacer que el psicoanálisis se encuentre en el terreno de la científicidad y el enorme esfuerzo que estamos haciendo hoy para lograr que el debate de nuestro tiempo tenga un estatuto dentro de ese mismo terreno.

Entonces, escuchándote apelar a Hofstadter y recuperar el teorema de Gödel y la lógica de la incompletud, los primeros textos de Lacan, lo que él plantea en sus escritos, hoy que nos encontramos en pleno debate del poslacanismo, te quería preguntar si estabas apuntando a recuperar el valor de la temporalidad en la clínica del psicoanálisis, porque, poniendo en contrapunto la falta en el momento en que hay significado al sujeto, no pude sino recordar un comentario que oí el fin de semana en una jornada en Rosario,

donde un analista contó el caso de un paciente que llegó al consultorio y le dijo a su analista que había tenido un sueño y el analista cortó la sesión. Digo: ¿la lógica de incompletud (el valor del significante, lo que un significante representa para otro significante y esa necesidad –necesidad en términos matemáticos– para que haya posibilidad de falta) puede ser anticipada en un análisis sin el despliegue de la palabra?

*Isidoro Vegh:* Si recordamos lo que recién escribíamos del ocho interior, creo que tu pregunta es muy pertinente: nos está diciendo que hay que darle la posibilidad al sujeto de que recorra el bucle; si no, de lo contrario, no hay emergencia del sujeto. Por eso es una clínica del sujeto. Y eso vale también no solo para cada sesión, sino para el transcurso de una sesión. ¿Quién de nosotros estaría en contra de que los análisis duraran, como alguna vez prometieron los sistémicos, tres o cuatro entrevistas? Si se lograra, sería extraordinario, pero sabemos que no es así. El ser humano no está preparado para resolver el duelo de alguien muy cercano en tres o cuatro entrevistas; necesita su tiempo. Recuerdo una frase de Lacan, de esas que él dice a veces como si dijera “llueve”, pero que es importante escuchar con atención (era un psicoanalista con muchos años de experiencia y de buena experiencia); él decía: una de las virtudes principales que sería bueno que tuviera un analista es la paciencia. Podríamos agregar: paciencia para que se pueda recorrer el bucle; si no, ¿cómo va a emerger el sujeto? Si no, hacemos terapia de apoyo o intervenciones conductistas o intervenciones culpabilizantes. En una época teníamos la culpa kleiniana, ahora tenemos la culpa lacaniana: “Usted goza con eso”. Claro que goza con eso. ¿Y con eso qué?, ¿de qué le sirve al paciente esa afirmación, dicha con un tono de inculpación? Entonces, además de que goza con eso y sufre por ese goce parasitario, tiene un plus ahora: la acusación del analista, que lo goza.

[51.](#) Hofstadter, Douglas: *Yo soy un extraño bucle*, Buenos Aires, Tusquets, 2014, p. 14.

[52.](#) *Ibíd.*, p. 15

[53.](#) *Ibíd.*, p. 54.

[54.](#) *Íd.*

[55.](#) *Ibíd.*, p. 56.

[56.](#) *Ibíd.*, p. 58.

[57.](#) *Ibíd.*, p. 84.

[58.](#) *Íd.*

[59.](#) Lacan, Jacques: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, en *Écrits*, ob. cit., p. 819.

[60.](#) Hofstadter, Douglas, ob. cit., p. 138.

[61.](#) *Ibíd.*, p. 146.

[62.](#) *Ibíd.*, p. 243.

[63.](#) *Ibíd.*, pp. 289-290.



## Capítulo 4

### ¿Por qué subversión del sujeto?

Al finalizar la charla pasada, uno de ustedes tuvo la amabilidad de acercarse y, con sinceridad, me dijo que seguía el seminario, que lo entusiasmaba, que había cuestiones que le resultaban estimulantes, pero que no entendía adónde me estaba dirigiendo este año. Le agradecí; aprecié que me estaba brindando una ayuda, que me invitaba a hacerme cargo. El título que propuse, “Retorno a Lacan”, tiene un subtítulo: “Una clínica del sujeto”. Tal vez algunos de ustedes recuerden un libro que publicó Paidós que se agotó hace tiempo, un libro de mi autoría que se llamó *Hacia una clínica de lo real*. ¿Por qué digo ahora “una clínica del sujeto”?

Una cuestión anticipatoria: en los últimos seminarios, Lacan dice que el nudo es la estructura. También dice que el nudo es real. Y también dice: “Mi Real no existe sino anudado”. Vamos a ver (esto lo dejo en suspenso) que a la palabra “sujeto”, en primera instancia, tenemos que interrogarla. Fue lo que intenté la vez pasada apelando al texto de Douglas Hofstadter, *Yo soy un extraño bucle*, para aproximarnos al concepto de “sujeto” por algún lado que nos hiciera reencontrarnos con el asombro, porque no es un concepto freudiano. El sujeto, como concepto del psicoanálisis, lo introdujo Lacan.

En las clases anteriores, una de las cuestiones que intenté acercarles es el valor de lo que llamamos “función fálica”. Cuando escribimos la metáfora paterna –recordando un texto clave de Lacan, “Acerca de una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis”–, subrayé que en el mismo lugar, el de lo que esa metáfora produce, en un lado Lacan pone “*signifié au sujet*”, “significado al sujeto”, y luego, cuando reduce la fórmula a su estructura mínima, pone en ese mismo lugar “falo”. Dije que a mi entender se trataba del falo simbólico, como el producto de la operación. Planteé la cuestión de qué relación hay entre ese falo que implica una función, la función fálica, y ese significado al sujeto. Por lo menos podemos decir que la función fálica, lo mismo que el concepto de “sujeto”, concierne al ser. Este retorno a Lacan es mucho más que una discusión sobre cuestiones colaterales. Hace a la esencia del análisis.

Hoy vamos a trabajar (les había sugerido que lo leyeran) “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. Es un texto que merecería que lo glosáramos renglón por renglón. No disponemos de las condiciones para semejante recorrido, pero sí voy a subrayar puntos nodales que nos pueden servir para entender por qué Lacan introduce el concepto de “sujeto” y por qué (los que siguen mi seminario saben que insisto en eso) repito una y otra vez: “el objeto del psicoanálisis no es el objeto *a*”. El objeto *a* es un elemento muy importante de la estructura del sujeto. El objeto del

psicoanálisis es el sujeto.

Por supuesto que vamos a ver que con la palabra “sujeto” hoy hay que considerar una serie de distinciones, pero las iremos haciendo despacio.

Este texto, del año 1960, Lacan lo presentó en un Congreso reunido en Royaumont, en los coloquios filosóficos internacionales, invitado por Jean Wahl. Sucedió del 19 al 23 de septiembre de 1960. Tiene sus años. Empieza diciendo: “Una estructura es constituyente de la praxis”. (64) Lacan retoma la palabra “estructura” cuando habla del nudo, no renuncia a ella en ningún momento. Digo, porque en estos tiempos de la *omelette* poslacaniana, hay quienes, entusiasmados por la moda, que tiene sus años, de la teoría del caos, de la lógica del continuo mal leída, plantean que la palabra “estructura” tendría que ser dejada a un lado. Lacan no la deja a un lado y parece muy atinado que no lo haga. No es la estructura del estructuralismo, no es la estructura de Althusser; es una estructura que implica esto que llamamos “sujeto”. Es una distinción que ha tenido consecuencias trágicas.

En un texto de un colega y amigo, Gérard Pommier, (65) se trabaja la triste historia de Althusser y su final. Althusser fue el que propuso una relectura de *El capital*, de Marx, junto con algunos discípulos; el texto clásico es *Pour lire “Le capital”, Para leer “El capital”,* (66) donde, levantándose contra la dialéctica hegeliana (Lacan tampoco concuerda con Hegel en que al final del camino se encuentre el saber absoluto), planteaba la vigencia de una estructura donde las eficacias surgen por la articulación de los elementos que la componen. El problema de Althusser es que ese determinismo extremo de la estructura deja fuera de juego al sujeto. Pommier, con gran lucidez, en su libro sobre Althusser, dice que se podría hacer la hipótesis de que eso fue también lo que determinó su fin trágico. Althusser sufría episodios graves de depresión; lo habitaba una estructura melancólica, que culminó cuando, en un estado inconsciente y dominado por su estructura, terminó estrangulando a su mujer. Fue preso, los jueces dictaminaron que no era responsable de su acto y cuando quedó libre se suicidó. Grave error suponer que es un gesto de bondad eximir al sujeto de la responsabilidad de su acto.

Es cuestión, entonces, dice Lacan, de una estructura (y yo añado: que no excluye la implicación del sujeto, todo lo contrario) que es constituyente de la praxis. Suelo decirles a mis alumnos que, cuanto uno más avanza en la lógica de la estructura, más libre es en su práctica y entonces puede, como Freud, atender a Catalina en las escalinatas de la montaña, acompañarlo a Mahler por los bosques de Viena o tener ese “juego desafiante” con el joven con el que comparte un viaje en tren y del cual él hace el relato en el segundo ejemplo de *Psicopatología de la vida cotidiana*, el que conocemos como “Aliquis”. Freud sabía qué era el psicoanálisis porque trabajaba la estructura a la cual el psicoanálisis se consagra; no necesitaba sostener un encuadre rígido para que el psicoanálisis no se perdiera.

Lacan nos dice también, en este mismo texto (voy a hacerles una traducción del texto en francés, de los *Écrits*):

Nos hace falta entonces llevar mucho más lejos delante de ustedes la topología que hemos elaborado para

nuestra enseñanza en el último lustro, o sea introducir un cierto grafo del cual prevenimos que no asegura más que entre otros el empleo que nosotros vamos a hacer, habiendo sido construido y puesto a punto a cielo abierto para reparar en su escalonamiento la *estructura* más ampliamente práctica de los datos de nuestra experiencia. (67)

Lacan se propone escribir los grafos, a los que ubica como un capítulo de una topología (luego hará, sabemos, un paso a la topología de superficie), y va a escribirlos como producto de una praxis, de una experiencia. Está haciendo lo que años después recomendó a sus discípulos: es preciso que el analista sea al menos dos, el que sostiene su experiencia y el que de esa experiencia hace su teoría.

Vamos a recorrer, aunque sea brevemente, esos grafos. Pero antes retomo lo que está desde el comienzo. ¿Por qué Lacan introduce el concepto de “sujeto”? ¿Cuál es la razón? ¿Le creemos cuando dice que nunca quiso ser original, que quiso producir una lógica de los grandes relatos freudianos?

Les leo otra cita de este escrito. Dice así:

No es por la amplitud de una puesta en cuestión social por lo que nosotros nos presentamos aquí: especialmente en el conjunto de las conclusiones que nosotros hemos debido adoptar contra las desviaciones notorias en Inglaterra y América de la praxis que se autoriza del nombre de psicoanálisis. Es propiamente la subversión lo que nosotros vamos a intentar definir. (68)

Lacan va a proponer el concepto subversivo de “sujeto” (el título es “Subversión del sujeto...”) en respuesta a las desviaciones de Inglaterra –kleinismo– y de América –Ego Psychology–. ¿Qué quiere decir que Lacan introduzca el concepto de “sujeto” ante esas dos desviaciones?

La Ego Psychology, brevemente, tiene su fundamento en el texto de Heinz Hartmann (ya lo hemos mencionado varias veces), que habla de la psicología del Yo y el proceso de adaptación. La tesis central de la Ego Psychology es que hay un Yo libre de conflicto, un Yo autónomo. “Autónomo” se opone a “heterónimo”. Que el Yo sea heterónimo quiere decir que lo que yo creo que hago dirigido desde mi yo está dirigido desde otro lugar, *eine andere Schauplatz*, “otra escena”. Lacan no acuerda con este retorno a una psicología del Yo, una expresión en el campo del psicoanálisis del “yo pienso” cartesiano.

Del lado kleiniano, pese a todo lo que Lacan le reconoce de meritorio a Melanie Klein, no avala lo que se ve muy bien en la elección que un gran psicoanalista –el traductor de la obra de Freud al inglés, conocedor extremo de la obra de Freud, James Strachey– hace cuando traduce “*Trieb*” por “*instinct*”. En la lengua inglesa, dice Lacan, podría haber elegido “*drive*”. Si Freud utiliza “*Trieb*” en lugar de “*Instinkt*”, es porque quiere marcar que la pulsión, el *Trieb*, no es una fuerza natural que, como en la hormiguita, sabe el objeto que le conviene. El *Trieb*, la pulsión, está enganchado –dice Freud– al representante pulsional y allí pierde el rumbo. El llamado “ser humano” es un desorientado crónico. Para levantarles el ánimo, les diré que eso garantiza que ustedes tendrán trabajo siempre. No sé si una buena retribución, porque eso depende de los vaivenes de la economía, pero síntoma no va a faltar. Entonces, Lacan dice: “Tampoco

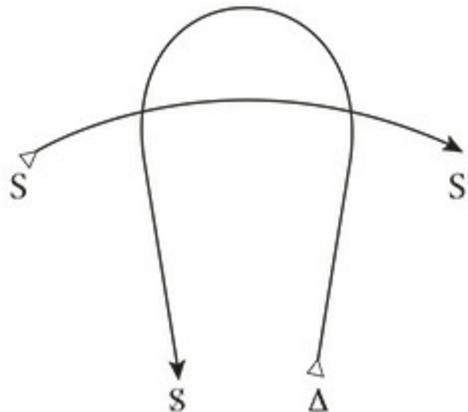
me voy a quedar con ese Ello instintual”. No podemos plantear que la opción sea o bien reforzar el Yo –como propone la Ego Psychology–, o bien trabajar en la transferencia hasta el extremo posible, porque en última instancia la envidia (y no es casual que el último libro de Melanie Klein sea *Envidia y gratitud*) dependerá del instinto de muerte con el que nacemos. Es verdad, para no desconocer los méritos de Melanie Klein, que introduce la dimensión del Otro, especialmente en Bion, con la función del *reverie*: según cómo sea la madre que te toque, ella te ayudará más o menos a amortiguar los efectos de ese instinto de muerte.

Para Lacan, elegir entre el Yo y el Ello (voy a decir una grosería) es como elegir entre caca y mierda: no acepta elegir entre un reforzamiento del Yo o un trabajo extremo del instinto que estaría operando en la fantasía inconsciente. Va a proponer un nuevo concepto: se llamará “sujeto” y su característica es su *Spaltung*, su escisión. Es un sujeto dividido, es un sujeto (y acá viene lo que es difícil para nosotros y que fue lo que traté de exponer la vez pasada con el texto de Hofstadter) supuesto pero real. No es supuesto y es una fantasía; es un efecto, pero no es un efecto ilusorio. Es el sujeto del Inconsciente, es el sujeto del deseo. No es casual el título: “Subversión del sujeto...”.

Vamos a recorrer los grafos. “¡Uh!, ¡otra vez los grafos!” Sí, otra vez los grafos. Y vamos a ver si conseguimos advertir qué es lo que estos grafos nos aportan.

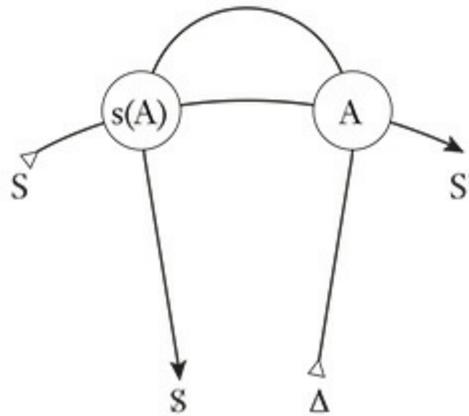
¿Cómo acostumbra llamarnos Lacan? “Parletres”. Voy a hacer un poco de petardismo lacaniano. Digo que el parletre es igual a este grafo.

Grafo I:



¿Qué quiere decir “parletre”? Lacan nos aclara que estos grafos no tienen ninguna pretensión de hacer una cronología genética, son simplemente una generosidad que tuvo con fines didácticos, porque a lo que vamos a ir es a cómo funciona la estructura cuando está constituida. Las distintas etapas que voy a presentar, si bien aluden a algunas cuestiones temporales, no implican una genética. Este primer grafo nos dice que si hay algo que caracteriza al viviente humano es que, por un lado, es un cuerpo; a esta curva la llama “intencional” y le pone la letra  $\Delta$ , indefinida, y dice que culmina en este sujeto

dividido,  $S$ . ¿Por qué culmina en el sujeto dividido? Porque está atravesado por esta otra línea que viene en sentido contrario,  $S$  y  $S'$ , mayúsculas, que son significantes. Es un viviente humano atravesado por el lenguaje. Entonces yo dije “parletre”. *Parle*, el lenguaje, y su ser, *être*, con las características siguientes: que se cruzan en dos lugares, que Lacan nombra “*points de capiton*”, “puntos de capitón”, “lugares de puntuación”. Muchas veces se habla de puntuación en la jerga lacaniana; ¿qué es? Los puntos de capitón son lugares donde la barra, por efectos que hay que determinar, se hace porosa, se atraviesa. ¿Qué barra? La que separa significante de significado. Dos puntos que Lacan no escribe, pero describe en el texto:



Un lugar donde el viviente encuentra de entrada el “disquete” del Otro, porque nacemos con la disposición neurológica para recibir el lenguaje, pero el lenguaje llega desde el Otro. Hay un relato de Lugones, “Yzur”, donde el narrador cuenta que tiene la teoría de que los grandes gorilas, los chimpancés, pertenecían a una raza anterior a la humana que hablaba y que, dominados por los humanos, decidieron callar para sobrevivir. Se empeña, con un gorila que tiene en su casa, en hacerlo hablar; lo tortura hasta el extremo y en el momento final del cuento, cuando está agonizando, cree oír que el gorila dice alguna palabra, pero no lo puede verificar porque el animal muere. El viviente humano es el único que está habitado por un lenguaje. Ustedes me preguntarán por los delfines; sí, usamos la misma palabra, “lenguaje”, pero no es lo mismo. Si un delfín viene al seminario no le puede contar a otro que no vino qué es lo que hicimos. Un delfín, a lo sumo, puede zambullirse para un lado y para el otro, porque funciona con el signo; nosotros funcionamos con el significante. Una palabra puede ser contada por otra palabra. Podemos nombrar la ausencia de la palabra y la ausencia de la cosa. Tenemos que este lugar es el del Otro, de la batería significante. Y nos da la razón de por qué los seres humanos tienen Inconsciente y las vacas no. Para que yo pueda hablar y dirigirme a ustedes con mi palabra, tengo que tener incorporado un conjunto lexical, reglas gramaticales, fórmulas sintácticas, sin las cuales no podría hacer el ejercicio de la palabra. Eso tiene que estar previamente incorporado. ¿Cómo se incorpora? Igual que en la PC,

hay que introducir el *software*. El problema es que ese *software* que nos habita no lo elegimos. En principio es el que el Otro que nos tocó nos propone. Y, ahí, ustedes saben que el abanico es muy grande: uno puede, como en el chiste, mirar la media copa vacía o la media copa llena. En fin, no lo hagamos trágico.

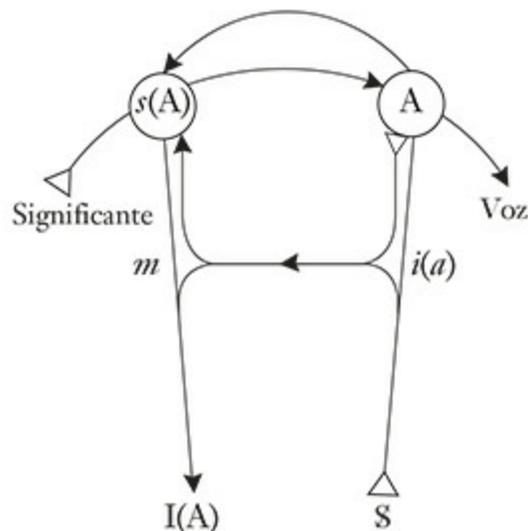
Este  $s(A)$  será el lugar del mensaje, donde el sujeto enhebra su palabra. Pero con esta característica: que en esos dos lugares donde se corta la línea intencional –la que tiene que ver con nuestro cuerpo– con la línea del lenguaje, se producen efectos. Si yo corto la palabra “parletre”, que es un neologismo y es una condensación, en este lugar, “parle/tre”, la palabra recorta al ser, algo del ser se pierde. Por lo menos, por lo que ya dijimos, se pierde la orientación que el instinto podría ofrecernos. Ya no sabemos qué comer, cuándo dormir, adónde apuntar nuestros pasos. La hormiguita sabe lo que tiene que hacer. Ahora viene el fin de semana. Todos, en cuanto neuróticos, decimos: “¡Qué bueno el fin de semana! ¡Bárbaro el fin de semana! ¿Qué hago el fin de semana? ¿Dónde me pongo el fin de semana?” (no hace falta que me digan que esto les pasa).

Pero también puedo cortar de otro modo: parl/etre, y entonces resulta que el ser muestra que la palabra es insuficiente para cubrirlo.

También estas curvas que van en sentido contrario nos hacen presente que el tiempo para el sujeto del lenguaje y la palabra no es un tiempo lineal. Podemos hablar de lo que pasó la clase pasada, podemos anticipar adónde nos dirigiremos la clase siguiente. Es un tiempo de retroacciones y anticipaciones. ¿Se advierte cuántas cosas hay en estas dos curvas tan sencillas en su presentación?

Pasemos al grafo siguiente como Lacan lo plantea en este seminario.

Gafo II:



Vemos que avanza en complejidad. Acá ya está escrito ese Otro que yo agregué y que en el primer grafo él no pone. Está también el lugar del mensaje: lo pone con la “s”

minúscula, que quiere decir “significado”, un significado que surge de esa batería que llega desde el Otro. Y pone “significado” porque, cuando el sujeto habla, no habla haciendo jueguitos de palabras, dice cosas, dice frases que abrochan un significado. Y pone estas letritas, “i(a)” y “m” (corrige el modo en que las había ubicado en *Las formaciones del inconsciente*, donde las había puesto al revés; la virtud de Lacan es que corrige sus errores): “i(a)” quiere decir “imagen especular”, porque, según la teoría del estadio del espejo, el sujeto encuentra su Yo primeramente en el campo del Otro. El Otro, en el modelo óptico, es el espejo plano. Tiempo jubilatorio del bebé, cuando, entre los 6 y los 18 meses, en brazos de su madre, se ve en el espejo y, si la madre asiente: “Sí, ese eres tú”, tendrá júbilo, porque hay un efecto anticipatorio de una imagen unificada cuando todavía se encuentra solicitado por una multiplicidad no integrada de sensaciones propioceptivas, efecto de una falta de mielinización, una manifestación más de lo que llamamos “prematuración”: nacemos antes de estar acabadamente constituidos desde el punto de vista biológico.

Pone primero “i(a)” y luego su consecuencia, “m”, el *moi*, el Yo de las instancias psíquicas, como un efecto de identificación con la imagen especular. Como somos neuróticos, esa identificación nos sale en automático. Se nos arma un poco de lío en alguna lateralidad cuando, por ejemplo, los varones queremos afeitarnos de un lado o del otro; pero, si no, mientras lo haga de frente, uno se identifica automáticamente con eso que ve en el espejo. Ahora la prueba de que no es tan automático es lo que le pasa, por ejemplo, al paciente psicótico cuando se desencadena clínicamente la psicosis; un síntoma clásico es el síntoma de la despersonalización: se mira en el espejo y no se reconoce.

Lacan pone “i(a)”, “imagen especular”, pero bajo esta línea que viene desde el Otro. Es su manera de decir que este orden imaginario, este registro imaginario que concierne al Yo, depende de la relación con el Otro. Descriptivamente, en términos dramáticos, lo describe como el asentimiento de la mamá cuando el bebé que está en sus brazos gira la cabeza y ella le dice: “¡Qué lindo bebé sos!”. Asiente que ese es él.

Lacan nos muestra cómo el sujeto recibe su propio mensaje desde el lugar del Otro. Hay una anticipación en el lugar del Otro al mensaje que el sujeto profiere. Y coloca un resultado que, a diferencia de lo que tendríamos en un esquema naturalista (“el bebé tomó el pecho y entonces está satisfecho”), no está ni en el campo de la necesidad ni en el de la demanda: coloca “I(A)”, un trazo que anticipa lo que llamamos “el ideal”. ¿Qué quiere decir ese ideal? Lo digo brevemente recordando el modelo óptico del texto sobre Lagache, (69) donde Lacan trabaja rigurosamente con la rotación del espejo plano que representa al Otro. Hay un tiempo de pasaje de un primer momento en que lo que se constituye es un Yo ideal (es el tiempo en el cual está muy bien que una mamá diga que es el bebé más lindo del mundo y que el bebé disfrute de eso; pero, como decimos en broma, entre los 30 y los 40 años conviene modificar un poco esa posición). Cuando se produce la rotación del espejo, lo cual tiene relación con la metáfora paterna, el Yo ideal se escinde entre Yo e Ideal: habrá una distancia entre lo que soy y lo que aspiro a ser. Si es moderada, si ha pasado por el lugar que corresponde, entonces ese ideal es



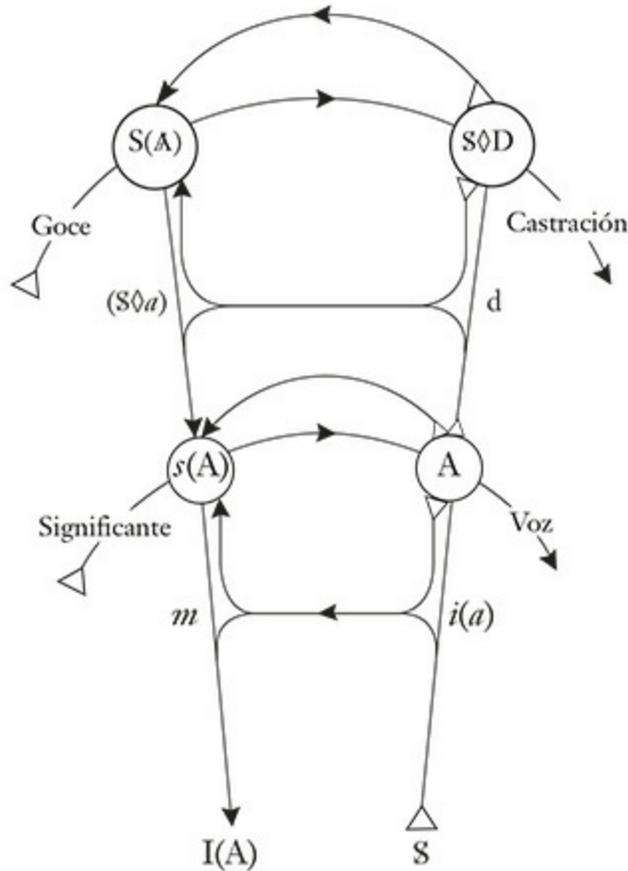
solamente sometido a lo que le llega desde el Otro. Pues bien, hay dos preguntas (tengamos presente que no pretendemos decir que un bebé las articula con la sintaxis con que lo voy a decir ahora) que se formulan en acto en el encuentro mismo con el Otro. Quiero decir, si yo soy un bebé, y cuando tengo hambre lloro y el Otro acude y me calma el hambre y además despierta en mí el hambre por el Otro –lo que llamamos “amor”–, aprendo prontamente (voy a decir una broma) a ser un pequeño hipócrita. ¿Qué es lo primero que una mamá, una abuelita, un papá, una tía le piden a un bebé? Una sonrisita. El bebé aprende rápidamente que una sonrisita puede dar ganancia. Desde muy pequeños aprendemos eso. También viene la historia trágica, la desesperación cuando el bebé, por problemas biológicos, no responde a esa sonrisita. Ahí es muy importante lo que se llama “estimulación temprana” en los casos que podrían conducir a un autismo, porque se podría crear un círculo vicioso desesperante para el bebé y también para la madre, en el cual podemos intervenir ayudando. En muchos casos hay una lesión biológica; no siempre, pero en muchos casos la hay (no podemos ser necios y decir que todos los autismos son de origen psíquico). El problema es que se agrava porque la madre, al no tener respuesta del bebé, se desespera, se autoacusa, luego lo odia y se aparta, y allí, cabe imaginar, la situación queda congelada. Intervenir en la relación del Otro con el bebé, en esas circunstancias, cambia el destino. Esto como una acotación.

Vayamos a la situación más feliz, cuando el bebé puede decirse a sí mismo –no con la sintaxis con que lo digo yo, pero sí en acto–: “Si esta señora, que es mi madre, viene cada vez que yo lloro, me da la teta, me acaricia, me canta, me cuida, me cambia [¿cuántas cosas hace una madre por un hijo?], ¿por qué viene?, ¿qué quiere?”, bajo el modo de “Me pregunto qué quieres”. Y la subsiguiente, “Te pregunto qué quiero”. ¿Qué tienen en común esas dos fórmulas? Una misma lógica: prescindan de la transparencia. En ninguno de los dos casos hay un sujeto que pueda responder por su deseo. No hay una pregunta al Otro: “¿Qué quieres?”; ni “Me pregunto qué quiero”: el sujeto tampoco puede responder por su deseo. Constituye su fantasma, respuesta a la demanda del Otro.

Demos un paso más. Tenemos lo que Lacan llama “grafo completo”.

¿Qué es lo que aquí vemos como novedad? Hay un piso inferior, que es con el que veníamos trabajando, al cual se añade un piso superior. La forma que tiene el grafo (es mi lectura), creo que también es una manera de atentar, en el buen sentido del término, contra algo que Freud a veces dice y que no es la fórmula más feliz: “La psicología de las profundidades”. Lacan va a poner en el piso superior lo que atañe a la dimensión inconsciente, con lo cual nos ayuda a salir de ese imaginario de una psicología del interior y el exterior. No hay interior y exterior ni superficie y profundidad.

Grafo completo



¿Qué es lo novedoso? Puso “sujeto” en el inicio, está marcado, tenemos la dimensión imaginaria, también el principio del ideal y el lugar del Otro como el lugar donde se gesta por primera vez la introducción, el *Einstellen*, la instalación de los significantes. Y nos dice en este texto: el Otro primero es oráculo, produce aforismos, legisla. ¿Por qué? En primera instancia lo que dice el Otro es lo único que hay. En el inicio no existe el modo interrogativo. Por eso también en ese lugar del Otro Lacan va a poner la voz como representante del Superyó. En lo cual coincide con esa genial analista (Lacan la reconoció como tal sin dejar de criticarla) que fue Melanie Klein. Melanie Klein habla de un Superyó precoz anterior a la resolución edípica. En Freud suele haber una identificación del Superyó con el Ideal del Yo que se constituye en la resolución edípica. También es verdad que Freud es el que nos habló del Superyó sádico y cruel. Pero la distinción lógica afinada entre Superyó e Ideal del Yo es mérito de Lacan.

Aparece una fórmula nueva: es “ $S\emptyset D$ ”. Lacan nos dice cómo se lee: es el sujeto acéfalo de la pulsión, expuesto a la demanda pulsional inconsciente del Otro. No es la demanda de amor, es la demanda pulsional que llega desde el Otro.

Tenemos los trabajos excelentes de otro gran investigador, que fue René Spitz, quien recogió testimonios de niños atendidos con los máximos cuidados higiénicos, de alimentación, en instituciones hospitalarias, que se dejaban morir de hambre. Es lo que se

llama “fenómeno de hospitalismo”. ¿Qué es lo que esos bebés, con un final trágico, nos enseñan? Que el ser humano, una vez que está atravesado por el lenguaje, tiene una relación de distancia con el instinto. No come por instinto, come por amor. Si a ustedes los invitan a la casa de alguien con quien no se sienten a gusto, puede ocurrirles que la comida les quede atragantada. En cambio, si se encuentran con gente a la que quieren, comen fideos *alla puttanesca* y no les pasa nada. Eso es experiencia cotidiana, psicopatología de la vida cotidiana.

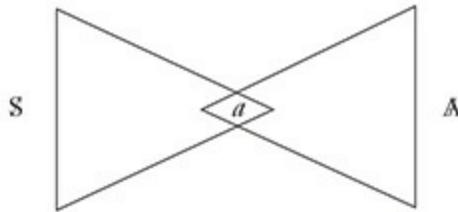
Sujeto acéfalo de la pulsión. Alguien podría decirme que estamos con otro sujeto. Nos está pasando lo que le pasó a Marx con el concepto de “trabajo”: no alcanza, hay que diferenciar entre trabajo alienado, trabajo como fundamento de la plusvalía, etc. Ahora vamos a tener que distinguir sujeto con apellido. En el primer grafo que hicimos, era el sujeto del significante. Ya mencioné como al pasar (lo vamos a retomar) al sujeto del fantasma. Ahora estoy mencionando el sujeto acéfalo de la pulsión. Este lugar es también un cuestionamiento esencial en la historia del psicoanálisis. Si poner el Yo constituido primeramente en una operación de alienación en el campo del Otro ya fue un cambio –porque para Melanie Klein el Yo se va constituyendo como las capas de la cebolla, desde un Yo muy pequeñito a uno cada vez más grande, por sucesivas identificaciones–, Lacan nos dice que de ningún modo es así, que hay un precipitado que depende del Otro, del lugar que el Otro le da. Y lo mismo plantea para la pulsión. La pulsión no es natural, surge a partir de la demanda del Otro. Pongamos la baraja mayor sobre la mesa. Si alguien me preguntara: “¿Cuál es la tesis esencial de la propuesta de Lacan?”, diría (se puede decir de muchos modos, pero voy a decirlo así): que, en todos los lugares donde mencionamos las instancias freudianas –Yo, Ello, Superyó, el Inconsciente, el fantasma, la pulsión, el síntoma–, en el comienzo está el Otro. Es lo que hace que no podamos caminar por la misma vereda con los que quieren fundar una psicología a partir de un uso ideológico de la neurociencia. Es como dijo Freud del oso polar y la ballena: no hay manera de conversar porque estamos en territorios distintos. Ellos quieren plantear que todo se gesta en una modificación del *hardware*; nosotros decimos que sí, hay modificaciones del *hardware* que a veces operan, pero que esencialmente, en el parletre, operan los problemas del *software*. Y “los problemas del *software*” alude a lo que desde el Otro se instala en nosotros y a cómo respondemos a eso.

Hoy leo en el diario *La Nación* (el promedio de publicación de estas noticias es cada tres o cuatro días) un artículo maravilloso acerca de los niños que duermen con los padres en la cama. Hay distintos comentarios, no todos son del mismo tenor, pero no hay uno solo que mencione la metáfora paterna. Hay uno que dice que es un fenómeno natural, todos los chicos quieren ir a la cama donde están el papá y la mamá. ¿Ustedes advierten el nivel en el cual nos invitan a responderles? Claro que todos los chicos quieren ir a la cama donde están el papá y la mamá, y además a un lugar específico, en el medio, donde se coge, porque son chicos pero no tontos. ¿Con quién vamos a discutir? Léanlo, por favor, no se lo pierdan. Para que vean la distancia en la que Freud nos ayuda a situarnos.

Se trata de la pulsión que se dirige según el grafo a este otro lugar,  $S(\mathbb{A})$ , significante del gran Otro barrado. Petardismo: es el teorema de Gödel, digo, para ir pagando mi deuda con ustedes, porque alguien, muy amigo, me preguntaba: “Cuando hablás del teorema de Gödel, de Hofstadter, ¿nos querés transmitir algo o en realidad disfrutás con eso?”. Como decía Freud, borremos la “o”; es que disfruto con eso –¿qué tiene de malo?– y también creo que tiene que ver con nuestro campo.

$S(\mathbb{A})$  es el lugar donde Lacan escribe lo que en el nudo (hago pliegue con la última escritura) es el agujero de lo Simbólico. Si algo caracteriza a lo Simbólico es *le trou*, el agujero. Un agujero que es lo simbólicamente real.

Tenemos varias flechitas. Con esta “d” minúscula es con la que Lacan escribe “deseo”. ¿Por qué la pone ahí? Acudamos a otro gran psicoanalista al que Lacan menciona y con el cual tuvo amistad: Winnicott. Winnicott, que fue pediatra primero y luego se dedicó al psicoanálisis, registró lo que llamó “el fenómeno transicional” y subrayó lo que se llama “el objeto transicional”. Supongo que la mayoría de ustedes conoce eso, es la mantita sucia que el bebé quiere tener consigo y que cualquier mamá sabe que, si va de vacaciones, mejor que la lleve si quiere pasar un buen momento en esos días de holganza. Puede ser esa muñequita gastada que la chiquita no quiere cambiar por una nueva. La nueva la recibe, pero la otra no la deja. Puede ser un rulo con el cual juega, puede ser el pulgar que introduce en la boca. Winnicott describe con gran agudeza que ese objeto transicional se caracteriza por que no es ni del bebé ni de la madre. Suelo decirles a mis alumnos que guarden este esquema, que, por lo menos a mí, me sirve para desempirizar un concepto muy importante de la teoría lacaniana, tanto que Lacan dijo que fue su único invento.



Es el quiasma con el cual les propongo pensar el objeto *a*. Escribo “Otro” ( $\mathbb{A}$ ) y “sujeto barrado” ( $\mathbb{S}$ ). Donde se entrecruzan ubico al objeto *a*, un objeto que se constituye primeramente en lo Real como objeto transicional. Es un objeto que representa al Otro pero ya no es el Otro. Voy a hacer un poquito de broma: mientras dependo de la teta de mamá, tengo que tener preparada la sonrisa; pero, cuando me chupo el dedo, no necesito sonreír, me lo chupo y se acabó. Ya hay una distancia. Entonces que Lacan ponga acá “deseo” quiere decir que, para constituir mi deseo, tengo que sustraer un goce del campo del Otro.

El otro día, una analizante, conmovida, me agradeció por *e-mail* unos cambios muy

importantes, entre ellos que su hijo pudo entrar a un colegio donde encontró marcas que, lamentablemente, desde su padre no podía encontrar, que está en este momento en un viaje, como hacen los chicos cuando llegan al final del secundario, recorriendo el país de origen de la comunidad de su familia. Me mandó las fotos de su hijo, diciendo: “Mirá qué hermoso es mi hijo; cuánto te agradezco todo lo que me ayudaste”. Efectivamente, es un análisis que ha marchado muy bien. Cuando llega la sesión siguiente, antes de que hable, le digo que recibí su *e-mail*, que qué lindo es su hijo. Dirán: “¡Es terapia de apoyo!”. Entonces comienza a llorar, emocionada, y de inmediato asocia con que fue una tonta, una abandonada: “¿Cómo pude hacer esto? ¡Qué cosa renegatoria! Yo tenía dos quistecitos que salieron en mi pulmón hace cinco meses, tendría que haberme hecho los estudios y por una cosa u otra no los hice y ahora fui a ver al médico y me dijo que tengo que hacerme una tomografía, y pensar que puedo tener un cáncer. Lo llamé a mi hermano y le dije que, si yo me moría, él se tenía que hacer cargo porque él sabe que mi hijo no tiene un padre que lo cuide”. La dejé que dijera todo eso; la calmé diciéndole, primero, que era un quiste, que podía ser un tumor benigno y, además, que cáncer ya no es más sinónimo de muerte, que fuéramos despacio, no exagerásemos. Le dije: “Me parece muy bien que te hagas los estudios, la tomografía; me parece excelente. Pero ¿vamos a repasar un poquito la sesión? Empezamos con qué lindo hijo tenés, el viaje que tu hijo está haciendo. Te voy a contar lo que les digo a mis alumnos [porque yo intervengo así, en lo Imaginario, en lo Simbólico, en lo Real]. Les pregunto: ‘¿Qué es una madre?’. Una madre es una mujer que llora: llora cuando el hijo empieza el jardín de infantes, llora cuando termina el jardín de infantes, llora cuando empieza el colegio primario, llora cuando termina el colegio primario, y también llora cuando el hijo se va a pasear por Europa. ¿Por qué llora? Lloro porque se murió el nene, ahora es un joven. También porque murió la madre del nene”. Queda pendiente la relación con el fantasma, qué significa, y la diversidad de circuitos. Aunque más no sea quiero mostrarles algo. ¿Se advierte que desde este lugar,  $S \diamond D$ , se puede pasar por el teorema de Gödel, por el lugar de la función fálica,  $S(\mathbb{A})$ , de descompletamiento? Pero también se puede eludir este lado y entonces no hay descompletamiento. En ese caso (toca el lugar del fantasma), decimos que el neurótico es el que rebaja su deseo a la demanda del Otro. ¿Les parece que podemos tirar esto a la basura y decir que ahora está el nudo y que todo esto ya no vale? ¿No les parece que es una pena prescindir de todos estos desarrollos que nos sirven para nuestra clínica? Porque no se interviene igual si la demanda pulsional pasó por este lugar,  $S(\mathbb{A})$ , y hace regresión, que es cuando produce síntoma en el neurótico, que si nunca pasó por ese lugar y entonces se presenta como un goce desanudado. Invita a intervenciones diferentes.

Tenemos unos minutitos para conversar.

*Participante 1:* Yo quisiera que profundizaras un poquito esto del pasaje, el goce desanudado, porque me queda la pregunta acerca de dónde se hubiera anudado.

*Isidoro Vegh:* Digamos, por ahora, con lo que estuvimos hablando: una opción para el goce, la mejor opción, hubiera sido que pasara por ese lugar que marca el agujero, el significante del gran Otro barrado,  $S(\mathbb{A})$ , en lugar de seguir este circuito que elude el significante del gran Otro barrado. Es el lugar de la enunciación inconsciente, del Inconsciente como lógica de incompletud.

*Participante 2:* Mientras hacías el desarrollo, no dejaba de pensar en algunas cuestiones desde Freud. Pensaba si no podría ser un antecedente del significante del Otro barrado cuando Freud dice que no hay inscripción de vagina ni de muerte en el Inconsciente. Que al gran Otro (en Freud sería el Inconsciente) le falta un significante. Entonces una pregunta que me surgía es si podés establecer alguna relación entre el Yo escindido, escisión del Yo en el proceso de defensa, y el concepto de “sujeto barrado” en Lacan. Y la última sería: ¿qué relación y diferencia podés pensar entre el objeto  $a$  y el objeto transicional?

*Isidoro Vegh:* Son cuestiones interesantes para desarrollar, quizás no podamos considerar todas ahora.

Voy a la última, la diferencia entre el objeto transicional y el objeto  $a$ . Llega un momento en el cual al chiquito o a la chiquita ya no le interesan la muñeca rota o la mantita sucia: puede desprenderse de ellas, puede aceptar su pérdida. ¿Qué quiere decir? Que ha dado un paso más en la constitución del fantasma.

Por otro lado, respecto de que no hay representación inconsciente de la muerte, de la vagina, lo voy a formular con una pregunta que la vez que viene intentaré desplegar: ¿por qué razón Freud dice que la castración es lo que viene en el lugar de la representación ausente de la propia muerte? Vamos a intentar responder a eso para confirmar dos cuestiones: la primera, que en las formulaciones de Freud, aunque uno no las entienda, vale la pena detenerse, y Lacan lo hizo; la segunda es que creo que voy a poder transmitirles a ustedes por qué mi admiración por el enorme esfuerzo de Lacan para articular una lógica a este tipo de preguntas. Podemos decirlas así: ¿por qué no hay representación de la propia muerte en el Inconsciente?; ¿qué quiere decir que no haya representación de la vagina en el Inconsciente?; ¿cuál es la lógica? Freud la dijo en acto, pero no dio la lógica.

Respecto a la articulación entre el yo escindido, escisión del Yo, y sujeto barrado, Lacan, cuando traduce el texto sobre la escisión del Yo, la plantea como la escisión del sujeto.

*Participante 3:* Te agradezco que nos trajeras esto; es muy refrescante volver al grafo, que quedó ahí, un poco, a lo largo de los años, como relegado. Pero estaba pensando (quería preguntarte al respecto) que, si bien es cierto que hay conceptos que Lacan mantiene a lo largo de su enseñanza –por ejemplo, nos traías la cuestión de la estructura–, también es cierto que hay escrituras en las cuales Lacan fue pasando de una

a otra y el nudo nos ha aportado una ganancia en la escritura al presentarnos la simultaneidad de los registros. De hecho te llevó a tratar de formular distintas intervenciones del analista a partir de la escritura nodal. Quería preguntarte: además de que es una pena que lo perdamos, ¿qué ganancia a nivel de la clínica...? Porque entiendo que debe de haber alguna preocupación tuya en el hecho de traernos el grafo luego de haber alcanzado la ganancia del nudo y la escritura nodal. ¿Hay algo de nuestra experiencia a lo que le aporte volver a esto?

*Isidoro Vegh:* Te agradezco la pregunta. Vuelvo a recordarlo: nuestro tiempo es el de la *omelette* poslacaniana. Hay analistas (no los voy a nombrar, pero ustedes deben saber quiénes son) que consideran que la escritura nodal nos invita a prescindir de la topología y de los grafos, nos dicen que dedicarse a descifrar el Inconsciente es inútil, piensan que no tiene ningún sentido seguir trabajando los sueños, que el Inconsciente como lógica de incompletud es secundario; y afianzan todas esas posiciones en una lectura –a mi entender muy mal hecha– del nudo. No es cualquier cosa lo que está en juego. Junto con todo esto que les digo, hablan de la devaluación del deseo, hablan de la caducidad de la metáfora paterna; alguno se anima a decir que hay cosas más importantes que la castración. Son objeciones serias a puntos clave de la teoría y la práctica analítica.

[64.](#) Lacan, Jacques: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, ob. cit., p. 793.

[65.](#) Pommier, Gérard: *Louis de la Nada. La melancolía de Althusser*, Buenos Aires, Amorrortu, 1999.

[66.](#) Althusser, Louis y Balibar, Étienne: *Para leer “El capital”*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno, 1969.

[67.](#) Lacan, Jacques: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, ob. cit., p. 804 (las itálicas son mías).

[68.](#) *Ibíd.*, p. 794.

[69.](#) Lacan, Jacques: “Remarque sur le rapport de Daniel Lagache: ‘Psychanalyse et structure de la personnalité’”, en *Écrits*, ob. cit., p. 647.

[70.](#) Cazotte, Jacques: *Le diable amoureux*, París, Le Terrain Vague, 1960.

## Capítulo 5

# Entre el deseo y el goce

Dice Lacan en “Subversión del sujeto...”: “De donde, que se aprenda aquí, la referencia didáctica que hemos tomado de Hegel para hacer entender a los fines de la formación, que son los nuestros, qué es lo que atañe a la cuestión del sujeto tal como propiamente el psicoanálisis la subvierte”. (71) Lacan, si bien toma un apoyo en Hegel –valora la ruptura con un empirismo ingenuo que implican las vueltas de la tesis, la antítesis, la síntesis–, diferencia que el sujeto al cual él se refiere es el que el psicoanálisis propone y subvierte.

Dice:

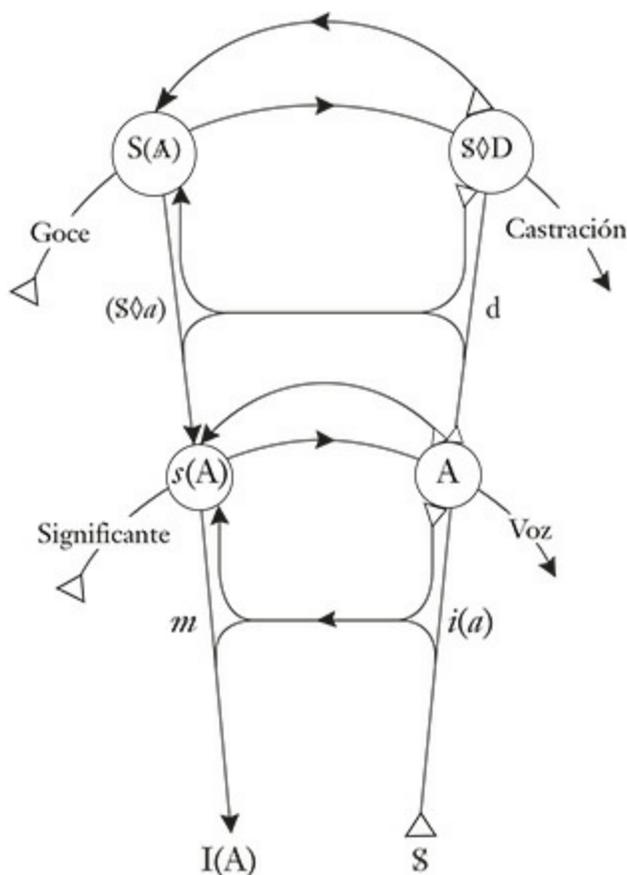
Esto que nos califica para proceder en esta vía es evidentemente nuestra experiencia de esta praxis [Lacan no habla como filósofo ni habla como lógico, Lacan es psicoanalista]. Esto que nos ha determinado a ello, aquellos que nos siguen lo testimoniarán, es una carencia de la teoría doblada de abuso en su transmisión, que, para no ser sin peligro para la praxis misma, resultan, una como las otras, de una ausencia total de estatuto científico. Plantear la cuestión de las condiciones mínimas exigibles para tal estatuto no sería tal vez un punto de partida deshonesto. (72)

Hay una preocupación de Lacan, ya en el tiempo de “Subversión del sujeto...”, por esa pérdida de la teoría. Eso que Freud jamás dejó de sustentar. No hay un historial clínico de Freud sin la consiguiente epicrisis. ¿Qué es la epicrisis? Es una reflexión a propósito de esa práctica. Es el anhelo de Lacan devolver al psicoanálisis lo que lo acerca al plano de la científicidad. No digo la ciencia popperiana –y ahí entraríamos en una conversación interesante– porque tal vez podríamos fundamentar que ni aun las ciencias duras responden al ideal popperiano.

Lo retomaremos luego porque, una vez más, hemos tenido el gusto de encontrar que nuestro dilecto amigo, Mario Bunge, volvió a comentar y precisamente sobre el tema que vamos a tratar hoy, entre otros, a propósito de los esfuerzos de Lacan por producir una mínima formalización del objeto del psicoanálisis, el sujeto.

Hasta donde llegamos la vez pasada trabajamos las distintas etapas de la construcción de los grafos de Lacan, que –dijimos– no respondía a una cronología, a una genética, sino que, como algo bastante extraño en su modo de transmisión, era un gesto generoso dirigido a nosotros para construir paso a paso cómo en ese tiempo pensaba la estructura del sujeto. Acá tenemos el grafo completo.

Grafo completo



Hagamos la pregunta elemental: ¿qué es este grafo?. Es la estructura que nos habita, la estructura del sujeto. En el grafo, ya en este tiempo –aunque Lacan recién lo va a explicitar a partir de “La lógica del fantasma” y del seminario “El acto analítico”–, tenemos diferenciados el lugar del Superyó del Ideal del Yo, cosa que en Freud no siempre está distinguido; también está diferenciado el lugar del sujeto acéfalo de la pulsión del lugar del Inconsciente como lógica de incompletud. Pero recién en “La lógica del fantasma” va a decir una sentencia que sorprendió a sus alumnos, que comprueba, por su efecto, que no es tan fácil producir un efecto de transmisión. Tuvo que explicitar, decir que el Ello no es el Inconsciente. Freud habla del Ello inconsciente, del Inconsciente pulsional. Esta distinción fina –que vamos a ver en qué consiste– es de Lacan, no está en Freud.

Habíamos llegado, en la lectura del grafo, a la pregunta por la “d” minúscula, por qué está del lado derecho, saliendo del lugar de la pulsión,  $S\emptyset D$ . Intentamos ayudarnos con la referencia a ese descubrimiento tan importante de Winnicott con relación al objeto y el fenómeno transicionales. El objeto transicional es un objeto que acumula un goce sustraído al campo del Otro. Es la mantita sucia que a la mamá no le gusta, es la muñeca rota que no coincide con el ideal de una hermosa muñeca para mostrarles a las tías. Recién me mostraba una abuela, muy orgullosa –y tiene razón para hacerlo–, la foto de

su nietita hermosa. Pero nunca vi una abuela que muestre la mantita sucia o la muñeca rota cuando quiere presentarles a otros algo de su nieto. Esa es la gracia, que ahí el chiquito tiene un objeto que sostiene en su comienzo su deseo. Lacan a veces nos confunde cuando dice que el deseo es el deseo del Otro. Que el deseo es el deseo del Otro dice dos cosas distintas: que en el comienzo partimos del deseo del Otro; y también que es del Otro en el sentido de *eine andere Schauplatz*, de “la otra escena”, no es algo que surge en mi conciencia. Pero no es lo mismo que el deseo sea el deseo del Otro que que el sujeto pueda articular su deseo. Y nosotros, en el análisis, una de las formas en que podemos nombrar la dirección de la cura es ese pasaje. No ceder en su deseo quiere decir no renunciar al deseo, porque, como tantas veces lo mencionamos, William Blake, el gran pintor, poeta y místico inglés, lo dijo con palabras y frases explícitas: “Quien no realiza su deseo engendra peste”. Y no es la peste freudiana, es la peste que mata. Deseo que no es articulable pero está articulado. No es articulable: no lo puedo nombrar con el discurso consciente, va a estar siempre interdicto, interdicto; pero se sostiene en la trama inconsciente del fantasma. Porque un fantasma, como lo muestra la fórmula  $S \diamond a$ , implica un sujeto, que es lo que un significante representa para otro significante. Es una frase, como en el fantasma de *Ein Kind wird geschlagen*, “Un niño es pegado” –mal traducido como “Pegan a un niño”–, más el objeto *a* que está en juego.

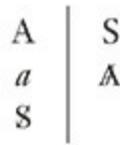
Hasta ahí habíamos llegado la vez pasada.

El objeto *a*, nos dice Lacan, es no especularizable. Acabamos de subrayar ese objeto transicional como una sustracción de goce al campo del Otro. Cuando en el estadio del espejo se produce un derrame de libido desde el cuerpo hasta el espejo plano que representa al Otro, hay un resto que, si todo va bien, queda sustraído a la imagen especular. Ese resto es el objeto *a*: un objeto que no pasa al campo del Otro, salvo cuando aparecen fenómenos de angustia o, en otro extremo, lo que llamamos “*Unheimlich*”, “lo siniestro”.

Plantear el fantasma como el lugar donde el deseo se articula nos obliga a una distinción que tiene consecuencias en la dirección de la cura. Si el fantasma está bien articulado, este objeto *a* presentifica el lugar de una falta, causa de deseo. Pero cuando alguien nos pide análisis, cuando alguien llama a nuestro consultorio por sus síntomas, por sus inhibiciones, por sus angustias, por sus *acting out* incontrolables, es que se ha producido una inversión en el fantasma, y allí el sujeto aparece, en algún lugar de la red, identificado con el objeto y postergado como sujeto del deseo. Identificado con un objeto que se ofrece al Otro. En términos de Lacan, el neurótico es el que rebaja su deseo a la demanda del Otro. Y aquí el *a* ya no está como causa de deseo sino como *plus-de-jour*, como un plus de goce.

Podemos dar un pasito más y alcanzar cuál fue la importancia de una distinción que Lacan hizo en esos tiempos del retorno a Freud, cuando se dedicó a hacer el jardín a la francesa. Propuso tres formas distintas de la falta: la frustración, que produce un daño imaginario; la privación, que implica un agujero real; y la castración, que instaura una deuda simbólica. ¿Por qué digo que es importante? Porque hay un análisis (especialmente Lacan tuvo que enfrentarlo en su lucha con el posfreudismo) dedicado a

producir una tolerancia a la frustración, una aceptación calma de la privación, un psicoanálisis adaptacionista que proponía una pedagogía de las emociones. ¿Eso quiere decir que no hay que tocar la tolerancia a la frustración y una aceptación mejor a la privación? De ningún modo: eso está muy bien; pero es absolutamente insuficiente porque Lacan, que lee con una atención remarcable las tesis centrales de Freud –y que también son una enseñanza para nosotros–, dice que el Edipo puede que sea un cuentito, pero la castración no es una ficción, la castración es de lo Real. ¿Y por qué, si no se llega a esa falta que es la castración, el análisis es insuficiente? Cuando el sujeto invierte la fórmula del fantasma, como se aprecia en esos grafos que Lacan nos propone en el seminario *L'angoisse*, cuando se invierte la fórmula, el sujeto identificado con *a* se pone sacrificialmente al servicio del Otro.



Tocar la castración (esta es su gran diferencia con la castración imaginaria del órgano, como la plantea Freud) es tocar la castración del Otro. Ahora, alguien podría preguntar: “¿Por qué nos importa la castración del Otro?”. Por dos cosas: el Otro no es solo el Otro real, aunque es también el Otro real (en la dirección de la cura puede ser muy bien el Otro real: “Pobre mamá, ¿cómo la voy a dejar sola? Es el sueño de mi vida hacer este viaje de egresados ahora que me recibí de arquitecta y podría recorrer Europa, pero ¿cómo la voy a dejar sola? Se va a poner triste”). Es el Otro real, pero también es el Otro incorporado, es el Otro que me habita. Y me toca en la medida en que caigo de este lugar; me toca en mi ser: dejo de ser un objeto para el Otro. Esto es muy fácil decirlo en este espacio, pero cuando uno lo tiene que soportar en la horizontal... (Sabén a cuál me refiero... Hoy escuché un chiste en la radio que decía: estamos en otro tiempo que en el inicio del cristianismo; ahora no se dice “Poncio Pilatos”, sino “Poncio Pilates”. No me refiero a la horizontal de Pilates, sino a la del diván.)

Volvemos a la cuestión del sujeto. En ese movimiento que implica la castración, hay una pérdida pero hay una ganancia. Un análisis no es para llevar a la gente a que se deslice por la rejilla, todo lo contrario. Lo que no le podemos ahorrar es el tiempo de pasaje y tampoco el precio que tiene que pagar. Dice Lacan: un analista cobra y más bien caro. Alguien diría: “Viejo canalla, querés llenarte de plata”. No, está diciendo otra cosa, que sostener esa función no es simple. El analista interviene con su ser, pone en juego su castración, y si no la pone en juego el análisis no avanza. Es más, no podemos ahorrar un tiempo de angustia, cuando el sujeto advierte dónde está apresado pero todavía no puede salir de ese encierro. La ganancia es su emergencia como sujeto; por eso el subtítulo del seminario de este año dice “Una clínica del sujeto”.

Anticipo: voy a leer una frase que, no les niego, es complicada, pero vamos a intentar descifrarla juntos. En la versión francesa de “Subversión del sujeto...” está en la página

819: “Nosotros partiremos de esto que la sigla S() articula, de ser de entrada un significante. Nuestra definición de ‘significante’ (no hay otra) es: un significante es esto que representa al sujeto para otro significante”. Esta frase tenemos que reconocer que, en la parroquia lacaniana, la repetimos casi como el padrenuestro, el avemaría, como un rezo, pero ¿cuál es la subversión de esta frase? Esta frase dice lo contrario de creer que un mensaje es lo que el señor “A” le envía al señor “B”. Es lo contrario de la teoría de la comunicación, es lo contrario de lo que supone un sujeto de la conciencia. Un significante, “Signorelli”, remite a Sigmund Freud a otro significante, “Botticelli”, sin pedirle permiso a Sigmund Freud. ¿Advierten la herida narcisística que esto significa? Sigue: “Este significante será pues el significante para el cual todos los otros significantes representan al sujeto: es decir que a falta de este significante, todos los otros no representarían nada. Porque nada es representado más que para”. Es el significante de la falta en el Otro. Para que haya un significante que represente al sujeto, hay que aceptar un precio: la falta en el Otro. Pero una falta en el Otro que significa que me animo a faltarle al Otro. Pero, si le falto al Otro, ¿qué soy? He ahí el problema, el problema de Hamlet. “¿Ser o no ser?”, y Lacan lo “carga” y le dice: “El falito de mamá, Hamlet”.

Sigue Lacan, dice así (viene la parte complicada):

Ahora bien, en la batería de los significantes, en cuanto ella es, siendo por eso mismo completa, este significante no puede ser más que un rasgo que se traza de su círculo sin poder contarse con él. Simbolizable por la inherencia de un (-1) al conjunto de los significantes.

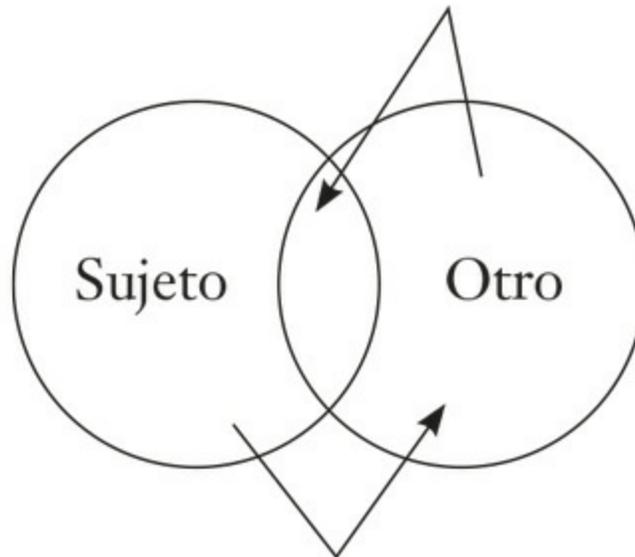
Es, como tal, impronunciable, pero no su operación, pues esta es lo que se produce cada vez que un nombre propio es pronunciado. Su enunciado se iguala a su significación. [\(73\)](#)

Primero, para hacerlo suave y divertimos: nuestro amigo Mario Bunge salió en un reportaje de una página entera, creo que era en el diario *La Nación*, donde habla de todo, como de costumbre, olvidándose de que si algo caracteriza a la ciencia es que, a diferencia de la religión, acepta que no puede hablar de todo. Lo primero que hace cualquier campo científico es reconocer aquello no pertinente a su campo. Olvidándose de eso, entre tantas cosas, dice: “Y tenemos todas esas cosas, charlatanerías como ese Lacan, que quiere calcular al sujeto como un (-1)”. Maravilloso para mi seminario; es evidente que él habla para nosotros. Le diría: “Mario, has escrito cosas interesantes de la historia de la filosofía, de la epistemología. Con no todas acuerdo; ni siquiera tu íntimo amigo, que también era amigo mío, Gregorio Klimovsky, estaría de acuerdo con vos en todo –tenía otro respeto por el psicoanálisis, otra posición–, pero te vendría bien venir a mi seminario con un lápiz y un papel y anotar un poco”. ¿Qué quiere decir Lacan con esto del (-1)? ¿De qué está hablando?

Dice que se trata del nombre propio pronunciado. Su enunciado se iguala a su significación y nos dice que hay un significante que se traza del círculo pero sin poder ser contado. Es lo que yo traté de transmitirles en la tercera clase, un poco más divertido y más suave, pero fue tan suave que creo que no se entendió adónde iba, con el relato de *Yo soy un extraño bucle*, el texto de Hofstadter.

Vamos a escribirla de distintos modos, a ver si conseguimos descifrar esta frase.

En el seminario 11, Lacan describe lo que llama “la pulsación del Inconsciente”, que se puede entender que funciona en cualquiera de nosotros o en su tiempo estructural primero, para lo cual pone dos círculos de Euler con los cuales se suelen escribir los conjuntos. De un lado pone una “S”, de “sujeto”, pero sin barrar, y del otro pone la “A” mayúscula, inicial de “Autre”.



Hay dos tiempos lógicos diferenciables. Un primer tiempo de un sujeto por venir; hasta aquí solo tenemos un viviente humano, porque, si sujeto es lo que un significante representa para otro significante, cuando nacemos no estamos habitados por significantes, es el Otro quien tiene un nombre para nombrarnos. Es un sujeto por venir, anticipado en el campo del Otro. Es el tiempo de la alienación. Un tiempo necesario en la estructuración del sujeto, porque el parletre nace con la disposición neurológica para recibir el lenguaje, pero el lenguaje tiene que introducirlo el Otro. Es el *software* que hay que introducir en la PC. Tiene un precio, que también es una suerte. Que Hamlet sea para su mamá “Mi dulce Hamlet” no está mal pero, como decimos siempre, al cabo de unas decenas de años, conviene salir de ese lugar.

Entre paréntesis, tengo otra lectura del *Hamlet* de Shakespeare. Ustedes saben que cualquier psicoanalista que se precie al cabo de los años tiene que proponer alguna otra interpretación; hay miles. Tanto era así que mi maestro, Pichon Rivière, decía “*Finíshela* con Shakespeare y Hamlet”. El problema de Hamlet es que, si bien su padre murió, él no lo mató. La interpretación de Jones es que él no mata a Claudio, su tío, el que en el relato había asesinado al padre, porque representa lo que él quería hacer y no se animó. Así, resulta que esa muerte de su padre no le es operatoria. El problema de Hamlet es que no se decide a matar al padre, que ahora es Claudio. Si se animara a matarlo, tendría el derecho, entonces, de quedarse con el reino y tener su propia reina, que no era su

mamá, sino Ofelia. En la medida en que no realiza su acto, la tragedia se asegura. No es que si uno no hace su acto todo queda calmo y tranquilo, como sueña el neurótico: que si no contesta no hay conflicto. El conflicto sigue y termina en tragedia; no es gratuito.

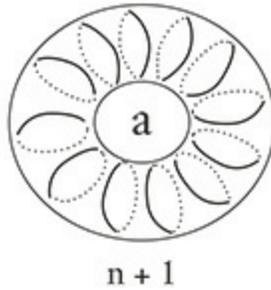
Tiempo de alienación, queda bajo el sentido del Otro (“mi dulce Hamlet”; “mi cosita”, le decía la mamá a Hans; a Freud la mamá le decía “*mein goldener Sigmund*”, “mi adorado Sigmund”). El tiempo siguiente, si todo va bien, es un tiempo de parición, de nacimiento del sujeto. La flecha va en sentido contrario. Es el tiempo de separación, que es también un tiempo de retroacción. Quiere decir lo siguiente: si a toda la batería significante representada por el Otro la escribimos con el matema de Lacan “S<sub>2</sub>”, el saber inconsciente, el significante que se va a producir en la separación va a ser un S<sub>1</sub>. El S<sub>1</sub> no es primero y el S<sub>2</sub> después. El S<sub>1</sub> es otro estatuto lógico del significante que se produce por retroacción.

Entonces, si escribo la metáfora paterna con estos matemas, “S<sub>1</sub>”, “S<sub>2</sub>”, pongo bajo la barra la “x”, que va a ser una variable; es el primer tiempo, equivalente al deseo de la madre y su hijo como falo imaginario.

$$\frac{S_1}{S_2} \swarrow \frac{S_2}{x}$$

Si todo va bien, “S<sub>2</sub>” va bajo la barra; es el saber puesto en el lugar de la verdad, es el Inconsciente, gracias a un significante que lo excede: el significante unario, el significante que Lacan dice surge como *pas-de-sens*, que quiere decir, por un lado, “negación del sentido”, el sinsentido, pero también quiere decir “paso de sentido”. Digo esto porque hay colegas que se quedan con frases aisladas de Lacan, como cuando dice en “La tercera” que el sentido es de la religión, que el psicoanálisis excluye el sentido, o que lo Real excluye el sentido. Todo eso está bien, el problema es que en el seminario *Le sinthome*, uno de los cuatro últimos seminarios, dice que nuestra tarea como analistas es devolverle al analizante el sentido. ¿Se volvió loco? No. La palabra “sentido” no tiene el mismo sentido en distintos contextos. Cuando dice que se trata de liberar al sujeto del peso afanísico del sentido, es del sentido que viene del Otro; pero en un análisis ayudamos a nuestros analizantes a que encuentren en la vida algo que para ellos tenga sentido. Es diferente, no es lo mismo que quedar sometidos al sentido del Otro. Este S<sub>1</sub> es ese trazo que se produce cuando el bucle se toca de nuevo, cuando el bucle se abrocha como en el ocho interior, y es un significante impronunciado, nosotros lo registramos como efecto, por ejemplo, de la repetición.

¿De qué otro modo lo puedo decir? Vamos a una escritura anterior. Cuando Lacan trabaja la relación de demanda y deseo, utiliza una superficie topológica: el toro. El toro es como una cámara de autos que tiene un agujero central, que es el eje, y un agujero interior, al que llama “alma”.



Supongamos la hormiguita, dice Lacan, que va girando alrededor del alma y va pegando las vueltas alrededor de la cámara hasta que llega al punto de partida. Supongamos que la hormiguita sabe contar y dice que dio “n” vueltas, las “n” vueltas de la demanda. Lo que no sabe es que además dio una vuelta alrededor del eje. Esa vuelta de más es la que tiene que ver con el deseo. Es el trazo que en la serie de las demandas va a funcionar cuando el bucle se abra. Y es nuestra tarea registrarlo en el decir del analizante.

Con todo esto intento certificar, testimoniar, lo que Lacan confesó: “Me desvivo por decirles lo mismo de otro modo”. Son distintos modos de señalar cómo en la medida en que el discurso avanza y el analista está dispuesto a leerlo, en los tiempos de repetición en el sentido lacaniano de insistencia significante, podemos encontrar el significante que representa al sujeto. Impronunciado como tal, pero es esperable que el analista sepa leerlo.

También se puede decir algo más complicado. Apenas un mínimo avance. Lacan lo desarrolló a partir de un texto que fue un hito en la historia de la lógica moderna, que significó todo lo contrario de lo que su autor pretendía: *Die Grundlagen der Arithmetik*, *Los fundamentos de la aritmética*, de Gottlob Frege. Él pretendió dar un fundamento de la aritmética que luego fue rebatido por ciertas críticas que le hizo Bertrand Russell. En el prólogo de la edición francesa hay una cita, un epígrafe, donde Bertrand Russell dice que jamás conoció a alguien con tanta honestidad intelectual como Frege. Cuando Russell le demostró que había una dificultad cuando planteaba el conjunto a partir del concepto, Frege le respondió: “Con lo que usted me ha criticado (y tiene razón), se destruye todo el esfuerzo de mi vida”. Pero se lo reconoce. La cosa no fue tan trágica porque, si bien cuestionó en un sentido lo que él esperaba lograr, de todos modos pasó a ser el iniciador de la lógica moderna. Sin Frege no habría habido grupo Bourbaki. Bourbaki es el nombre de un general francés bajo el cual se escondieron un conjunto de grandes matemáticos franceses que hicieron una obra enorme intentando una fundamentación de las matemáticas según un método axiomático.

Frege se pregunta, más allá de cualquier psicología, más allá de cualquier sujeto psicológico, ¿por qué hay una serie de números naturales? ¿Por qué al 1 le sigue el 2, al 2 el 3, al 3 el 4? En una perspectiva psicologista diríamos que es porque Juan los cuenta, después del 2 viene el 3. No, Frege dice que esa no es una respuesta. Lo que él pregunta

es cuál es la ley que determina que al 2 le siga el 3, al 3 el 4, al 4 el 5. Establece una trilogía de conceptos: el de “concepto”, el de “objeto” y el de “número”. Lo voy a decir en los términos mínimos para no extenderme demasiado. Si yo digo “un planeta del sistema solar”, es un predicado que empieza con un artículo indefinido y que, para Frege, tiene el valor de concepto. Él lo iguala al valor de función, pero por ahora no avanzaremos con eso. ¿Y qué caracteriza a un concepto? Que subsume objetos. Si yo digo “planeta del sistema solar”, ¿cuáles tenemos? Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón; nueve. Los nombro, son los objetos que subsume el concepto. Entonces tenemos una fórmula que es circular. ¿Qué es un objeto? Lo que es subsumido por un concepto. ¿Qué es un concepto? Lo que subsume un objeto. ¿Cuál es la ventaja de esto? Que el objeto nunca es natural. Hablar de objeto es poner en el comienzo, como decía el evangelista san Juan, al verbo. Porque este escritorio es un escritorio para el concepto de “escritorio”, pero yo podría decir que es una tabla horizontal con dos tablas verticales y podría hacer infinitas descripciones que no fueran precisamente “escritorio”. Si yo digo, por ejemplo, “alumnos del seminario de los viernes”, estarían todos ustedes y podemos asignarles después un número. Pero, si quiero decir “actividades de las distintas salas de la Escuela Freudiana de Buenos Aires”, todo lo que estamos haciendo acá valdría por uno. El concepto define el objeto. Rompe con la empiria. Y le asigno un número.

Ahora bien, dice Frege, todo esto funciona en el mundo tal como lo establece el principio de identidad, y es que cada objeto valga por 1, para lo cual toma la sentencia de Leibniz que propone que idénticas son las cosas que pueden sustituirse unas a otras sin que se pierda la verdad. Entonces se le ocurre hacer una fórmula que la contradiga. Va a proponer el concepto contrario, algo no idéntico a sí mismo. ¿Qué objeto subsume? Ninguno. ¿Qué número le asigno? El 0. Le asigna el número 0. Sucede que yo puedo luego asignar el número 1, 2, 3; o, por ejemplo, 9 a planetas en el sistema solar. Hasta ahí todo va bien. Ahora, ¿qué pasa si los números de pronto se proponen hacer un bucle? Si el 3, además de nombrar los tres lápices que la maestra nos enseña en el colegio primario, pretende nombrar retroactivamente la serie, ¿con qué problema se encuentra? Con que el 0 vale por 1, el 1 vale por 1, el 2 vale por 1 y el 3 vale por 1; el 3 es insuficiente. No puede nombrar la serie. Es decir, hay un (-1). Valga en respuesta al comentario de Bunge.

¿Por qué despliego esto? Para que ustedes no retrocedan. El esfuerzo de Lacan fue darle estatuto de científicidad al psicoanálisis. Y hoy, ni siquiera las ciencias duras sostienen la posición de Mario Bunge. Un físico que está en la vanguardia no dice con la certeza con la que dice él qué es una mesa o qué es un átomo, es bastante más complicado. Ya no solo está la teoría de la relatividad, que vino a ser cuestionada por la teoría cuántica, sino que ahora viene a ser cuestionada por la teoría de cuerdas: ya entender qué es el universo para un físico no es nada fácil. Un poco de humildad ante lo Real no le viene mal a nadie.

Esto para que ustedes se animen, porque ahora, con las neurociencias, se nos quiere convencer de que el verdadero discurso científico que se opone al psicoanálisis es la

medicina. La medicina es una práctica, no es una ciencia. Se basa en algunas disciplinas científicas, como la fisiología, la microbiología, la farmacología, pero en definitiva se trata del criterio médico. Ustedes lo saben; van a tres traumatólogos distintos y cada uno les dice algo distinto, incluso lo contrario: “Operate la rodilla”, “No te la operes porque vas a quedar rengo” y “Tomá estos remedios, que es lo único que se puede hacer”. Todo esto para que ustedes valoren nuestro campo y también, permítanme que lo vuelva a decir, ¿se entiende por qué le estoy tan agradecido a Lacan? ¡El esfuerzo que este hombre ha hecho! Me daría una enorme pena que algunos que se dicen deudores de su enseñanza logaran tirar todo esto por la borda.

Vamos a decir esto mismo con un ejemplo de nuestro campo. A ustedes, psicoanalistas, les va a gustar más. Voy a leer un párrafo de *Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens*, “Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico”. Es de nuestro otro gran maestro, Sigmund Freud. Se trata del sueño “Mi padre estaba muerto, pero no lo sabía”. Leo un fragmento y después lo que Lacan escribe en “Subversión del sujeto...”. Dice Freud:

Un hombre, que cuidó a su padre durante su larga y cruel enfermedad letal, informa que en los meses que siguieron a su muerte soñó repetidas veces: *El padre estaba de nuevo con vida y hablaba con él como solía. Pero él se sentía en extremo adolorido por el hecho de que el padre estuviese muerto, solo que no sabía.* Ningún otro camino nos lleva a la comprensión de este sueño, que parece absurdo, si no es el agregar “según el deseo del soñante” o “a causa de su deseo” a las palabras “que el padre estuviese muerto”, y el añadir “que él [el soñante] lo deseaba” a las últimas palabras. El pensamiento onírico reza entonces: *Era para él un doliente recuerdo el haber tenido que desearle la muerte a su padre (como liberación) cuando aún vivía, y cuán espantoso habría sido que el padre lo sospechase.* Se trata, pues, del conocido caso de los autorreproches que siguen a la muerte de un deudo querido, y aquí ese reproche se remonta hasta el significado infantil del deseo de muerte contra el padre. (74)

Freud clásico, interpreta en términos de rivalidad edípica. Es una interpretación que nos deja en la dimensión imaginaria; no es lo esencial.

¿Qué es lo que nos dice Lacan?

Un sueño contado por Freud en su artículo “Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico” nos libera, ligado a lo patético en lo cual se sostiene la figura de un padre difunto de ser aquella de un espectro, la frase: “Él no sabía que estaba muerto” [*Il ne savait pas qu'il était mort*].

La cual nosotros ya hemos tomado como pretexto para ilustrar la relación del sujeto con el significante, por una enunciación cuyo ser tiembla por la vacilación que le retorna de su propio enunciado.

Si la figura no subsiste más que por esto que no se le diga la verdad que ignora, ¿qué será, pues, del *Je* [en francés el *Je* no es lo mismo que el *Moi*, el *Je* es el pronombre que representa al sujeto] del cual esta subsistencia depende? (75)

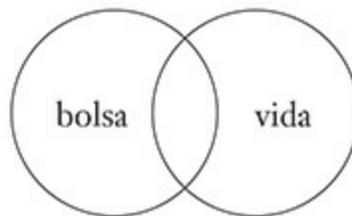
Si yo soy sujeto en cuanto sujeto del significante, cuando sueño soy sujeto del sueño. Si el sueño desaparece, desaparezco como sujeto del significante. El sueño subsiste mientras el espectro, que tendría que estar muerto y por lo tanto no aparecer, no se entere de que está muerto; si se entera desaparece el sueño y, si desaparece el sueño, yo desaparezco como soñante. Está planteando una cuestión de lógica.

Dice así: “Él no sabía... Un poco más y sabía, ¡ah! ¡Que jamás esto suceda! Antes que él lo sepa, que Yo [*Je*] muera. Sí, así es como Yo [*je*] advengo ahí, ahí donde eso era: ¿quién, pues, sabía que yo estaba muerto?”. Porque hay otro problema: si el que no sabía que estaba muerto era yo, ¿cómo un muerto puede saber algo? “Ser de no siendo, es así como adviene el *Je* como sujeto que se conjuga con la doble aporía de una subsistencia verdadera que queda abolida por su saber y de un discurso donde es la muerte la que sostiene la existencia.” (76) ¿Qué quiere decir? “Mi padre estaba muerto pero no lo sabía.” ¿De qué se trata, entonces? Porque, si él lo sabe, se acaba el sueño y yo dejo de ser sujeto del significante. Si yo estoy muerto, entonces, el que no sabía que estaba muerto era yo, un muerto no puede saber. ¿Cómo se resuelve eso?

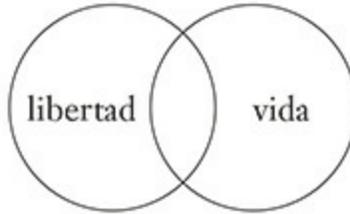
Hagamos otra vez un pliegue. Hicimos antes el esquema con que Lacan nos presenta la pulsación del Inconsciente, del sujeto y el Otro, donde la resolución se producía en la lúnula, que no es ni todo el Otro ni todo el sujeto. Castración del Otro y el sujeto, que tiene que aceptar que no hay autodidacta, que aun el trazo que lo represente lo hará con los trazos que llegan del Otro. “Del padre se puede prescindir.” Sí, pero la frase completa es “Del padre se puede prescindir a condición de servirse de él”.

Se trata, entonces, de un *vel*. “*Vel*” quiere decir en latín “o”, función de disyunción, que Lacan, como de costumbre, trabaja a su manera, como “ni ni”: ni el Otro como absoluto ni el sujeto como autodidacta, prescindiendo del Otro. Hay un síntoma del sujeto, cuando, por pánico a quedar encerrado, alienado en el Otro, no puede leer un libro, porque implica un tiempo en el que se sumerge en lo que el Otro le propone. El pánico a quedar encerrado, a no salir, lo inhibe, le impide leerlo.

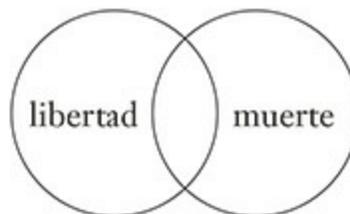
Surgen tres opciones para resolver este “ni” que Lacan nos propone: una sería la bolsa o la vida, tema de actualidad en Argentina. Si un “motochorro” en la calle les dice: “La bolsa o la vida”, ¿qué pasa si eligen la bolsa?, pierden la bolsa y la vida. Porque supongamos que son avaros crónicos, son capaces de preferir morir a perder la bolsa. Entonces pierden las dos. Si eligen la vida, ¿qué dice Lacan? No seamos hipócritas, una vida sin bolsa se pasa mal, por lo menos en el mundo capitalista. Ni, ni.



Veamos otra solución. Estamos en los tiempos de los romanos. Invaden los países vecinos: la famosa *pax romana*; tenemos la libertad o la vida. Vienen los romanos y les hacen elegir. Si eligen la libertad, ¿qué pierden? La libertad y la vida: los matan. Si aceptan perder la libertad y eligen la vida, ¿en qué se convierten? En esclavos. Tampoco es algo que entusiasme.



¿Cuál es la solución? La solución –dice Lacan– es la consigna del revolucionario: libertad o muerte. Si eligen la libertad, los matan. Pero si ustedes eligen la muerte... ¿Qué dice el revolucionario? “Patria o muerte.” Si eligen la muerte ganan las dos, porque es una elección; es la libertad y obtienen lo que buscaban.



Ahora bien, se trata de la muerte simbólica, sustracción al campo del Otro. ¿Se entiende la genialidad de Freud cuando dijo que en el Inconsciente la propia muerte está representada por la castración? A este señor hay que leerlo con atención. Si hay una frase que no se entiende no hay que desecharla, hay que tener paciencia y hacer como hizo Lacan; está diciendo algo. No lo puede decir mejor porque es su tiempo, es su horizonte.

Entonces voy a seguir con nuestro amigo Mario Bunge.

Lacan nos dice que, cuando el nombre propio es pronunciado, su enunciado se iguala a su significación. ¿Qué quiere decir esa frase? Lacan ahí sigue a Jakobson. Cuando Jakobson trabaja sobre el *shifter* y el verbo ruso, (77) establece distintas relaciones código-mensaje. Las relaciones del código que solo se explicitan en el mensaje es lo que se llama *shifter*. ¿Qué es “Yo”? “Yo” es el modo en que se nombra en el enunciado el sujeto que hace uso de la palabra. Es un elemento del código –porque existe en el código el pronombre personal de primera persona– pero que solo se define en acto en el mensaje. En cambio, el nombre propio es un encabalgamiento circular código-código. Si alguien dice “Ricardo”, “Ricardo” no expresa ninguna ricardidad, solo remite en el código a su diferencia con Juan o con Pedro. Eso quiere decir la frase “su enunciado se iguala a su significación”. ¿Qué significa “Ricardo”? Ricardo.

A Lacan le sirve para plantear ese significante impronunciado, ese  $S_1$  que representa al sujeto. Propone unas fórmulas, que quiero explicitar con ustedes, y cuál es el valor que tienen. Lacan dice que el signo para nosotros, a diferencia de Saussure, implica el significante arriba y debajo el significado, este último con minúscula para marcar que la primacía es del significante y el significado es un efecto de la relación de un significante

con otro. Pero en este caso –dice– la significación, que es la relación entre uno y otro, se iguala al significado. ¿Qué significa “Ricardo”? Ricardo. Si escribo las fórmulas, este significante S ya lo habíamos visto antes, es igual a un (-1): era Juancito, que se sustraía de la serie. Entonces tenemos:

$$\frac{S}{s} = s \quad S = s^2 \quad \text{si } S = (-1)$$

$$s^2 = (-1)$$

$$\therefore \sqrt{-1} = s$$

Mario Bunge nos dice: “Es una tontería. ¿Qué calcula con eso?”. No es una cifra para hacer un cálculo y decir que el sujeto es  $2 + 3$ . Estamos siguiendo los trazos de maestros como Frege, Bertrand Russell, estamos articulando una lógica. Porque  $\sqrt{-1}$  no existe en los reales. Es un número imaginario, porque no hay ningún número negativo que multiplicado por sí mismo dé un número negativo. Pero los matemáticos no dicen que no existe, dicen que no existe en los reales pero existe en los imaginarios. Es una manera lógica de escribir lo impronunciable.

Si este sueño, como formación del Inconsciente, está diciendo que para que el sujeto subsista más allá de la muerte de su padre tiene que aceptar lo impronunciable de su propia muerte, voy a proponer una enorme herejía (a esta altura de la vida me autorizo).

Freud clásico: ¿qué es un sueño? Dejo a un lado, por ahora, la pesadilla y el sueño de angustia. Freud clásico: un sueño es la realización de deseos infantiles, inconscientes, reprimidos, incestuosos. En la medida en que funciona el Inconsciente como lógica de incompletud (y una formación del Inconsciente quiere decir que el Inconsciente forma ese sueño, ese lapsus o ese chiste), propongo otra definición que me parece esencial que el analista tenga en cuenta en la dirección de la cura. Con la formulación de Freud la interpretación se dirigiría al sujeto marcándole dónde está su falta, en el sentido de transgresión de la Ley, donde no le funciona adecuadamente la estructura. En cambio, si tomamos este sueño: “Mi padre estaba muerto y no lo sabía”, advertimos cómo el sujeto adviene al saber de su propia muerte de un modo que es indecible como tal, salvo bajo el modo como el sueño lo plantea, digo que (y esta es mi propuesta) *el sueño es el mensaje cifrado de la realización del sujeto que abre al deseo*. Si puedo aceptar, ante la muerte de mi padre –yo, que estoy hecho de la misma estofa– que me aguarda igual destino, advierto que hasta el tiempo en que me llegue el final tengo derecho a transitar mi vida según mi deseo. Para eso tengo que aceptar que la muerte de mi padre avisa de mi propia muerte; no es un mal mensaje.

Nos queda la cuestión que hace al goce, punto esencial de nuestro seminario. Pero prefiero parar acá así conversamos.

Para entusiasmarlos, leo una cita que está en la página 819:

¿Qué soy Yo? [*Que suis-Je?*]. Yo estoy en el lugar desde donde se vocifera que “el universo es una falta en la pureza del No-Ser” [es una frase de Paul Valéry].

Y eso no sin razón pues, de conservarse, este lugar hace languidecer al Ser mismo. Se llama “goce”, y es aquello cuya falta haría vano el universo.

Hay una razón para persistir en la existencia, que se llama “goce”. La cuestión es cómo situarse ante él.

*Participante 1:* Me quedé con la última frase, la que dabas con relación al deseo. Esa cifra, el mensaje cifrado, ¿es del orden de lo Simbólico o de lo Real? Me parece que dice algo más que la cifra freudiana, por decirlo de alguna manera. Me parece que lo que estás planteando (no sé si es así) es algo de una cifra que apunta a lo Real.

*Isidoro Vegh:* Esa cifra, te lo diré así, es del orden de lo Simbólico pero apunta a un Real, porque en el ser humano se trata de lo Simbólico articulado con el goce. En *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, cuando Lacan dice qué es la transferencia, eje de la dirección de la cura, dice que es la puesta en acto de la realidad sexual del Inconsciente. En ese tiempo Lacan habla así, de realidad sexual. Pero ¿qué es la realidad sexual si no es el goce? En este mismo grafo ustedes pueden ver que la referencia al goce está puesta en varios lados: en el lugar donde escribe la pulsión; en el lugar donde escribe el Superyó, que para Lacan se define con la fórmula “goza-goza”; está en el lugar del objeto *a*. La oposición extrema entre Simbólico y Real desconoce que hasta la última escritura de Lacan, que es el nudo borromeo, se trata de un enlace de lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real. Esa –dice Lacan– es la estructura, un anudamiento. Ahora bien, alguien podría decirme: “¿Pensás que así es la estructura?”. Ciertamente que no. Esto que estamos transitando ahora es lo que Lacan elabora hasta el tiempo en que produce este texto y algunos años más, pero luego va a haber un cambio importante. La diferencia es que este cambio, que otros analistas a los cuales cuestiono también registran, no invalida lo anterior. Lo digo así: hay síntomas que son productos de una regresión por la cual el neurótico rebaja su deseo a la demanda del Otro, que el analista es invitado a interpretar y que, si se juega en transferencia adecuada, puede resolver ese síntoma, esa inhibición, esa angustia. A partir del año 1975, Lacan advierte que hay algo que no responde a la interpretación simbólica. Ahí es cuando introduce dos conceptos que van juntos: el de *père-version* y el de *Sinthome*. Que implica que habrá ciertos síntomas causados por algo que nunca pasó por la lógica de incompletud y que nos va a reclamar otro tipo de intervenciones. El error es, otra vez, hacer una disyunción exclusiva, y la hacen incluso cuando oponen el Inconsciente como lógica de incompletud, con su retórica de metáfora y metonimia, a la *langue*. Así oímos a psicoanalistas capaces e inteligentes hablar de *langue* y de afectos extraños, afectos que no tienen ninguna causalidad en la metáfora, en la metonimia. Yo les diría: “Si dejás que tus pacientes hablen un poquito más de cinco minutos, tal vez te vas a encontrar con que esos afectos extraños no son tan extraños. Son extraños en la medida en que no permitís que

desplieguen las razones que los producen como tales”. Por eso, si ustedes vuelven a leer la invitación con la cual iniciamos este seminario, en el último párrafo (y lo incluí ex profeso) cité una frase de “L’etourdit”, donde Lacan dice que el Inconsciente está estructurado como un lenguaje y se manifiesta en *lalangue*, no opone una cosa a la otra. Lo que pasa es que *lalangue* incluye también algo que no pasó por el Inconsciente como lógica de incompletud.

*Participante 2:* Según lo que pude seguirte, hay un (-1) que es por tres. A ver si puedo explicar lo que no entendí. El (-1) que era imaginario –y Lacan lo transforma en otra cosa cuando introduce la lógica– se transforma en un (-1) simbólico, pero cuando el sujeto que sueña se resta a sí mismo, también porque advierte que hay una castración, hay un (-1) real. Se me ocurrió que hay tres (-1) desde este aspecto lacaniano; te pregunto.

*Isidoro Vegh:* Así como Lacan nos dice “me desvivo por decirles lo mismo de otro modo”, hay muchos modos de abordar la estructura. Porque no hay ninguno que la agote. Lo Simbólico nunca termina de cubrir lo Real. En principio digamos que ese (-1) que estuvimos planteando con las fórmulas de Frege alude a una dimensión simbólica. Pero también podemos pensarlo en la dimensión imaginaria. Y vamos a ver que hay una frase de Lacan en este seminario donde él dice que el  $\bar{\Phi}$  tiene que oscilar, en el fantasma, del lugar del sujeto al lugar del objeto, del lugar simbólico al lugar imaginario. Si miramos el nudo borromeo, Lacan pone el objeto *a* bordeado por los tres registros; se gesta como producto, con una cubierta imaginaria; tiene un valor real en cuanto implica goce y también alude al vacío, al agujero propio de lo Simbólico.

Yo no invalidaría a nadie que se animase a pensar con otras palabras esto que estamos planteando. Lo que sí podemos cada vez es preguntarnos, poner a prueba, si el modo en que estamos ensayando se sostiene o no.

*Participante 3:* Quiero pedirte si por favor podés decir algo más respecto de esto que dice Freud acerca de que en el Inconsciente la muerte está representada por la castración.

*Isidoro Vegh:* Hay tres afirmaciones que Freud hizo, con su habitual genialidad, pero no dio la razón lógica de ninguna. El mérito de eso podemos encontrarlo en Lacan. Freud dijo: en el Inconsciente no hay representación ni de la propia muerte ni de la vagina, ni hay “no”. Melanie Klein, que sin duda fue una psicoanalista genial, en la medida en que Freud no explicitó la lógica, dijo que en el Inconsciente hay representación de la propia muerte, hasta tal punto que la verdadera angustia es la angustia de muerte; si la mamá no acude, el bebé tiene el fantasma de que se muere por la ausencia del pecho. Redujo en última instancia la angustia a algo ligado a la necesidad. Por otro lado, tiene un texto clásico sobre las sensaciones vaginales precoces en la niña, cuyo argumento es que se puede ver que la chiquita a veces se toca la zona genital desde edad muy precoz. Jones

argumentó plegándose a la posición de Melanie Klein, cuando afirmó que la etapa fálica en la nena es deuterofálica, es posterior a la decepción de sus sensaciones vaginales naturales, que no fueron satisfechas con la llegada del pene del padre; por eso hace una regresión a una posición fálica. Freud se enoja con eso; en el año 1935 manda una carta que dice: “Mis propios alumnos están naturalizando lo que yo hice tanto esfuerzo para desnaturalizar”. Y lo mismo con el “no”. Por ejemplo, cuando el Hombre de las Ratas dice “No correré esa piedra”, con relación al hecho de que el padre o la amada se podían tropezar con ella, ese “no” –dice Freud– viene del Inconsciente. ¿Qué es lo que no entiende Melanie Klein porque Freud no lo explicitó? Es lo que trabajó muy bien, por ejemplo, un filósofo francés, Henri Bergson. Lo digo así: la palabra “nada” ya no es nada, es algo. No tengo manera de abordar la nada sino por algo que la bordee, que ya no es la nada. Yo puedo soñar (es un sueño típico) que estoy muerto en el féretro, mi mamá llora desconsolada y yo disfruto vengándome de ella porque no me dio el juguete que quería: que sufra. Pero todo eso no es la muerte, es la renegación de la muerte, porque la muerte es la ausencia absoluta. Lo mismo cuando Freud dice que no hay representación de la vagina entendida como agujero. ¿Qué necesitamos para que podamos reconocer un agujero? El borde. Y, cuando dice que no hay “no” en el Inconsciente, es lo que Freud le interpretó a la Bella Carnicera. No hay salmón, están cerrados todos los negocios porque es domingo, el teléfono no funciona. ¿Freud qué le dice? Es la representación de un deseo insatisfecho. Lo que no hay en el Inconsciente es no deseo. Cuando decimos que en el Inconsciente no hay representación de la muerte sino la castración, podría hacer la analogía de este modo. Supongamos que soy maestra y les digo a los chiquitos: “El número 3 son estos tres lápices”. Pero, si les digo que les voy a enseñar el (-3), ¿cómo hago para mostrarles el (-3)? Esta es una cuestión trabajada por Kant. Puedo enseñarles el (-3) si antes pongo 6. Si pongo 6, puedo mostrarles qué es (-3). Nunca la ausencia absoluta. Solo por el retiro con relación al conjunto puedo presentificar la muerte.

[71.](#) Lacan, Jacques: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, ob. cit., p. 794.

[72.](#) Íd.

[73.](#) Íd.

[74.](#) Freud, Sigmund (1911): “Formulaciones sobre los dos principios del acontecer psíquico” [“Formulierungen über die zwei Prinzipien des psychischen Geschehens”], en *Obras completas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1980, t. XII, p. 230 (las itálicas son del original).

[75.](#) Lacan, Jacques: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, ob. cit., pp. 801-802.

[76.](#) *Ibíd.*, p. 802.

[77.](#) Jakobson, Roman: *Essais de linguistique générale*, París, Editions de Minuit, 1968, capítulo IX, p. 176.



## Capítulo 6

# Pliegues: anticipaciones y retroacciones en la obra de Lacan

Estamos recorriendo con cierto detenimiento este texto tan importante de Lacan que es “Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano”. Vamos a acentuar lo que concierne a las referencias al goce, porque una lectura tendenciosa cree que se trata de un Lacan centrado en lo Simbólico y que desconoce lo Real. Entendámonos: en el psicoanálisis se trata esencialmente de lo real del goce. Vamos a hablar del goce.

Voy a retomar en la frase con la que concluimos la vez anterior, que está en los *Écrits*:

*Que suis-Je?*

*Je suis à la place d'où se vocifère que “l'univers est un défaut dans la pureté du Non-Être”.*

*Et ceci non pas sans raison, car à se garder, cette place fait languir l'Être lui-même. Elle s'appelle la Jouissance, et c'est elle dont le défaut rendrait vain l'univers. (78)*

Traduzco:

¿Qué soy Yo?

Yo estoy en el lugar desde donde se vocifera que “el universo es una falta en la pureza del No-Ser” [eso dijo el poeta Paul Valéry].

Y eso no sin razón pues, de conservarse, este lugar hace languidecer al Ser mismo. Se llama “gocé”, y es aquello cuya falta haría vano el universo.

Para Lacan el ideal no es la pureza del No-Ser, sino que propone algo que diferencia al psicoanálisis de cualquier ascetismo, sea budista, sea cristiano. Un fin de análisis no es el reino de la restricción del goce, es más bien una redistribución del goce y, aún mejor, de los goces.

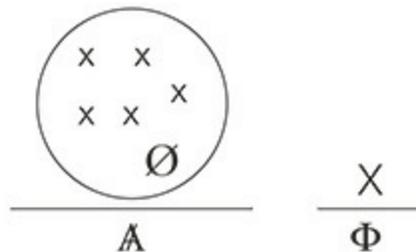
Voy a leerles algunas citas de casi el final de este texto:

En el neurótico, el  $^{-\Phi}$  se desliza bajo la  $\$$  del fantasma, favoreciendo la imaginación que le es propia, aquella del Yo. Pues la castración imaginaria, el neurótico la ha sufrido en el comienzo, y es lo que sostiene ese Yo fuerte, que es el suyo, tan fuerte, se puede decir, que su nombre propio lo importuna, que el neurótico es en el fondo un Sin-Nombre.

Sí, este Yo que algunos analistas eligen reforzar todavía más, es aquello bajo lo cual el neurótico cubre la castración que él niega. (79)

¿Qué nos está diciendo Lacan con esta frase ejemplo de su estilo? A veces les pregunto a mis alumnos si alguna vez lo han puteado. “Sí”, me dicen todos. Eso habla bien de ustedes, porque lo peor sería leerlo con indiferencia, cuando uno se quedó afuera. Dice cosas importantes pero las dice de tal modo que decepciona. Lo que estamos haciendo es ayudarnos a penetrar la maraña gongorina de su exposición.

Se trata del  $-\Phi$ . Un  $-\Phi$  con el cual es bastante común que en el ambiente lacaniano se haga *omelette*.  $-\Phi$  quiere decir castración imaginaria, pero tengamos presente que esta castración imaginaria tiene dos valores distintos. Si ustedes recuerdan, cuando vimos la significación del falo, si esto que escribí acá  $\mathbb{A}$



es el Inconsciente estructurado como un conjunto de elementos discretos y en el que, por lo tanto, es preciso escribir el subconjunto vacío, una forma lógica de escribir la castración (Lacan escribe Inconsciente así,  $\mathbb{A}$ , en el seminario *L'angoisse*), el subconjunto vacío indica que un elemento que correspondería al conjunto le es exterior.

$\Phi$  es el falo. Falo simbólico, el que le hace presente al conjunto su falta. Por eso dice Lacan: imposible de negativizar. Si negativizo lo que marca la falta, pierdo la falta. Por eso cuando Lacan escribe la castración con la cual el analista debe operar, va a escribir  $-\Phi$ . Pero no como tapón, pues uno de los valores del  $-\Phi$  es la castración imaginaria propia del neurótico. No hablamos de esa castración imaginaria o la de la Bella Carnicera, que quiere dar una cena y sueña que es domingo, está todo cerrado y el teléfono no anda. Esa es la castración imaginaria para no encontrarse con la verdadera castración, que es la castración del Otro. Pero hay otro valor de la castración imaginaria, cuando representa la castración simbólica, la falta imaginaria que escribe la falta en el Otro. En este caso Lacan nos dice que el neurótico pasó por la castración pero no la soporta. ¿Cómo la obtura? Con su Yo fuerte. Dime de lo que alardeas y te diré de lo que careces. Es un Sin-Nombre porque su nombre queda opacado por aquello con lo cual hace ostentación. Puede decir “Yo soy rico”; ostenta, como si su ser tuviera otro valor por el dinero que posee. Y puede ostentar de múltiples modos. Pero paga un precio.

Lacan está aquí cuestionando la Ego Psychology, la Psicología del Yo, que cree que

conducir un análisis es reforzar el Yo, cuando el neurótico más bien sufre por ese Yo fuerte. Por eso dice: “Sí, este Yo que algunos analistas eligen reforzar todavía más es aquello bajo lo cual el neurótico cubre la castración que él niega”.

Seguimos con otra frase, que dice: “Lo que el neurótico no quiere, lo que rehúsa con encarnizamiento hasta el fin del análisis, es sacrificar su castración al goce del Otro, dejándolo servir. [...] Pues él se figura que el Otro demanda su castración”. (80)

Con Lacan tenemos este problema y es que uno tiene que sacar por el contexto si está hablando de la castración imaginaria o de la castración simbólica. Si dice “el goce del Otro”, ya dijo que goce del Otro no hay porque no hay Otro con mayúscula. Hay que hacer trabajar por el contexto las sentencias que dice con ese modo apodíctico para ver de qué se trata. Acá está diciendo que el neurótico se empeña en sostener su defensa ante la castración porque cree que el Otro lo quiere castrar en un sentido imaginario. Eso se juega en transferencia, también se jugará en la vida. Por ejemplo, en las dificultades para amar y ser amado, cuando cualquier demanda que llegue del Otro puede ser vivida como “¿Qué me quiere sacar? ¿Qué quiere de mí?”.

Sigue:

Lo que la experiencia analítica testimonia es que la castración es en todo caso lo que regula el deseo, en el normal y el anormal. [Aquí es evidente que está hablando de la castración simbólica. Pasa de una a otra sin aclarar.]

A condición de que oscile o alterne del  $S$  al  $a$  en el fantasma, la castración hace del fantasma esta cadena flexible e inextensible a la vez por la cual el detenimiento del investimento objetal, que no puede sobrepasar ciertos límites naturales, toma la función trascendental de asegurar el goce del Otro que me pasa esta cadena en la Ley. (81)

Uno termina de leer esta frase y queda agotado. Está diciendo algo que para nosotros es esencial, tiene que ver con nuestra experiencia como analistas. No es Lacan haciendo una teoría por el gusto de demostrar que puede construir algo complicado u original. Como dijo tantas veces, nunca quiso ser original, lo que quiso es construir una lógica. Y está diciendo que esto,  $S \diamond a$  –que no es más que la fórmula del fantasma, como sabemos–, precisa que en la dirección de la cura el  $^{-\Phi}$  pase de un lado al otro, que se juegue de ambos lados, que el sujeto no obture con un Yo fuerte, que el objeto no tapone con un goce parasitario.

¿Cómo podríamos decir esto de un modo mejor? También dice en esta frase que se trata de poner un límite para hacer del límite natural algo que vale como función trascendental. Dicho de otro modo, la prohibición del incesto viene a poner un límite al goce que, si no, también surgiría –con otras consecuencias clínicas– por el hecho de que nuestro cuerpo, para sostenerse en la vida, tiene que ponerle un límite al goce que llevaría a la muerte. Ese límite que naturalmente tiene el goce se llama “placer”. Podemos decir que el goce comienza donde el placer termina. Pero se trata, justamente, de que ese límite del goce se asegure en otro orden que no sea el natural. Y concluye su escrito: “La castración quiere decir que es necesario que el goce sea rehusado, para que

pueda ser alcanzado sobre la escala invertida de la ley del deseo”. (82) No se molesta en decir que hay un goce que hay que rehusar, que son otros goces los que serán alcanzados. No le pidamos eso, él no va a hacer nunca ese esfuerzo didáctico, que además rechaza. Alardeó: “Mi gran mérito es que nunca digo todo”. Eso lo podemos comprobar con la confirmación que ustedes me hicieron de que a veces tienen sentimientos, ante su estilo, que no son de los más gratos.

El psicoanálisis no es una pura articulación simbólica, tampoco en este tiempo de la enseñanza de Lacan. Culmina hablando del goce y de su relación con el deseo. Elegir entre el deseo y el goce es un absurdo. Lamentablemente nos encontramos con eso, en el tiempo que nos concierne.

¿Cómo podemos explicitar de otro modo esto que acabamos de subrayar? Les dije muchas veces que en el colegio primario nos engañaron, nos dijeron que cuando terminábamos primer grado ya sabíamos leer. En realidad uno nunca termina de aprender a leer: cuando se trata de un autor que dice, cada texto nos pide una estrategia de lectura. Con Lacan se hace inexorable la estrategia del pliegue. Precisamos de otros textos suyos para entender frases que, como enigmas, invitan a decir cualquier cosa.

Les voy a ofrecer un esquema del seminario “El acto analítico”, un esquema que comienza a desarrollar en el año anterior en el seminario “La lógica del fantasma”. Creo que nos va a aclarar aún más este último enunciado con el que culmina “Subversión del sujeto...”. Piensen que, como Lacan dijo, esto que voy a escribir es testimonio de su práctica. Es una formalización que hace un analista. Es equivalente a lo que hacía Freud todas las noches hasta las cuatro de la mañana, cuando se quedaba escribiendo y teorizando. Cuando alguien le preguntó cómo hacía, pues trabajaba todo el día y escribía a la noche, contestó: “Si no lo hiciera, mañana no podría volver a recibir a mis pacientes”. Lacan hizo lo mismo. No podemos negar que este hombre se exigió hasta los 81 años dar testimonio de su práctica. Es meritorio.

En la clase del 10 de enero del año 1968, diez años después de “Subversión del sujeto...”, Lacan dice:

Ustedes lo ven, ustedes lo tocan con el dedo, hay dos “*wo Es war*” [se refiere a la frase freudiana “*wo Es war soll Ich werden*”; “*wo Es war*”, “donde ello estaba”; los de la Ego Psychology tradujeron “*soll Ich werden*”, “que el Yo sea”; Lacan tradujo “que el sujeto advenga”], “Allí donde eso estaba”, que corresponden por otra parte a la distancia que escinde, en la teoría, el inconsciente del Ello. (83)

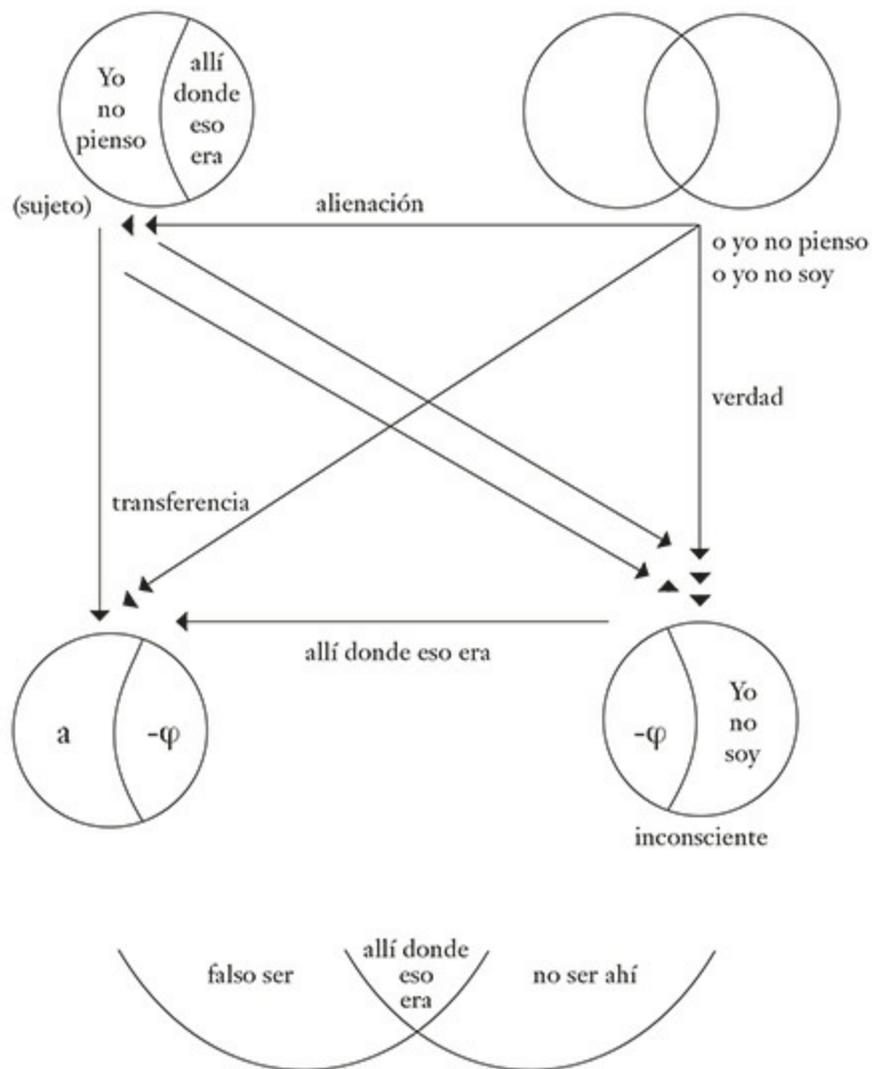
He aquí una tesis esencial. Ya estaba puesta en acto en los grafos. Si recordamos que Lacan coloca en un lugar un matema que es el del sujeto acéfalo de la pulsión, “ $S \diamond D$ ”, y en otro lugar la fórmula de la lógica del Inconsciente como lógica de incompletud, “ $S(\mathbb{A})$ ”, escribe las dos fórmulas y explicita: “ $S \diamond D$ ” quiere decir “sujeto acéfalo con relación a la demanda pulsional inconsciente que llega desde el Otro”, no es la demanda de amor. Y del otro lado pone la “S” y la “ $\mathbb{A}$ ” entre paréntesis, significante del gran Otro barrado, que en *Encore* explicita que es la manera de escribir “agujero”. Y hasta el

último seminario sigue insistiendo en que lo que caracteriza a lo Simbólico es *le trou*, el agujero.

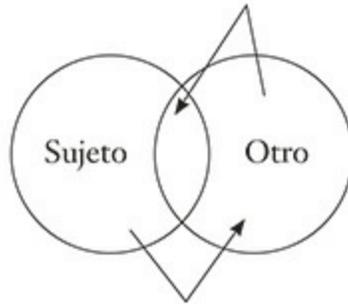
Ya estaba puesta en acto la diferencia entre pulsión e inconsciente, pero acá, en el esquema que sigue, la dice y la escribe. La sorpresa con que sus alumnos la recibieron demuestra que no es tan fácil, ni aun para Lacan, lograr un efecto de transmisión: que el Inconsciente no es el Ello. Sorprende; Freud dice, en cambio, “la pulsión inconsciente”, “el Inconsciente pulsional”. Alguien podría preguntarme si creo que el Ello no es inconsciente. Sí, es tópicamente inconsciente, igual que el Superyó, y acá viene la cuestión.

Lacan afirmó: el campo es freudiano, el Inconsciente es lacaniano. ¿No les parece que hay algo raro en esa frase? Si hay algo que le podemos atribuir sin ninguna discusión a Freud es el descubrimiento del Inconsciente. ¿Cómo puede sostener una frase así? Pues bien, tenemos que hacer pliegue otra vez, y a lo largo de toda su obra. Cuando Lacan trabaja la teoría de los conjuntos, cuando trabaja la lingüística de Saussure y enhebra su primer gran aforismo, “el Inconsciente está estructurado como un lenguaje”, para mi lectura la palabra clave (mis alumnos ya lo saben) es la palabra “como”, quiere decir como un conjunto de elementos discretos. Y allí no hay duda, Lacan sigue a Freud. Freud es el que dice (y lo retoma en “El problema económico del masoquismo”, en el año 1924): “Señores, en el Inconsciente, en la Metapsicología, no hay afectos, solo hay *Vorstellungsrepräsentanz*”, en nuestra terminología “solo hay significantes”. Y esos significantes responden a la lógica de conjunto. En cualquier libro que lean de teoría de los conjuntos, van a encontrar en la primera o la segunda página algo que Lacan repite como cantinela: “No hay conjunto universal”. No hay conjunto que tenga todos los elementos de los cuales dice ser el conjunto. Lacan trabajó arduamente la lógica de incompletud del Inconsciente, partiendo de una base que discute con discípulos suyos muy importantes, como eran Laplanche y Leclair, cuando les dice que no pueden fundamentar desde lo desconocido lo conocido. Ellos decían que porque hay Inconsciente hay lenguaje. Lacan dice que la ciencia no avanza así; se va de lo conocido a lo desconocido: porque hay lenguaje hay Inconsciente. Su primer gran aforismo es ese, “el Inconsciente está estructurado como un lenguaje”, y está hablando del Inconsciente como lógica de incompletud. Lo lleva a insistir en eso a lo largo de toda su vida. Lo retoma con la fundamentación lógica de la aritmética de Frege, con las paradojas lógicas de Bertrand Russell y, en varios seminarios, con el teorema de Gödel, del cual hablamos. Cuando dice que el Inconsciente es lacaniano, podemos completarlo: el campo es freudiano porque Freud fue el que descubrió el Inconsciente y a partir de ahí se articula lo demás, pero el Inconsciente como lógica de incompletud, el que lo explicitó fue Lacan.

Entonces vamos a ver cómo Lacan desarrolla esto que veníamos diciendo de hacer oscilar el  $^{-\Phi}$  del sujeto al lugar del objeto y del lugar del objeto al lugar del sujeto, tal como lo escribe en el seminario “El acto analítico”.



Vamos a partir de alguien que está con la estructura constituida. Parto de la base de que la mayoría de ustedes lo conoce; son los círculos de Euler, donde en un lugar ponemos “sujeto” y en el otro ponemos “Otro”, tal como está en los capítulos en que Lacan despliega la pulsación del Inconsciente en *El seminario, libro 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*.



Sabemos que se puede leer como algo que se da en el tiempo primero, instituyente, o se puede leer como algo que continuamente opera en la estructura de cualquiera de nosotros.

A partir de ahí, vamos a comenzar, como sucede en un análisis: un tiempo de alienación. Cuando nosotros les proponemos a nuestros analizantes que digan lo que quieran (sabemos que “lo que quieran” es ilusorio: ¿quién puede controlar sus palabras?), los invitamos a que, al cabo de poco tiempo, se pierdan en medio de su decir. Su Yo consciente no puede dar cuenta del orden de sus razones. Entonces vamos a poner “*je ne pense pas*”, “yo no pienso”. Si yo no pienso, ¿quién piensa? Piensa Ello. ¿Por qué Freud lo llamó “Ello”? Porque no es Yo. El sujeto, en la medida en que se aviene a la lógica del dispositivo analítico, tiende a alienar en el Otro (ahí viene lo que llamamos “el sujeto supuesto saber”) un saber que se le escapa. Hace entonces la experiencia del “yo no pienso”: “No sé por qué soñé esto”, “No sé por qué dije esto y ahora digo esto otro”. “Yo no pienso.” Lacan pone acá “allí donde ello era”: “allí donde ello era yo no pienso”.

Hace esta flecha y dice que es la flecha de la transferencia. Se ve mejor la proximidad entre esta escritura y la práctica de un analista. ¿Y qué nos dice? Que por efecto de la transferencia se va a producir la operación verdad. ¿En qué va a consistir? En que el sujeto va a pasar del “yo no pienso” al “*je ne suis pas*”, “yo no soy”. Y pone el “ $-\Phi$ ”. ¿Qué quiere decir que va a pasar al “yo no soy”? Quiere decir que, por efecto de la transferencia y en la medida en que se produce el acto analítico, el sujeto va, por un lado, a deshacerse de la ilusión del Yo fuerte, el que tiene la sartén por el mango, y también, si todo va bien, va a distinguirse, diferenciarse, de la identificación con el objeto de goce parasitario: “Yo no soy ese objeto de goce”. Y eso se va a escribir del otro lado bajo este modo: “a” y “ $-\Phi$ ”.

Ahí tenemos explicitados el “yo no soy”, “ $-\Phi$ ” que afecta al sujeto, y el “ $-\Phi$ ” que afecta al objeto. Abajo pone, para remarcarlo, “donde eso era”. Del lado del objeto se va a descubrir que era un falso ser, “*faux être*”; y del otro lado, el que concierne al sujeto, “ya no ser ahí”, “*n’y être pas*”. De los dos lados se deshace la apariencia de ser.

A esto lo va a llamar “Inconsciente”. Es el Inconsciente como lógica de incompletud, que permite que el sujeto emerja como sujeto del deseo, al que Lacan describe como *manque-à-être*, “falta-en-ser”.

Tarea del analista, por la transferencia logra la operación verdad, el sujeto culmina su

análisis –escrito de este modo, se puede escribir de muchos otros– diciendo “*je ne pense pas*” y “*je ne suis pas*”. “Ni pienso ni soy”: lo contrario del *cogito* cartesiano.

Vuelvo a la frase final de “Subversión del sujeto...” (tal vez ahora nos diga algo más): “La castración quiere decir que es necesario que el goce sea rehusado, para que pueda ser alcanzado sobre la escala invertida de la ley del deseo”.

Todo esto podemos sostenerlo; entonces, ¿en esto consiste el análisis? Para Lacan se trataba de esto hasta cierto momento, como para Freud hasta antes de *Más allá del principio de placer*. Suelo decir que, especialmente en el seminario *Le sinthome*, pero empieza un poquito antes, Lacan descubre lo mismo que descubrió Freud cuando escribió *Más allá del principio de placer*. Consecuencia (es mi lectura) de lo que seguramente habrá sido una buena colección de fracasos de sus análisis. Ya lo he mencionado más de una vez: fracasos entre comillas; no quiere decir que Freud o Lacan fueran analistas inexpertos o desatentos, quiere decir que, como en cualquier disciplina científica, las cosas se van descubriendo en la medida en que se van encontrando los obstáculos. Freud descubrió que nunca había podido articular un concepto que a partir de *Más allá del principio de placer* se le impone: el concepto de “pulsión de muerte”, como sostén esencial de la repetición de lo mismo.

Con Lacan sucede algo parecido y a partir de ahí se ve obligado a acentuar otras cuestiones, que hoy se juegan en nuestro tiempo de un modo sintomático. Muchos analistas, discípulos de Lacan, sin duda conocedores de su obra (algunos fueron sus analizantes, otros controlaron con él), en su propia práctica se han encontrado con lo mismo con que tropezó Lacan y por lo cual fue llevado a un nuevo desarrollo. ¿Con qué han tropezado? Con aquello con lo que puede encontrar cualquiera de ustedes en la medida en que conduzca un análisis que dura años, que tiene su dialéctica, que va avanzando, donde el sujeto va redistribuyendo goces, pero hay uno o algunos síntomas que no ceden: los interpretan de un costado y del otro, y no ceden. Creo que el disgusto que les produce ese efecto lleva a esos discípulos de Lacan a algunas conclusiones que son, a mi entender, erróneas. Ese desencuentro con lo Real, con lo real del síntoma, los lleva a plantear, por ejemplo, cosas como que del Edipo se puede prescindir, y toman una frase de Lacan aislada para justificarlo. Devalúan o ignoran la castración. En algún lugar Lacan dice que hay algo más que la castración y entonces desechan la castración. Pero Lacan aclaró que la castración no es ficción, es de lo Real. Desprecian la metáfora paterna, el orden simbólico y la interpretación. Como hay alguna frase de Lacan que se presta a eso, dicen que el Nombre del Padre ya caducó, ya no vale, y la metáfora paterna tampoco. Y de la palabra, que no tiene eficacia. Es una lectura desatenta que además repite (es asombroso) el mismo error del posfreudismo. ¿Qué hizo Lacan cuando planteó el retorno a Freud? Hizo pliegue entre el texto *El Yo y el Ello*, que era el que tomaba la Ego Psychology para hablar del Yo fuerte, y los primeros textos de Freud, esencialmente los que ponen en acto la lógica del Inconsciente: *Die Traumdeutung*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, *El chiste y su relación con lo inconsciente*.

Avancemos despacito: repasemos lo que desarrollé hasta ahora. Trabajamos “La significación del falo”, el teorema de Gödel, subrayé el valor de la fórmula recursiva para

la emergencia del sujeto con el texto de Hofstadter, hemos recorrido cuidadosamente el texto “Subversión del sujeto...”, y ahora vengo a decirles *pero no es eso*. Pero no es eso *solamente*, no estuve haciéndoles perder el tiempo. Esto que recorrimos forma parte de la práctica de un analista: tiempo necesario.

Veamos los párrafos que pueden haber llevado a algunos colegas a una lectura equivocada. Del seminario “Les non-dupes errent” (ahora estamos en el año 1973, 13 de noviembre), Lacan dice: “*Il faut être dupe, c’est-à-dire collé, collé à la structure*”, (84) “Es necesario ser incauto, es decir, estar pegado, pegado a la estructura”. Tenemos colegas que dicen: “Ya no se trata del concepto de ‘estructura’, ahora se trata del concepto de ‘caos’”. Está de moda: hablan del caos, de la lógica de lo continuo. Lacan no renuncia a hablar de estructura y dice, ya en esta etapa: la estructura es el nudo y el nudo es de lo Real. Mi nudo, el nudo borromeo, no es modelo.

En el seminario *Le sinthome* (estamos en el 13 de abril del año 1976 –Lacan murió en 1981: estamos en el final de su enseñanza–), dice:

La hipótesis del Inconsciente (Freud lo subraya) es algo que no puede sostenerse más que suponiendo el Nombre del Padre. Suponer el Nombre del Padre, ciertamente, es Dios. Es en eso en lo que el psicoanálisis, de tener éxito, prueba que del Nombre del Padre se puede prescindir. Se puede prescindir a condición de servirse de él. (85)

Es una frase que nos confunde; parece una madre de psicóticos, como estudiaban en Palo Alto, porque te dice que del Nombre del Padre se puede prescindir (“¡Qué bueno!, ¡a la mierda el Nombre del Padre!”), pero a condición de servirse de él. Mensaje *double bind*. La primera parte dice que la hipótesis del Inconsciente implica el Nombre del Padre y el Nombre del Padre es Dios y somos todos ateos, progresistas y revolucionarios, entonces devalúan el Inconsciente. Hay quienes dicen eso. Lacan tenía una manera de despertar a su público: tiraba petardos. Frases que obligan o bien a que las comas así como están y te indigesten, o bien a que hagas la estrategia del pliegue: ponerlas a trabajar.

Les propongo esta lectura. La hipótesis del Inconsciente supone el Nombre del Padre, ese Nombre del Padre puede caer en una idealización y, en ese caso, se convierte en Dios. ¿Se acuerdan del éxito que tuvo Puig con *¡Grande, pa!?* En la realidad nacional hay una marcha que dice “Qué grande sos”, ustedes saben. El ser humano necesita eso. En general para lo peor. ¿Será por eso que a nosotros no nos quieren ni los políticos de derecha ni los de izquierda? Nos cuesta decir: “¡Qué grande sos!”, no nos sale. Ni siquiera: “¡Qué grande sos, Lacan!”. No nos va. Seamos humildes, empecemos por aceptar que la frase de Lacan es enigmática, que nos invita a una reflexión.

En el seminario “R.S.I.”, el 11 de marzo de 1975, Lacan dice: “*Le non-dupe du nom de nom de nom du père, le non-dupe erre*”. (86) Traduzco: “El no incauto del nombre del nombre del nombre del padre, el no incauto erra”. Es otra frase para que ustedes deslicen una respuesta inconveniente. Por empezar está diciendo que conviene ser incauto del nombre del nombre del nombre del padre. No sabemos qué quiere decir. Pero

conviene averiguarlo, pues quien no lo hace erra. “Erra” tiene doble connotación: el valor de la equivocación y el de la errancia, andar a la deriva, desorientado, aun en el sentido vectorial del nudo. Pasamos de un enigma a otro, intentemos resolver la cuestión.

Dice en la misma clase:

Yo hablé de *los* nombres del padre. Y bien, los nombres del padre es esto: lo Simbólico, lo Imaginario y lo Real en cuanto que a mi sentido, con el peso que yo le he dado hace un rato a la palabra “sentido”, es eso los nombres del padre: los nombres primeros en cuanto nombran alguna cosa. (87)

Cabe hacer una cierta lectura. Si se trata de ser incautos del nombre del nombre del nombre, son tres, y ahora nos dice que son Real, Simbólico e Imaginario, pareciera que de eso se trata, de estos tres: Real, Simbólico e Imaginario. En cuanto nombran algo. Otra vez el enigma: ¿qué nombran?

“R.S.I.”, un mes después, 15 de abril del 1975:

Es necesario lo Simbólico para que aparezca individualizado en el nudo esta alguna cosa que yo no llamo de ningún modo “complejo de Edipo” –no es tan complejo–, yo llamo a eso “Nombre del Padre”, lo que no quiere decir solo el padre como nombre –lo que no quiere decir en el comienzo–, no solamente el padre como nombre, sino el padre como nominante. (88)

Parece que Lacan no tira por la borda la función del padre. La lectura que corta la frase que dice que “del padre se puede prescindir” y que a algunos los lleva a decir que se acabó la metáfora paterna, que un buen fin de análisis implica el orden de la perversión... Lacan dice eso, pero hay que entender qué implica esa perversión. Difícil pensar que Lacan proponga que el fin del análisis sea crear una colección de perversos. Está invocando al padre como nominante.

¿Qué podemos entender de estas frases? Vamos a hacer pliegue.

Les voy a leer el prólogo que Lacan escribió al texto de Frank Wedekind *El despertar de la primavera*. Es una obra de teatro; el autor vivió por los tiempos de Freud. Antes de que Freud escribiera sus *Tres ensayos de teoría sexual*, él ya había escrito esta obra; Freud la conocía. Se cuenta que era un hombre muy liberal, amigo de Bertolt Brecht, quien habló en su velorio; tuvo una vida bohemia. No me voy a extender en la obra, tan solo voy a contar el final. Se trata de tres adolescentes que se encuentran con la sexualidad: la chiquita queda embarazada, pasan avatares, muere; otro amiguito también; y el tercero, Melchor, acongojado por todo lo que ha pasado y por las acusaciones que recibe del entorno familiar y los adultos, sustentadas en la hipocresía respecto de la sexualidad, va al cementerio y ante la tumba se le aparece su amigo Mauricio, que había muerto y que lo invita a acompañarlo, a entrar él también al reino de las tinieblas. Aparece un enmascarado que lo toma del brazo y le da las palabras suficientes para que, en lugar de irse al reino de los espectros, renuncie al suicidio y se reconcilie con la vida. Es un resumen que no les arruina el desarrollo. Para que puedan leerlo sin perder el suspenso.

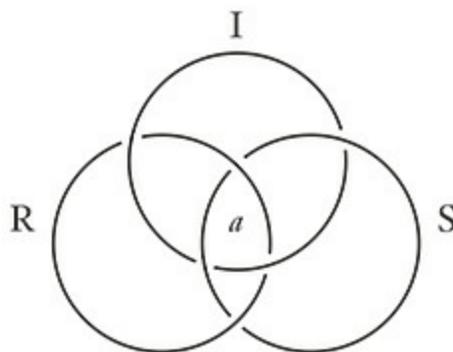
Pero veamos qué escribió Lacan con relación al tema del que estamos hablando.

Por mi parte, leo allí lo que rehusé expresamente a quienes solo se autorizan por hablar entre los muertos [está tratando así a sus colegas de la Internacional Psicoanalítica]: o sea, decirles que entre los nombres-del-padre se halla el del Enmascarado.

Pero el Padre tiene tantos nombres que no hay Uno que le convenga, sino el nombre de nombre de nombre [*nom du nom du nom*]. No hay nombre que sea su nombre-propio, sino el nombre como ex-sistencia.

Es decir, el semblante por excelencia. Y el “Enmascarado” no lo dice nada mal. (89)

Salimos de este esquema de “El acto analítico”, dijimos que responde a un tiempo del análisis, y vamos a la escritura, la última que Lacan utiliza, la escritura nodal. Vamos a hacer el nudo borromeo, la *mis-à-plat*, la puesta en el plano, de lo que son, en realidad, tres cuerdas.



Cuando hablamos de nudo, conviene tener presente que hay tres consistencias del nudo: la que escribimos en el plano, la que se sostiene con cuerdas y la que es nuestra estructura. Cuando Lacan dice que el nudo es de lo Real, se está refiriendo, por un lado, a las leyes lógicas que constituyen el nudo (si no se hace de cierto modo, no hay nudo borromeo), pero, por otro lado y al mismo tiempo, se refiere a la estructura que nos constituye. Es el paradigma lacaniano que hasta ahora no hemos superado. Dice que estamos constituidos por un anillo que es de lo Real, cubriéndolo parcialmente lo Imaginario –con la convención de que la línea que pasa por abajo va cortada y llena la que va por arriba–, y la ley del nudo borromeo que se dice así: por arriba del de arriba y por abajo del de abajo. Y tenemos el nudo borromeo. Sabemos que cumple con dos cláusulas: una restrictiva, por la cual ningún anillo penetra al otro, y otra prescriptiva, que si corto uno, los otros dos también se separan.

Lacan dice que lo que caracteriza a lo Real es la ex-sistencia, en el sentido de lo que está fuera. “Ex”, “fuera”; “sistere”, “lugar”. Si el nombre del padre tiene que ver con la ex-sistencia, el nombre del nombre del nombre quiere decir que lo Imaginario puede funcionar como nombre del padre cuando ex-siste a lo Real y a lo Simbólico, y gracias a él los otros dos se anudan con lo Imaginario mismo de un modo borromeo: que lo Simbólico puede funcionar como nombre del padre cuando ex-siste, está fuera, de los otros dos, y gracias a él se anudan los tres de un modo borromeo; o que lo Real puede funcionar como nombre del padre cuando ex-siste a lo Imaginario y lo Simbólico y

gracias a él los tres se anudan como nudo borromeo. Porque, cuando los tres se anudan, el objeto *a* pierde su consistencia, se deshace el goce parasitario.

Sostengo que es una respuesta a ciertos fracasos de análisis. Hay síntomas que no van a ceder a la intervención simbólica, precisan una intervención en lo Real, precisan una intervención en lo Imaginario y pueden precisar algo más, que Lacan teoriza en el seminario *Le sinthome*. Joyce sufría de una forclusión de hecho del Nombre del Padre. No dijo que fuera psicótico, pero para nosotros “forclusión de hecho del Nombre del Padre” dice algo. Que respondió a eso con su arte (esto lo tomó de Jung, aunque no lo mencione, porque fue Jung quien lo escribió en su texto sobre el *Ulises*), que Joyce consiguió sobrenadar allí donde su hija Lucía se ahogó en la esquizofrenia. Logró sobrenadar gracias a un salvavidas, que fue su escritura, que para Joyce constituyó un Sinthome. Es una grafía antigua de la lengua francesa. Yo la uso, aunque es un galicismo, porque nos sirve para diferenciarla de “síntoma”. Un síntoma uno apunta a que se reduzca; en cambio, el Sinthome es un remedio.

Pregunto: ¿el complejo de Edipo es prescindible? Si al complejo de Edipo se lo piensa como “mamá, papá, nenito”, seguro es prescindible; pero, si no se reduce a esos tres términos, sino que por lo menos implica el cuarto, que es la función fálica, su lógica no es prescindible. ¿Allí se agota la estructura? Ciertamente que no. Muchos de ustedes habrán visto el filme *Relatos salvajes*. ¿Qué nos muestran esas respuestas exorbitantes de los distintos relatos? Que hay algo en el parletre que no responde naturalmente al orden simbólico. La ley social es el testimonio en lo Real del fracaso de la ley simbólica. Si nadie robara, no haría falta un código penal para sancionar al que roba. Si nadie matara, no haría falta una ley para sancionar al que mata. Recuerdo que el texto sagrado, la Biblia, desde el inicio relata un asesinato. Hay algo en los neuróticos que no responde –ni hablemos de otras estructuras– al orden simbólico, y nosotros como analistas estamos también convocados a propiciar que el sujeto le encuentre una respuesta. Que no excluye el tiempo del análisis que implica a la función fálica, y responde a la intervención simbólica de la interpretación.

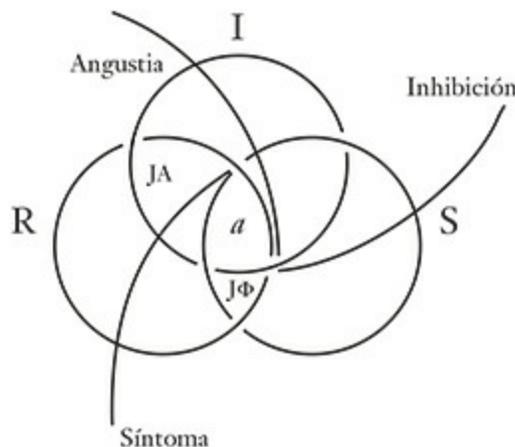
Cuando Lacan dice que Joyce es un desabonado del Inconsciente, ¿qué quiere decir?, ¿que disfrutaba de la transparencia de sus pulsiones?, ¿que alcanzaba la transparencia de sus mandatos superyoicos? De ningún modo. Era un desabonado del Inconsciente como lógica de incompletud en la medida en que había una forclusión de hecho del Nombre del Padre. Prueba de que él no tenía la sartén por el mango, que no albergaba el Yo sano adaptacionista que decía Heinz Hartmann; que Nora, su mujer, y Stanislaus, su hermano, lo tuvieron que rescatar múltiples veces de las zanjias, tirado, borracho y desmayado. No podía controlar su depresión, porque cuando alguien toma no es solo por una adicción al alcohol: como dice el tango, hay una pena detrás. Desabonado del Inconsciente, no le funcionaba la lógica de incompletud. Hay estructuras donde eso es lo dominante. En el neurótico no es lo dominante, pero también forma parte de su estructura. Es lo incastrable de la red que nos constituye.

¿Qué significa “el padre como nominante”? Habíamos leído una última cita donde decía que no se trata siquiera del nombre del padre ni del padre del nombre, sino del

padre como nominante. ¿Qué es nominar? Nominar quiere decir recortar en lo Real. ¿Recortar qué? Un goce. Nombrar y decir, por ejemplo, “silla”: en el orden simbólico en que nos situamos, sirve para sentarse, no para comer ni para escribir; es para sentarse. Frege, en su *Fundamentación lógica de la aritmética*, dice que el concepto separa el objeto de lo proteico de la cosa. La cosa, como en el mito de Proteo –que adopta las mil formas–, es indeterminada, pero, cuando el concepto opera –lo que Frege llama “concepto” para nosotros es el verbo, es el lenguaje–, la cosa se recorta y emerge el objeto. Padre nominante quiere decir padre que distribuye el usufructo de los objetos: esto sí, esto no, esto sí, esto no. Freud cuenta, en uno de sus recuerdos infantiles, con gran alegría, que él cortaba las hojas (es el sueño botánico) de un libro que el padre le había dejado. Un libro no es para cortar las hojas, salvo desde un punto de vista metafórico. Leer bien un libro, efectivamente, es deshacerlo, en el sentido de interrogarlo, interrumpirlo en su fluir para introducir los cortes que necesitamos para apropiarnos de lo que ese libro tiene de valioso, de estimulante para nuestra creación. El éxito de un escritor es que al lector lo impulse a producir un nuevo libro.

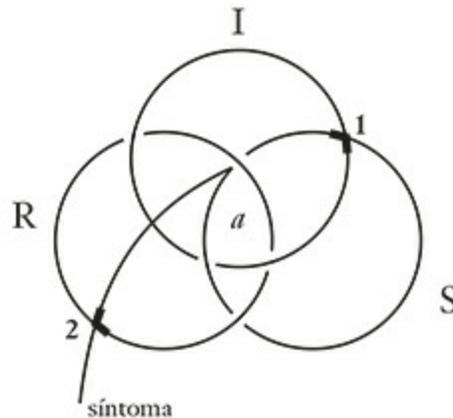
Otra frase que también se lee de un modo equivocado: Lacan dijo que cada analista habrá de reinventar el psicoanálisis. ¿Nos propone una colección de autodidactas? No, reinventar el psicoanálisis quiere decir que lo que Freud ya tenía cocinado nosotros lo leemos, pero para apropiárnoslo hemos de interrogarlo parte por parte. Y a partir de ahí sí, según el talento de cada cual, bienvenidos el desarrollo, la extensión y los cambios que sean necesarios, que no tiran por la borda lo anterior para reinventarlo como si no hubiera habido nada previamente.

Para demostrar que Lacan no era lacanista, voy a recordar otra frase que tiene que ver con nuestra práctica. Lacan escribe, con relación al nudo, eso que Freud distinguió, como título incluso, *inhibición*, *síntoma* y *angustia*, y dijo así: la inmixción de lo Simbólico en lo Real da el síntoma; la inmixción de lo Imaginario en lo Simbólico da inhibición; la inmixción de lo Real en lo Imaginario, angustia.



Leo la frase, de la clase del 13 de enero del 1976:

Es necesario que hagamos en alguna parte el nudo, el nudo de lo Imaginario y del saber inconsciente, que hagamos [sigue hablando del saber inconsciente] aquí, en alguna parte, *une épissure* [creo que la traducción más adecuada es “empalme”], todo eso para obtener un sentido [un cliché lacanista es que con lo Real se barre el sentido; el sentido es de la religión, y es verdad, Lacan lo dice, pero ¿tendrá el mismo valor “sentido” allá que acá?], que es el objeto de la respuesta del analista a lo expuesto por el analizante a lo largo de su síntoma. Cuando hacemos este empalme, hacemos al mismo tiempo otro, entre precisamente lo que es el síntoma y lo Real, es decir que por algún lado le enseñamos a empalmar, a hacer empalme entre su síntoma y lo Real parásito del goce, lo que es característico de nuestra operación. (90)



La debilidad mental que nos habita, y a los analistas también, hace que en Buenos Aires haya algunos que, cuando algún alumno mío habla de lo parasitario del goce, le digan: “Ah, vos estudiás con Isidoro”. Yo no inventé lo de lo parasitario del goce, ojalá hubiera sido así. Lo que hice fue leer atentamente a Lacan, porque descubrí hace muchos años que este hombre es serio, que vale la pena leerlo y hasta en su propio idioma.

Si hago empalme entre lo Simbólico y lo Imaginario, hago un empalme en “1”: muestro la relación entre lo Simbólico y lo Imaginario; de contragolpe hago un empalme entre el síntoma y lo Real en “2”. (Véase la figura.) Quiere decir que, si hago caer la cubierta imaginaria gracias a la eficacia simbólica, el sujeto puede advertir el goce que sostiene su síntoma. Esto Lacan lo dice con un estilo que les va a suscitar a ustedes la mayor cantidad de improperios, en “Lituraterre”, en la clase n° 7 del seminario *Du semblant*. Tal vez, con esto que les acabo de decir ustedes logren descifrarlo.

Me gustaría que conversemos. Como dije, la vez que viene tendremos un invitado, nos va a servir para mostrar en acto lo que estamos desplegando.

*Participante 1:* Tomando dos momentos de frases que mencionaste: cuando Lacan dice que su estructura no es modelo; esto está en las observaciones sobre el informe de Daniel Lagache. Queda claro que el psicoanálisis no es teoría universitaria. En realidad,

no sé si es una pregunta o pido tu consentimiento a esta forma de enunciar lo que te escucho. Si no es teoría universitaria y es experiencia, no se aprende en la universidad; se puede enseñar teoría, no psicoanálisis, será la estructura dicha como Imaginario... Él dice que sus tres no son los de Freud; los de él son Imaginario, Simbólico y Real, el nudo. La estructura, al ser de lo Real, uno la puede nominar para imaginarla, pero no tiene una consistencia de modelo.

*Isidoro Vegh:* Cabe decirlo de este modo: se puede enseñar en la universidad; de hecho Lacan daba su seminario, en los últimos años, en el ámbito de la Facultad de Derecho, en el aula magna. De lo que se trata es del discurso universitario, ahí está la diferencia. Así como los matemáticos rápidamente descubrieron que no se puede enseñar matemática sino matemáticamente (cualquier profesor a los pocos minutos de empezar a hablar va a escribir y a pedir que ustedes usen lápiz y papel para anotar fórmulas: no puede enseñar matemática si no es con el método acorde con las matemáticas), el psicoanálisis, para que produzca un efecto de transmisión, no puede acordar con el discurso universitario, un discurso donde hay un programa establecido como un saber, que hay que repetir año tras año. El discurso del psicoanálisis para que se transmita exige una cierta enunciación. Lacan decía que cuando él hablaba estaba en posición analizante. Es algo distinto de la posición del saber. En Lacan se nota que coincide el tiempo de la exposición con el tiempo de la investigación, que él podrá tener alguna idea cuando comienza un seminario pero que hasta dónde va a llegar, eso se le va dando en la marcha.

*Participante 2:* Me pareció muy interesante el tema de la relación entre los nombres del padre, los tres, y los tres registros. Te quería pedir si podés darnos algún ejemplo de cómo se puede anudar la estructura en lo Imaginario o en lo Real, como suplencia de lo Simbólico como nombre del padre, y algún ejemplo de intervención del analista en la clínica desde lo Imaginario y desde lo Real, cuando la interpretación del sentido falla.

*Isidoro Vegh:* Algún ejemplo; son tantos... Hay uno que alguna vez conté: una paciente depresiva que había tenido una historia trágica. Se habían muerto sus dos hermanos, tuvo que asistir la muerte del padre; y todo eso le significó, entre otras cosas, postergarse como mujer, como madre: no lo pudo hacer sino en una edad muy avanzada. Recuerdo que en una sesión contó, como al pasar, que ella sabía hacer unos dulces muy ricos, muy buenos. La dejé que hablara y, cuando terminó la sesión, ya en el momento de despedirnos, mi intervención fue esta: “¿Cuándo me trae alguno de esos dulces para que yo los pruebe, a ver si son tan buenos como usted dice?”. Alguien podría decir que hice psicoterapia; sería un error. Si la intervención apunta a hacer un corte con el goce parasitario, tiene valor de acto. Y yo ahí apuntaba a cortar con su identificación con un objeto devaluado.

*Participante 3:* Tal vez no tiene demasiado que ver con lo que estuviste diciendo, pero voy a aprovechar tu conocimiento del francés y la diferenciación que hiciste entre síntoma y Sinthome. Cuando se habla de las versiones o una de las versiones que da Lacan del final de análisis y dice “identificación con el síntoma”, ¿a qué síntoma se refiere?; ¿es Sinthome?; ¿qué está queriendo decir?; ¿está mal traducido? No entiendo.

*Isidoro Vegh:* La pregunta es oportuna. Forma parte de lo que hoy sucede en lo que llamo el poslacanismo, la *omelette* poslacaniana. Esta gente se basa en que Lacan pone en “La tercera” el síntoma, no como la inmixión de lo Simbólico en lo Real, sino como la inmixión de lo Real en lo Simbólico. Toman esto, y lo que acabo de escribir acerca de los empalmes por supuesto lo olvidan, lo dejan a un lado. Pero como yo hace años que resolví que quiero tanto a mi mamá como a mi papá, no tengo que elegir entre uno y otro, entonces esto también lo valoro. Podemos leerlo bajo el modo que les dije antes: el síntoma cuyo goce no cede, cuando lo Real invade lo Simbólico. Y es más, sabemos que sucede. Hacen de eso la proclama de un nuevo psicoanálisis, en el extremo una extraterritorialidad del psicoanálisis. Lacan dice “identificación con el síntoma”, pero dice “*savoir*” y “*faire avec*”, “saber hacer con” él ahí. Con las fórmulas petardistas de Lacan hay que saber trabajar. “Identificación con el síntoma” no quiere decir que yo acostumbro a cagarme en el mundo y ahora soy feliz, me cago tranquilo. No es eso. Si advertí que tengo tendencia a cagarme en el mundo, entonces, a ver si hago algo mejor con eso. Como Picasso, a quien su propio amigo antropólogo Michel Leiris le decía que él destruía a sus seres más queridos; mejor le iba cuando destruía el objeto y hacía una pintura: con esa disfrutamos todos. Eso es saber hacer con su síntoma, en ese sentido es una identificación con el síntoma. Sé que lo que tengo no lo puedo resolver simbólicamente, lo que puedo hacer es buscarle canales en lo Real. Es como la inundación en San Antonio de Areco: si se hubieran hecho los canales adecuados, no se inundaba la ciudad; al no haberse hecho los canales, el agua se va a amontonar en esa zona, y eso se va a repetir. No podés por decreto eliminar eso, lo que podés es darle cauces adecuados. En la dirección de la cura es importante propiciar esos lugares del Sinthome, que no se reducen a la creación. Lacan también dice “*la femme c’est le Sinthome*”, que una mujer puede ser también para un hombre, en cuanto ofrece su cuerpo para la distribución del goce, un modo de ayuda con ese goce que no puede encauzar. Y también dice en otro lugar –se repite como loro que una mujer puede ser un Sinthome y un hombre una desgracia– que un hombre puede ser Sinthome para una mujer. Cuidado con las frases aisladas de Lacan: se puede llegar a decir cualquier pavada. Por ejemplo, otra pavada clásica: los psicóticos, como no tienen la lógica de incompletud del Inconsciente y el chiste tiene su relación con el Inconsciente, un psicótico nunca se ríe. Nunca trataron con un psicótico, entonces. Si a Schreber le contás un buen chiste, se va a reír, lo que no le va a causar gracia es que le hagas chistes de su delirio; ahí podés correr riesgo. Para él eso no es un chiste, porque el delirio es restitutivo. La identificación con el síntoma quiere decir saber hacer con eso y sin duda que es un paso importante en el análisis, pero de ahí a creer que se trata solo de eso... es un error.

*Participante 4:* Quería preguntar si la producción cinematográfica de Woody Allen se podía tomar como esto que estamos trabajando en este momento, una identificación con el síntoma.

*Isidoro Vegh:* Habría que tenerlo a Woody Allen tirado en el diván y escucharlo. Da la impresión de que sí, que algo con su vida tiene que ver todo eso. Hubo una película más o menos biográfica donde se ve que desde jovencito él resolvía con el humor su estructura, lo cual no está mal. Después hizo algunas cosas que uno no sabe si son verdad o no, de lo que lo acusó la hija, después que se enganchó con la joven oriental: ahí toca un poco los límites. Pero también es verdad que no era su hija biológica, aunque me pueden decir que simbólicamente lo era... En fin, yo lo quiero mucho a Woody Allen.

Seguimos la vez que viene.

[78.](#) Lacan, Jacques: “Subversion du sujet et dialectique du désir dans l’inconscient freudien”, ob. cit., p. 819.

[79.](#) *Ibid.*, p. 826.

[80.](#) *Íd.*

[81.](#) *Íd.*

[82.](#) *Ibid.*, p. 827.

[83.](#) Lacan, Jacques: “El acto analítico”, seminario inédito (clase del 10 de enero de 1968).

[84.](#) Lacan, Jacques: “Les non-dupes errent”, seminario inédito (clase del 13 de noviembre de 1973).

[85.](#) Lacan, Jacques: *El seminario, libro 23: El sinthome*, ob. cit.

[86.](#) Lacan, Jacques: “R.S.I.”, seminario inédito (clase del 11 de marzo de 1975).

[87.](#) *Íd.*

[88.](#) *Ibid.*, clase del 15 de abril de 1975.

[89.](#) Lacan, Jacques: “Préface”, en F. Wedekind, *L'éveil du printemps*, París, Gallimard, 2006.

[90.](#) Lacan, Jacques: *El seminario, libro 23: El sinthome*, ob. cit.

## Capítulo 7

### El Diagrama de flujo

#### *Cuando la palabra no alcanza*

Como acostumbro en mi seminario, tenemos un invitado especial. Le cedo la palabra:

Si de verdad les interesa lo que voy a contarles, lo primero que querrán saber es dónde nací, cómo fue todo ese rollo de mi infancia, qué hacían mis padres antes de tenerme a mí, y demás puñetas estilo David Copperfield, pero no tengo ganas de contarles nada de eso. Primero porque es una lata, y, segundo, porque a mis padres les daría un ataque si yo me pusiera aquí a hablarles de su vida privada. Para esas cosas son muy especiales, sobre todo mi padre. Son buena gente, no digo que no, pero a quisquillosos no hay quien les gane. Además, no crean que voy a contarles mi autobiografía con pelos y señales. Solo voy a hablarles de una cosa de locos que me pasó durante las Navidades pasadas, antes de que me quedara tan débil que tuvieran que mandarme aquí a reponerme un poco. [\(91\)](#)

¿Alguno adivinó quién habla? Es Holden Caulfield, protagonista de una novela que se llama *The catcher in the rye*, traducida bastante mal como *El guardián entre el centeno*.

Ustedes preguntarán qué hago contando una novela. No más que inscribirme en el título con el cual convoqué a este seminario. Freud tenía sus referencias literarias y un preferido: Goethe. Tenía otros: Dostoievski; el teatro isabelino, Shakespeare; la tragedia griega, Sófocles. Pero su preferido era Goethe, del cual nos brindó múltiples citas. Lacan tenía también los suyos, variados, pero había una preferida –a la cual además le escribí un texto maravilloso–, [\(92\)](#) que fue Marguerite Duras.

Para no ser menos que ellos y siguiendo su enseñanza, para nadie es secreto que mi devoción por Borges viene desde mi más tierna adolescencia, cuando en primer año del colegio secundario una profesora avezada en las lides literarias nos leyó un poema, de los primeros, y yo no podía creer lo que ahí escuchaba.

El personaje que les presenté recién, que habla con esa enunciación desafiante, es un adolescente de 16 años, el protagonista de la novela de Jerome David Salinger. Esta novela, *The catcher in the rye*, fue publicada en el año 1951; Salinger la empezó a escribir cuando estaba en el frente de batalla, en la Segunda Guerra Mundial. Se había anotado en el Ejército; por haber estudiado en una escuela militar ingresó en un servicio de contraespionaje y estuvo en las dos batallas más sangrientas de la Segunda Guerra: el desembarco en Normandía y la batalla de las Ardenas, en Bélgica, donde fue testigo de lluvias de sangre, escenas de horror, con pilas de muertos que, para poder él sobrevivir,

solo podían concitarle indiferencia. Pagó un precio: cuando terminó la contienda fue internado en un hospital psiquiátrico por el efecto postraumático de la guerra.

Salinger es un personaje especial, hijo de un rabino casado con una cristiana. Pertenecía a una clase acomodada, así que estudió en las mejores escuelas de Manhattan. Su padre lo mandó a un colegio militar, pero le interesó más la dramaturgia. Así después se anotó en cursos sobre cuentos breves, lo que fue un punto clave en su vida. Comenzó a publicar cuentos, algunos salieron en el *New Yorker*; y en el año 1951 salió esta novela, cuyo destino fue parecido al del *Retrato del artista adolescente* de Joyce: fue rechazada. En el *New Yorker* le dijeron que era artificiosa y que tenía que reescribirla. Por supuesto se negó. Insistió hasta que encontró un editor que tuvo una visión más ajustada al valor del texto. Calculen que se publicaron sesenta y cinco millones de ejemplares en diversas lenguas; es un clásico de la clase media americana. Igual que *Retrato del artista adolescente*, igual que *Ferdydurke*, de Gombrowicz, habla del momento en que un adolescente tiene su desencuentro con el sexo, con el mundo, con la vida. Esto para ubicar el inicio de esta novela.

Desde su presentación Holden nos dice, con su tono provocativo dirigido a nosotros, qué le pasó en las Navidades pasadas.

Empezaré por el día en que salí de Pencey, que es un colegio que hay en Agerstown, Pensilvania. Habrán oído hablar de él. En todo caso, seguro que han visto la propaganda. Se anuncia en miles de revistas siempre con un tío de muy buena facha montado en un caballo y saltando una valla. Como si en Pencey no se hiciera otra cosa que jugar todo el santo día al polo. Por mi parte, en todo el tiempo que estuve allí no vi un caballo ni por casualidad. (93)

Desde el comienzo nos muestra su posición: destapar la olla, deshacer lo que se presenta bajo una falsa fachada, descubrirlo.

Ese día había un partido muy importante, escuchemos cómo lo dice:

Pero como les iba diciendo, era el sábado del partido de fútbol contra Saxon Hall. A ese partido se le tenía en Pencey por una cosa muy seria. Era el último del año y había que suicidarse o poco menos si no ganaba el equipo del colegio. Me acuerdo de que hacia las tres de aquella tarde estaba yo en lo más alto de Thomsen Hill junto a un cañón absurdo de esos de la Guerra de la Independencia y todo ese follón. (94)

¿Advierten el tono ácido?

Cuenta:

Si yo estaba en lo alto de Thomsen Hill en vez de en el campo de fútbol, era porque acababa de volver de Nueva York con el equipo de esgrima. Yo era el jefe. Menuda cretinada. Habíamos ido a Nueva York aquella mañana para enfrentarnos con los del colegio McBurney. Solo que el encuentro no se celebró. Me dejé los floretes, el equipo y todos los demás trastos en el metro. No fue del todo culpa mía. Lo que pasó es que tuve que ir mirando el plano todo el tiempo para saber dónde teníamos que bajarnos. Así que volvimos a Pencey a las dos y media en vez de a la hora de la cena. Los tíos del equipo me hicieron el vacío durante todo el viaje de vuelta. La verdad es que dentro de todo tuvo gracia. (95)

Lo querían matar.

Y agrega:

La otra razón por la que no había ido al partido era porque quería despedirme de Spencer, mi profesor de historia. [...] Es que no les había dicho que me habían echado. No me dejaban volver después de las vacaciones porque me habían suspendido en cuatro asignaturas y no estudiaba nada. (96)

Cuenta que le habían robado su abrigo, sus guantes, que va a recordar cuando después describa sus fríos. Dice:

La mayoría de los chicos eran de familias de mucho dinero, pero aun así era una auténtica cueva de ladrones. Cuanto más caro el colegio más te roban, palabra. Total, que ahí estaba yo junto a ese cañón absurdo mirando el campo de fútbol y pasando un frío de mil demonios. Solo que no me fijaba mucho en el partido. Si seguía clavado al suelo, era por ver si me entraba una sensación de despedida. Lo que quiero decir es que me he ido de un montón de colegios [en realidad lo echaron de un montón de colegios] y de sitios sin darme cuenta siquiera de que me marchaba. Y eso me revienta. No importa que la sensación sea triste o hasta desagradable, pero cuando me voy de un sitio me gusta darme cuenta de que me marchó. Si no luego da más pena todavía.

Tuve suerte. De pronto pensé en una cosa que me ayudó a sentir que me marchaba. (97)

Recuerda cuando con dos compañeritos se quedaron jugando a la pelota hasta que los llamaron a cenar, ya era noche absolutamente oscura. Y dice:

Si consigo recordar una cosa de ese estilo, enseguida me entra la sensación de despedida. Por lo menos la mayoría de las veces. En cuanto la noté me di la vuelta y eché a correr cuesta abajo por la ladera opuesta de la colina en dirección a la casa de Spencer.

Corrí hasta la puerta de la verja y allí me detuve a cobrar aliento. La verdad es que en cuanto corro un poco se me corta la respiración. Por una parte, porque fumo como una chimenea, o, mejor dicho, fumaba, porque me obligaron a dejarlo. Y por otra, porque el año pasado crecí seis pulgadas y media. Por eso también estuve a punto de pescar una tuberculosis y tuvieron que mandarme aquí a que me hicieran un montón de análisis y cosas de esas. (98)

Está en una institución psiquiátrica, dice que lo mandaron para hacerle análisis clínicos y cosas de esas.

Pero, como decía, en cuanto recobré el aliento crucé a todo correr la carretera 204. Estaba completamente helada y no me rompí la crisma de milagro. Ni siquiera sé por qué corría. Supongo que porque me apetecía. De pronto me sentí como si estuviera desapareciendo. Era una de esas tardes extrañas, horriblemente frías y sin sol ni nada, y uno se sentía como si fuera a esfumarse cada vez que cruzaba la carretera. (99)

Va a visitar al profesor Spencer, hacia el cual sentía algún cariño.

En cuanto entré, me arrepentí de haber ido. Estaba leyendo el *Atlantic Monthly*, tenía la habitación llena de pastillas y medicinas y olía a Vicks Vaporub. Todo bastante deprimente. Confieso que no me vuelven loco los enfermos, pero lo que hacía la cosa aún peor era que llevaba puesto un batín tristísimo todo zaparrastroso,

que debía tener desde que nació. Nunca me ha gustado ver a viejos ni en pijama, ni en batín ni en nada de eso. Ván enseñando el pecho todo lleno de bultos, y las piernas, esas piernas de viejo que se ven en las playas, muy blancas y sin nada de pelo. (100)

Es brutal, ¿verdad?

El profesor Spencer sabe que lo echaron; le pregunta qué le dijo el director:

—¿Qué te dijo el señor Thurmer, muchacho? He sabido que tuvisteis una conversación.

—Sí. Es verdad. Me pasé en su oficina como dos horas, creo.

—Y ¿qué te dijo?

—Pues eso de que la vida es como una partida y hay que vivirla de acuerdo con las reglas del juego. Estuvo muy bien. Vamos, que no se puso como una fiera ni nada. Solo me dijo que la vida era una partida y todo eso... Ya sabe [pueden entender que le entró por una oreja y le salió por la otra].

—La vida es una partida, muchacho. La vida es una partida y hay que vivirla de acuerdo con las reglas del juego.

—Sí, señor. Ya lo sé. Ya lo sé.

De partida un cuerno. Menuda partida. Si te toca del lado de los que cortan el bacalao, desde luego que es una partida, eso lo reconozco. Pero si te toca del otro lado, no veo dónde está la partida. En ninguna parte. Lo que es de partida, nada. (101)

Es despiadado en su análisis, no dice tonterías.

Luego el profesor le pregunta por sus padres:

—Y ¿cómo crees que tomarán la noticia?

—Pues... se enfadarán bastante —le dije—. Se enfadarán. He ido ya como a cuatro colegios.

Meneé la cabeza. Meneo mucho la cabeza.

—¡Jo! —dije luego. También digo “¡jo!” muchas veces. En parte porque tengo un vocabulario pobrísimo, y en parte porque a veces hablo y actúo como si fuera más joven de lo que soy. Entonces tenía dieciséis años.

Ahora tengo diecisiete y, a veces, parece que tuviera trece, lo cual es bastante irónico porque mido seis pies y dos pulgadas y tengo un montón de canas. [...] Y aun así hago cosas de crío de doce años. [...] A veces hago cosas de persona mayor, en serio, pero de eso nadie se da cuenta. (102)

El señor Spencer le dice, cosa que él no quiere, que le va a leer la composición que entregó. Eligió el tema de los egipcios. No puede evitar que la lea. Es horrible, una composición que habla de un pueblo de origen caucásico, que enterraba a sus muertos envueltos en una sustancia especial con la cual se convertían en momias. “Esto es todo lo que puedo escribir, profesor Spencer.” El profesor lo reprobó.

Lo gracioso es que mientras hablaba estaba pensando en otra cosa. Vivo en Nueva York, y de pronto me acordé del lago que hay en Central Park, cerca de Central Park South. Me pregunté si estaría ya helado y, si lo estaba, adónde se habrían ido los patos. Me pregunté adónde se meterían los patos cuando venía el frío y se helaba la superficie del agua, si vendría un hombre a recogerlos en un camión para llevarlos al zoológico, o si se irían ellos a algún sitio por su cuenta. (103)

Esta pregunta se va a repetir.

¿Cómo termina la charla con Spencer? El profesor le dice que está preocupado por

él. “Ya lo verá –le dije–. De verdad, señor. Por favor, no se preocupe por mí.

Le puse la mano en el hombro.” (104) Intentó consolar al profesor.

Me recuerda una anécdota. Tenía que llevar a arreglar un auto. Se lo dejé al tallerista diciéndole que necesitaba que estuviera listo el viernes porque tenía que ir de un lado a otro con mi hijo de 2 años; me dijo que me quedara tranquilo. Como uno más o menos sabe cómo son las cosas en Argentina, el martes lo llamé. “¿Se acuerda?” “Sí, doctor, tranquilo.” El jueves, por las dudas, intenté de nuevo y me dijo: “No se hubiera molestado”. Cuando llegó el viernes, me pareció ver desde la esquina que mi auto estaba totalmente desarmado. Cuando me acerqué, lo confirmé. No podía creer lo que veía. “Le hablé varias veces, le dije que tenía que ir a La Plata, a Munro, ¿cómo hago?” Me tomó del hombro y dijo: “Doctor, yo confío en usted”. Me descolocó, no sabía si darle una trompada o reírme. ¿Qué es lo que hizo, cuál fue la fórmula lógica en juego? La misma que en el relato: la responsabilidad se pone del lado del otro, el sujeto invierte la situación, se sustrae.

Dice Holden:

Soy el mentiroso más fantástico que puedan imaginarse. Es terrible. Si voy camino del quiosco a comprar una revista y alguien me pregunta que adónde voy, soy capaz de decirle que voy a la ópera. Es una cosa seria. Así que eso que le dije a Spencer de que tenía que ir a recoger mi equipo era pura mentira. Ni siquiera lo dejo en el gimnasio. (105)

Cuando ya no aguantó más al profesor Spencer, le dijo que tenía que salir corriendo a buscar el equipo. El profesor le estaba diciendo qué tenía que hacer; a él no le servía de nada, solo para aburrirse.

Ahorro una cantidad de páginas. Convivía en una habitación con un compañero, Stradlater, un tipo atlético, deportista, que tenía experiencia con las mujeres, de la que Holden carecía. Después nos enteramos de que, a pesar de que le gustaba estar con chicas, le atraían y tenía trato con ellas, era virgen, nunca había tenido una relación sexual. Este compañero comienza a arreglarse, acicalarse, mientras le pide a Holden que le escriba una composición, porque era muy bueno en literatura –esa es una de las muy pocas materias que había aprobado–, y le dice que va a salir. Holden le pregunta con quién, el compañero le responde que con Jane. Jane era la hija de una vecina que a Holden le gustaba. Stradlater se va con el auto que le presta el entrenador; cuando vuelve, Holden le pregunta desesperado qué pasó, si se acostó con ella. Stradlater no le contesta, mientras se va acomodando y sacando la ropa; Holden insiste y lo provoca hasta que consigue que el otro, que es más fuerte y atlético, le dé una tunda que lo deja tirado en el suelo.

Terminada la pelea, junta sus cosas, las introduce en una valija. Decide irse, en medio de la noche, a tomar el tren a Nueva York. Como faltan tres días para la Navidad y si vuelve a su casa sus padres se van a enterar de que lo expulsaron del colegio, decide pasar las tres noches, con el dinero que tiene –que es bastante para un chico de esa edad: la abuela le regalaba dinero– en un hotel de Nueva York, en Manhattan.

Cuenta, en medio de su relato, que en la habitación del colegio tenía una valija que era de verdadero cuero, muy fina, que le había comprado su madre; que un compañero con el cual compartía la habitación tenía una de cartón; que no aguanta a los compañeros que tienen valijas de cartón, pero, como no lo quería humillar, un día puso su valija bajo la cama, y vio que el compañero la sacaba, la ponía de nuevo arriba y se la presentaba a sus amigos como si fuera de él.

Una cosa me deprimió un poco mientras hacía el equipaje. Tuve que guardar unos patines completamente nuevos que me había mandado mi madre hacía unos pocos días. De pronto me dio mucha pena. Me la imaginé yendo a Spauldings y haciéndole al dependiente un millón de preguntas absurdas. Y todo para que me expulsaran otra vez. Me había comprado los patines que no eran; yo le había pedido de carreras y ella me los había mandado de hockey, pero aun así me dio lástima. Casi siempre que me hacen un regalo acaban por dejarme hecho polvo. (106)

Él pidió una cosa... La madre gastó mucho dinero, pero en otra cosa.

“Cuando me iba, ya con maletas y todo, me paré un momento junto a las escaleras y miré hacia el pasillo. Estaba a punto de llorar. No sabía por qué.” (107)

Viaja en el tren, y entabla conversación con una señora que resulta ser la madre de un compañero. Era un tipo bastante odiado por todos, solitario, soberbio, pero él le dice a esta mujer todo lo contrario, que su hijo era el más querido, que lo habían votado como el mejor compañero: “La señora Morrow no dijo nada. Pero, ¡jo! ¡Había que verla! La tenía pegada al asiento. Todas las madres son iguales. Les encanta que les cuenten lo maravilloso que es su hijo”. (108) Su acidia también le permite descubrir la grieta del otro y ahí apunta. Cuando esta madre le pregunta qué hace en el tren, responde:

—No, en casa están todos bien —le dije—. Yo soy quien está enfermo. Tienen que operarme.

—¡Cuánto lo siento! —dijo. Y se notaba que era verdad. En cuanto cerré la boca me arrepentí de haberlo dicho, pero ya era demasiado tarde.

—Nada grave. Es solo un tumor en el cerebro.

—¡Oh, no! —se llevó una mano a la boca y todo.

—No crea que voy a morirme ni nada. Está por la parte de fuera y es muy pequeñito. Me lo quitarán en un dos por tres.

Luego saqué del bolsillo un horario de trenes que llevaba y me puse a leerlo para no seguir mintiendo. (109)

Cuando llega a la estación cuenta:

Lo primero que hice al llegar a la estación de Pensilvania fue meterme en una cabina telefónica. Tenía ganas de llamar a alguien. Dejé las maletas a la puerta para poder vigilarlas y entré, pero tan pronto como estuve dentro no supe a quién llamar. Mi hermano D. B. [su hermano mayor, escritor, al cual admira como escritor, pero dice que se prostituyó yendo a Hollywood; él le había dicho que no fuera, que se iba a prostituir (Holden odia el cine)] estaba en Hollywood y mi hermana pequeña, Phoebe, se acuesta alrededor de las nueve [la hermana menor tiene 10 años; la describe como una chica de sensibilidad extrema que la hace percibir rápidamente las cosas que pasan, muy inteligente y a la cual adora]. No le habría importado nada que la despertara, pero lo malo es que no hubiera cogido ella el teléfono. Habrían contestado mis padres, así que tuve que olvidarme del asunto. Luego se me ocurrió llamar a la madre de Jane Gallaher para preguntarle cuándo llegaba su hija a Nueva York, pero de pronto se me quitaron las ganas. Además, era ya muy tarde

para telefonar a una señora. Después pensé en llamar a una chica con la que solía salir bastante a menudo. Sally Hayes. (110)

Al final no llama a nadie.

Sube a un taxi: “Soy tan distraído que, por la fuerza de la costumbre, le di al taxista mi verdadera dirección. Me olvidé totalmente de que iba a refugiarme un par de días en un hotel y de que no iba a aparecer por casa hasta que empezaran oficialmente las vacaciones”. (111) Para nosotros un olvido no es un problema de neurociencia; le dio la dirección de su casa. Le dice que cambie de dirección, que lo lleve al hotel:

De pronto se me ocurrió preguntarle si sabía una cosa.

–¡Oiga! –le dije–. Esos patos del lago que hay cerca de Central Park South... Sabe qué lago le digo, ¿verdad? ¿Sabe usted por casualidad adónde van cuando el agua se hiela? ¿Tiene usted alguna idea de dónde se meten? (112)

El taxista le dice: “¿Qué se ha propuesto, amigo? ¿To- marme un poco el pelo?”. Imagínense ustedes preguntándole a un taxista dónde se refugian los patos del Rosedal cuando llega el frío. Pero sigue andando y le pregunta: “¿Sabe usted quién toca hoy en la sala de fiestas del Taft o del New Yorker?”. (113) Como ven, está completamente desubicado.

Llega al hotel, se registra: “Pero entonces aún no sabía que ese hotel estaba repleto de tarados y maníacos sexuales”. (114) Cuando mira por la ventana a la noche, cuenta:

Ví a un tío en calzoncillos, que tenía el pelo gris y una facha de lo más elegante, hacer una cosa que cuando se la cuente no van a creérsela siquiera. Primero puso la maleta sobre la cama. Luego la abrió, sacó un montón de ropa de mujer, y se la puso. De verdad que era toda de mujer: medias de seda, zapatos de tacón, un sostén y uno de esos corsés con ligas colgando y todo. Luego se puso un traje de noche negro, se lo juro, y empezó a pasearse por toda la habitación dando unos pasitos muy cortos, muy femeninos, y fumando un cigarrillo mientras se miraba al espejo. Lo más gracioso es que estaba solo, a menos que hubiera alguien en el baño, que desde donde yo estaba no se veía. Justo en la habitación de encima, había un hombre y una mujer echándose agua el uno al otro a la cara. Quizás se tratara de alguna bebida, pero a esa distancia era imposible distinguir lo que tenían en los vasos. Primero él se llenaba la boca de líquido y se lo echaba a ella a la cara, y luego ella se lo echaba a él. Se lo crean o no, lo hacían por riguroso turno. ¡No se imaginan qué espectáculo! Y, mientras, se reían todo el tiempo como si fuera la cosa más divertida del mundo. (115)

La ventana de su fantasma se va desgarrando, muestra cosas extrañas en la sexualidad de los adultos, cosas que lo sorprenden; de ellos dice “tarados”, “maníacos sexuales”.

No sabe qué hacer, está en el hotel de noche; decide bajar al salón, donde hay un poco de música:

Estaba lleno de unos tipos viejísimos y afectadísimos con sus parejas, menos en la mesa de al lado mío en que había tres chicas de unos treinta años o así. Las tres eran bastante feas y llevaban unos sombreros que anunciaban a gritos que ninguna era de Nueva York. Una de ellas, la rubia, no estaba mal del todo. (116)

Se levanta y las invita a bailar, lo cual era bastante desfasado; le pide al mozo que le traiga ron y el mozo le pide algún documento que acredite que es mayor de edad.

–¿No puede ponerle al menos un chorrillo de ron? –Se lo dije de muy buenos modos–. Aquí no hay quien aguante sobrio. Ande, échele un chorrillo de algo...

–Lo siento, señor –dijo. Y se largó. (117)

Baila con la rubia, después baila con la otra, después con la otra; luego las tres mujeres se van, lo dejan. Todo esto en la noche en que salió llorando sin saber por qué del cuarto colegio del que lo expulsaron.

Dice Holden que no sabía qué hacer: “Así que volví a bajar en el ascensor, cogí un taxi, y le dije al taxista que me llevara a Ernie. Es una sala de fiestas adonde solía ir mi hermano D. B. antes de ir a Hollywood a prostituirse”. (118) Va a Ernie, donde hay un pianista a quien también describe con acidia: que saluda como quien se cree grandioso, que cuando toca todo el mundo hace un silencio casi religioso, que le parece absurdo, no cree que el artista lo mereciera.

Del viaje en taxi cuenta:

Era un taxi viejísimo que olía como si acabara de vomitar alguien dentro. Siempre me toca uno de esos cuando voy a algún sitio de noche. Pero más deprimente aún era que las calles estuvieran tan tristes y solitarias a pesar de ser sábado. Apenas se veía a nadie. De vez en cuando cruzaban un hombre y una mujer cogidos por la cintura, o una pandilla de tíos riéndose como hienas de algo que apuesto la cabeza a que no tenía la menor gracia. Nueva York es terrible cuando alguien se ríe de noche. La carcajada se oye a millas y millas de distancia y le hace sentirse a uno aún más triste y deprimido. En el fondo, lo que me hubiera gustado habría sido ir a casa un rato y charlar con Phoebe. Pero, en fin, como les iba diciendo, al poco de subir al taxi, el taxista empezó a darme un poco de conversación. Se llamaba Howitz y era mucho más simpático que el anterior. Por eso se me ocurrió que a lo mejor él sabía lo de los patos.

–Oiga, Howitz –le dije–. ¿Pasa usted mucho junto al lago de Central Park?

–¿Qué?

–El lago, ya sabe. Ese lago pequeño que hay cerca de Central South Park. Donde están los patos. Ya sabe.

–Sí. ¿Qué pasa con ese lago?

–¿Se acuerda de esos patos que hay siempre nadando allí? Sobre todo en la primavera. ¿Sabe usted por casualidad adónde van en invierno?

–¿Adónde va quién?

–Los patos. ¿Lo sabe usted por casualidad? ¿Viene alguien a llevárselos a alguna parte en un camión, o se van ellos por su cuenta al sur, o qué hacen?

El tal Howitz volvió la cabeza en redondo para mirarme. Tenía muy poca paciencia, pero no era mala persona.

–¿Cómo quiere que lo sepa? –me dijo–. ¿Cómo quiere que sepa yo una estupidez semejante?

–Bueno, no se enfade usted por eso –le dije.

–¿Quién se enfada? Nadie se enfada. (119)

El diálogo es bastante cómico porque el taxista le responde como contesta Inodoro Pereyra, como si supiera, y dice las cosas más absurdas que pueda haber. Uno no sabe quién está en la posición más bizarra: si Holden con su desubique o el taxista con sus respuestas.

Cuando termina el viaje –como con el anterior– le dice al taxista: “¿Quiere usted parar en alguna parte y tomar una copa conmigo?”. (120) El taxista ni le contesta.

Cuando vuelve al hotel, el ascensorista, que se llama Maurice –casualmente como uno de los personajes de la obra de Wedekind, *El despertar de la primavera*–, le pregunta si no quiere alguna compañía, le propone una prostituta. Convienen el precio. Le dice que sí. Cuando llega la prostituta, Holden le pregunta si no quiere hablar un rato, la prostituta le dice: “No fumo. Oye, si quieres hablar, date prisa. Tengo mucho que hacer”. Holden cuenta:

Llevé el vestido al armario y se lo colgué. Lo malo es que cuando lo hice me entró una pena tremenda. Me la imaginé yendo a la tienda y comprándose el vestido sin que nadie supiera que era prostituta ni nada. El dependiente probablemente pensaría que era una chica como las demás. Me dio una tristeza horrible, no sé por qué. (121)

Conclusión, le dice: ““No me encuentro bien. He pasado muy mala noche. De verdad. Te pagaré pero no te importará si no lo hacemos, ¿no? ¿Te molesta?’ [...]. Estaba mucho más triste que excitado. Era todo deprimentísimo”.

La puta quiere hacer su trabajo, le pregunta qué le pasa:

–¿Qué te pasa? –me dijo.

–No me pasa nada. –¡Jo! ¡Pues no me estaba poniendo poco nervioso!–. Es solo que me han operado hace poco.

–Sí, ¿eh? ¿De qué?

–Del... ¿cómo se llama? Del clavicordio.

–¿Sí? ¿Y qué es eso?

–¿El clavicordio? –le dije–. Verás, es como si fuera la espina dorsal. Está al final de la columna vertebral. (122)

Conclusión, la puta se va. Cuando le paga, la puta dice:

–Me has dado cinco y son diez.

Iba a ponerse pesada. La veía venir. Me lo estaba temiendo hacía rato, de verdad.

–Maurice dijo cinco –le contesté–. Dijo que quince hasta el mediodía y cinco por un polvo.

–Diez por un polvo.

–Dijo cinco. Lo siento muchísimo, pero no pienso soltar un céntimo más. (123)

Cuando ella se va, se queda sentado: “Cuando Sunny se fue me quedé sentado un rato en el sillón mientras me fumaba un par de cigarrillos. Empezaba a amanecer. ¡Jo! ¡Qué triste me sentía! No se imaginan lo deprimido que estaba. De pronto empecé a hablar con Allie en voz alta”. (124) Allie es un hermano que había muerto un año antes de leucemia, dos años menor que él, al cual adoraba y que, según su descripción, era el más inteligente de todos. Le dice, en su ensueño, que vaya a casa a recoger su bicicleta. Con ese acto fantaseado intenta reparar lo que en su momento no hizo, cuando con un amigo se iba a andar en bicicleta y le dijo a Allie que no podía ir con ellos porque era

muy chico. Abandonado, deprimido, triste, se imagina llevando a su hermano menor a pasear, cuidándolo. Se invierte la situación. Y eso lo calma un poco.

La historia con la prostituta no queda ahí. Golpean la puerta, viene la prostituta con el ascensorista. Empieza la discusión: que cinco, que diez. Maurice le da una trompada, la prostituta le agarra la cartera, saca los diez dólares. Cuando los otros se van, los sigue:

Le dije que era un cerdo y un tarado.

–¿Cómo has dicho? –dijo. Luego se puso una mano detrás de la oreja como si estuviera sordo–. ¿Cómo has dicho? ¿Qué has dicho que soy?

Yo seguía medio llorando de furia y de lo nervioso que estaba.

–Que es un cerdo y un tarado –le grité–. Un cretino, un timador y un tarado, y en un par de años será uno de esos pordioseros que se le acercan a uno en la calle para pedirle para un café. Llevará un abrigo raído y estará más...

Entonces fue cuando me atizó de verdad. No traté siquiera de esquivarle, ni de agacharme, ni de nada. Solo sentí un tremendo puñetazo en el estómago. (125)

Holden quedó doblado en el suelo.

Pero les juro que estoy totalmente loco. A medio camino [iba hacia el baño], empecé a hacer como si me hubieran encajado un disparo en el vientre [se empezó a inventar la película]. Maurice me había pegado un tiro. Y yo iba al baño a atizarme un lingotazo de *whisky* para calmarme los nervios y entrar en acción. Me imaginé saliendo de la habitación con paso vacilante, completamente vestido y con el revólver en el bolsillo. Bajaría por las escaleras en vez de tomar el ascensor. Iría bien aferrado al pasamanos, con un hilillo de sangre chorreando de la comisura de los labios. Bajaría unos cuantos pisos –abrazado a mi estómago y dejando un horrible rastro de sangre–, y luego llamaría al ascensor. Cuando Maurice abriera las puertas me encontraría esperándole, con el revólver en la mano. (126)

Restitución fálica que no pudo sostener en la relación sexual con la puta ni en la pelea con este señor. Y dice para concluir: “Lo único que de verdad tenía ganas de hacer era suicidarme”. (127)

En cambio, lo que hace es llamar a Sally, la antigua novia. Ella acepta. Él sabe que le gusta el teatro, la invita a ver una obra con actores que a ella le gustan. Mientras la espera dice:

No hacía tanto frío como el día anterior, pero seguía nublado y no apetecía mucho andar. Por suerte había una cosa agradable. Delante de mí iba una familia que se notaba que acababa de salir de la iglesia. Eran el padre, la madre, y un niño como de seis años. Se veía que no tenían mucho dinero. El padre llevaba un sombrero de esos color gris perla que se encasquetan los pobres cuando quieren dar el golpe. Él y la mujer iban hablando sin hacer caso del niño. El crío era graciosísimo. Iba por la calzada en vez de por la acera, pero siguiendo el bordillo. Trataba de andar en línea recta como suelen hacer los niños, y tarareaba y cantaba todo el tiempo. Me acerqué a ver qué decía y era esa canción que dice: “Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno” [“If a body catch another body”; el título en inglés es *The catcher in the rye*; después vamos a intentar una traducción mejor]. Tenía una voz muy bonita y cantaba porque le salía del alma, se le notaba. Los coches pasaban rozándole a toda velocidad, los frenos chirriaban a su alrededor, pero sus padres seguían hablando como si tal cosa. Y él seguía caminando junto al bordillo y cantando: “Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno”. Aquel niño me hizo sentir mucho mejor. Se me fue toda la depresión. (128)

Mientras la espera a Sally para entrar al teatro, ve a varias chicas:

En muchos colegios estaban ya de vacaciones y había como un millón de chicas esperando a su pareja: chicas con las piernas cruzadas, chicas con las piernas sin cruzar, chicas con piernas preciosas, chicas con piernas horribles, chicas que parecían estupendas, y chicas que debían ser unas brujas si de verdad se las llegaba a conocer bien. Era un bonito panorama, pero no sé si me entenderán lo que quiero decir. Aunque por otra parte era también bastante deprimente porque uno no podía dejar de preguntarse qué sería de todas ellas. Me refiero a cuando salieran del colegio y la universidad. La mayoría se casarían con cretinos, tipos de esos que se pasan el día hablando de cuántos kilómetros pueden sacarle a un litro de gasolina, tipos que se enfadan como niños cuando pierden al golf o a algún juego tan estúpido como el ping-pong, tipos mala gente de verdad, tipos que en su vida han leído un libro, tipos aburridos... Pero con eso de los aburridos hay que tener mucho cuidado. (129)

Viene una ironía fina y extraordinaria. Cuenta que tuvo un compañero, en uno de los colegios, con el cual prácticamente no se podía hablar, era de lo más aburrido que había, pero se dio cuenta de que silbaba muy bien; entonces, cuidado, puede ser que no sepan hablar pero silban muy bien.

Mientras está con Sally, cuando salen del teatro se van a patinar, cosa que hacen muy mal los dos; se pone a hablar con ella, le dice que odia todo lo que pasa:

–Oye, Sally –le dije.

–¿Qué?

Estaba mirando a una chica que había al otro lado del bar.

–¿Te has hartado alguna vez de todo? –le dije–. ¿Has pensado alguna vez que a menos que hicieras algo enseguida el mundo se te venía encima? ¿Te gusta el colegio?

–Es un aburrimiento mortal.

–Lo que quiero decir es si lo odias de verdad –le dije–. Pero no es solo el colegio. Es todo. Odio vivir en Nueva York, odio los taxis y los autobuses de Madison Avenue, con esos conductores que siempre te están gritando que te bajes por la puerta de atrás, y odio que me presenten a tíos que dicen que los Lunt son unos ángeles, y odio subir y bajar siempre en ascensor, y odio a los tipos que me arreglan los pantalones en Brooks, y que la gente no pare de decir...

–No grites, por favor –dijo Sally. Tuvo gracia porque yo ni siquiera gritaba.

–[...] Preferiría tener un caballo. Al menos un caballo es más humano. Con un caballo puedes...

–No entiendo una palabra de lo que dices. (130)

Y sigue:

–Oye –le dije–. ¿Qué te parece si nos fuéramos de aquí? Te diré lo que se me ha ocurrido. Tengo un amigo en Greenwich Village que nos prestaría un coche un par de semanas. Íbamos al mismo colegio y todavía me debe diez dólares. Mañana por la mañana podríamos ir a Massachusetts, y a Vermont, y todos esos sitios de por ahí. Es precioso, ya verás. De verdad. Tengo unos ciento ochenta dólares. Puedo sacarlos del banco mañana en cuanto abran y luego ir a buscar el coche de ese tío. De verdad. Viviremos en cabañas y sitios así hasta que se nos acabe el dinero. Luego buscaré trabajo en alguna parte y viviremos cerca de un río. Nos casaremos y en el invierno yo cortaré la leña y todo eso. Ya verás. Lo pasaremos formidable. ¿Qué dices? Vamos, ¿qué dices? ¿Te vienes conmigo? ¡Por favor!

–No se puede hacer una cosa así sin pensarlo primero –dijo Sally. Parecía enfadadísima. (131)

Él insiste; ella le contesta desde el sentido común y en parte también desde el buen sentido: lo que propone es irrealizable. Holden siente que empieza a odiarla vagamente. Ella le dice que después de que terminen la universidad podrán visitar esos sitios maravillosos. “No. No es verdad. No habrá miles de sitios donde podamos ir porque entonces será diferente –le dije. Otra vez me estaba entrando una depresión horrible.” (132) Y al final la cosa estalla: “Vámonos de aquí –le dije–. Si quieres que te diga la verdad, me das en el hígado”. (133) Terminan en una escena horrible: Sally llora, él la quiere acompañar, ella no quiere, se despiden. “Cuando me fui de la pista de patinar sentí un poco de hambre, así que me metí en una cafetería y me tomé un sándwich de queso y un batido. Luego entré en una cabina telefónica. Pensaba llamar a Jane para ver si había llegado ya de vacaciones.” (134) Sally no está, que venga Jane, depresión, manía.

Decide ir a un bar de Nueva York, al Wicker Bar. “Por si no viven en Nueva York, les diré que el Wicker Bar está en un hotel muy elegante, el Seton. Antes me gustaba mucho, pero poco a poco fui dejando de ir. Es uno de esos sitios que se consideran muy finos y donde se ven farsantes a patadas.” ¿Ustedes ven que en ningún lugar la cubierta imaginaria hace grato el espacio?

Había dos chicas francesas, Tina y Janine, que actuaban tres veces por noche. Una de ellas tocaba el piano – lo asesinaba–, y la otra cantaba, siempre unas canciones o muy verdes o en francés. La tal Janine se ponía delante del micrófono y antes de empezar la actuación, decía como susurrando: “Y ahoja les presentamos nuestra vejsión de *Vulé vù fjansé*” [una burla]. Si te pasabas allí un buen rato oyendo aplaudir a ese hatajo de idiotas, acababas odiando a todo el mundo. (135)

Decide ir a la casa de sus padres, colarse en el medio de la noche. Despacito abre la puerta, se entera de que los padres no están, le miente al portero, le dice que va a la casa vecina, pero él tiene la llave y puede entrar, va al dormitorio de su hermana, se queda un rato viéndola dormir (la describe con enorme ternura), y después de un rato Phoebe se despierta y comienza un diálogo. Phoebe le pregunta qué hace ahí, él le dice que le dieron vacaciones. Ella le dice: “Te echaron del colegio”, se tapa con una manta, se enoja, cosa que a él lo afecta. Phoebe le dice que el padre lo va a matar, que lo que pasa es que a él nada le gusta. Holden le dice que sí, que hay cosas que le gustan. Cuando Phoebe le pregunta cuáles son esas cosas que le gustan, él contesta: “Allie”. “Pero Allie murió –dice Phoebe–, ¿qué te gusta de ahora?” Le dice que le gusta lo que hizo James Castle. Acá encuentro una repetición de una escena que está en *Retrato del artista adolescente*, de Joyce, salvo que, como el escritor es estadounidense, en vez de terminar en una paliza termina con sangre y muerte. El compañerito se llamaba James Castle:

Un chico que había conocido en Elkton Hills. Se llamaba James Castle y se negó a retirar lo que había dicho de un tío insoportable, un tal Phil Stabile. Un día había comentado con otros chicos que era un creído, y uno de los amigos de Stabile le fue corriendo con el cuento. Phil Stabile se presentó con otros seis hijos de puta en su cuarto, cerraron la puerta con llave y trataron de obligarle a que retirara lo dicho, pero Castle se negó. Le dieron una paliza tremenda. No les diré lo que le hicieron porque es demasiado repugnante, pero el caso es que Castle siguió sin retractarse. Era un tío delgadísimo y muy débil, con unas muñecas que parecían lápices. Al final, antes de desdecirse, prefirió tirarse por la ventana. [...] Llevaba puesto un jersey de cuello

alto que yo le había prestado. (136)

Eso es lo que describe, lo que le gusta. No sé si se acuerdan de que en *Stephen Hero* y también en *Retrato del artista adolescente* Stephen Dedalus cuenta la escena donde un grupo de compañeros le dan una paliza porque él había dicho en clase, en respuesta a quién era el mejor poeta romántico, que era lord Byron. “¿Qué va a ser lord Byron? Es lord Tennyson.” Y Dedalus dice que es un versificador, no un poeta. No se retracta, le dan la famosa paliza. Lacan hace el diagnóstico estructural de psicosis. ¿Qué dice Dedalus inmediatamente? “Lo que más me sorprende es que el odio se me va como las capas de cebolla”: no puede odiar. Vivida descripción de la pérdida, del desanudamiento del registro imaginario.

De esta escena, queda un resto que a Holden lo conmueve: el profesor Antolini, un profesor de literatura, se quitó el saco sin importarle que se le manchara con la sangre del chiquito y cubrió el cuerpo inerte. A este profesor va después a visitarlo.

Phoebe le pregunta qué le gustaría hacer, si le agradaría ser abogado como el padre:

–Supongo que eso no estaría mal, pero no me gusta. Me gustaría si los abogados fueran por ahí salvando de verdad vidas de tipos inocentes, pero eso nunca lo hacen. Lo que hacen es ganar un montón de pasta, jugar al golf y al bridge, comprarse coches, beber martinis secos y darse mucha importancia [está hablando del padre, no es camino para él]. Además, si de verdad te pones a defender a tíos inocentes, ¿cómo sabes que lo haces porque quieres salvarles la vida, o porque quieres que todos te consideren un abogado estupendo y te den palmaditas en la espalda y te feliciten los periodistas cuando acaba el juicio como pasa en toda esa imbecilidad de películas? ¿Cómo sabes tú mismo que no te estás mintiendo? Eso es lo malo, que nunca llegas a saberlo.

Ella le insiste y él sigue:

–¿Sabes qué me gustaría ser? ¿Sabes lo que me gustaría ser de verdad si pudiera elegir?

–¿Qué?

–¿Te acuerdas de esa canción que dice “Si un cuerpo coge a otro cuerpo, cuando van entre el centeno...”? Me gustaría...

–¡Es “Si un cuerpo encuentra a otro cuerpo, cuando van entre el centeno”! –dijo Phoebe. (137)

Se los leo como es en inglés:

–*You know that song “If a body catch a body comin’ through the rye”? I’d like...*

–*It’s “If a body meet a body coming through the rye”!* (138)

En lugar de “*meet*”, él pone “*catch*”: no hay encuentro. Phoebe le recuerda que es un poema de Robert Burns. Robert Burns es un poeta clásico romántico como puede ser Bécquer para nosotros. Vivió a fines del siglo XVIII. Es un poeta que se lee en todos los colegios, se transmite como un clásico.

–Creí que era “Si un cuerpo coge a otro cuerpo” –le dije–, pero, verás. Muchas veces me imagino que hay

un montón de niños jugando en un campo de centeno. Miles de niños. Y están solos, quiero decir que no hay nadie mayor vigilándolos. Solo yo. Estoy al borde de un precipicio y mi trabajo consiste en evitar que los niños caigan a él. En cuanto empiezan a correr sin mirar adónde van, yo salgo y los atajo.

*To catch.* Por eso *El guardián entre el centeno* no es una buena traducción, porque “guardián” suena a “policía” y no es eso, el *catcher* en el béisbol es el que ataja la pelota. “Eso es lo que me gustaría hacer todo el tiempo. Vigilarlos. Yo sería quien los ataja entre el centeno. Te parecerá una tontería, pero es lo único que de verdad me gustaría hacer.” (139) Escuchemos: ¿no valdría decir que es su fantasma? En el fantasma se articula el deseo. Es también el modo que el sujeto tiene de responder a lo que le llega desde la pulsión o el Superyó.

Como no se puede quedar esa noche en la casa de los padres, cuando llegan se esconde en el armario. Luego se va, decide acudir a la casa del profesor Antolini, al cual llama en plena madrugada. El profesor y su mujer lo reciben. A ella la describe despiadadamente, que está con rulos y sin maquillaje, que tiene mucho dinero y que es mayor que el profesor. No dice que el profesor se casó con ella por dinero, lo insinúa. El profesor Antolini, cuando se entera de que lo expulsaron del colegio, también le enhebra una filípica. Lo escucha del mismo modo que al profesor Spencer, pero con un agregado interesante que nos concierne. Antes había hablado (no se los conté) con un compañero mayor que sabía de sexo, al cual interroga de un modo obsceno hasta que este advierte que está totalmente trastornado y lo deja. Ese compañero le dice: “¿Por qué no te psicoanalizas?”. Lo manda a análisis, su padre era psicoanalista. Ahora Antolini le dice:

–Esto que te voy a decir no lo ha escrito un poeta. Lo dijo un psicoanalista que se llamaba Wilhelm Stekel.

Esto es lo que... ¿Me sigues?

–Sí, claro que sí.

–Esto es lo que dijo: “Lo que distingue al hombre insensato del sensato es que el primero ansía morir orgullosamente por una causa, mientras que el segundo aspira a vivir humildemente por ella”. (140)

¿Ustedes saben quién era Stekel? Era un perverso al que Freud descubrió; presentaba casos que no existían, que inventaba. Era buenísimo en la creación, porque los discutían en las reuniones de los miércoles; los enhebraba bien, pero eran fabulados. Justo a este viene a citar.

Y les abrocha a sus palabras: “Creo que un día de estos –dijo–, averiguarás qué es lo que quieres. Y entonces tendrás que aplicarte a ello inmediatamente. No podrás perder ni un solo minuto. Eso sería un lujo que no podrás permitirte”. (141)

Comentario de Holden: “Se detuvo y dio un largo sorbo a su bebida. Luego volvió a la carga. ¡Jo! ¡Se había disparado! No traté de pararle ni nada”. (142)

A Holden le ofrecen una cama para que duerma en el *living* y, en medio de la noche, se despierta sobresaltado. El profesor estaba sentado al lado, acariciándole la cabeza. Inmediatamente se acuerda de los adultos perversos sexuales, se horroriza, se viste, le dice al profesor que se tiene que ir a buscar las valijas a la estación de tren, se va, pasa la noche durmiendo en la Central Station. Ya antes había pasado por otra situación extrema:

había entrado en plena noche al Central Park hasta sentir que se esfumaba en medio de las tinieblas y la soledad. Si se quiere pintar una escena de desolación, creo que esa es una página ejemplar.

Otra escena que va en la misma línea sucede en el momento en que espera a su hermana en un museo; se le acercan dos chiquitos, le preguntan por la zona egipcia. Se acuerda de cuando era niño, los lleva. Los chicos aguantan un breve tiempo, se van, y él dice que ese es un buen lugar para estar, entre las momias. Recuerden que, en la composición que le hizo al profesor Spencer sobre Egipto, lo único que remarcó fue las momias, muertos eternos. Él viene de un duelo no resuelto de un hermano querido, muerto de leucemia apenas hacía un año.

Vuelve a hablar con su hermana, le dice que se va al Oeste, a vivir a una granja. La hermana quiere que la lleve, él le dice que no. Cuando espera a la hermana para despedirse, ella se aparece con un bolso.

–Voy contigo. ¿Puedo? ¿Verdad que me dejas?

–¿Qué? –le dije. Casi me caí al suelo cuando me lo dijo. Se lo juro. Me dio tal mareo que creí que iba a desmayarme otra vez.

–Bajé en el ascensor de servicio para que Charlene no me viera. No pasa nada. Solo llevo dos vestidos, y mis mocasines y unas cuantas cosas de esas. Mira. No pesa, de verdad. Cógela, ya verás... ¿Puedo ir contigo, Holden? ¿Puedo? ¡Por favor!

–No. ¡Y cállate!

Creía que iba a desmayarme. No quería decirle que se callara, pero es que de verdad pensé que me iba al suelo.

–¿Por qué no? Holden por favor, no te molestaré nada, solo iré contigo. Si no quieres no llevaré ni la ropa. Cogeré solo... (143)

No la deja, ella se enoja, caminan por veredas distintas. Se encaminan hacia el zoológico. Al final ella afloja un poquito. Negocian, ella le reclama que prometa que no se va a ir. Él le dice que no la puede llevar. “Subite a la calesita”, “Yo me subo a la calesita si me prometés que no te vas, que volvés a casa”. Intervención de la hermana... Recuerden que Sally le dijo: “Estás loco, yo con vos no voy”. La hermana dice: “Dejé todo y voy con vos”. Promete que vuelve a casa. Esta historia la relata desde la internación.

Cuenta que el hermano lo irá a buscar dentro de un mes, cuando le den el alta, que lo va a visitar todos los fines de semana. De papá y mamá nada. Y dice:

D. B. me preguntó qué pensaba de todo lo que les he contado. No supe qué contestarle. Si quieren que les diga la verdad, no lo sé. Siento habérselo dicho a tanta gente. De lo que estoy seguro es de que echo de menos en cierto modo a todas las personas de quienes les he hablado, incluso Stradlater y a Ackley, por ejemplo. Creo que hasta al cerdo de Maurice le extraño un poco. Tiene gracia. No cuenten nunca nada a nadie. En el momento en que uno cuenta cualquier cosa, empieza a echar de menos a todo el mundo. (144)

Así termina la novela.

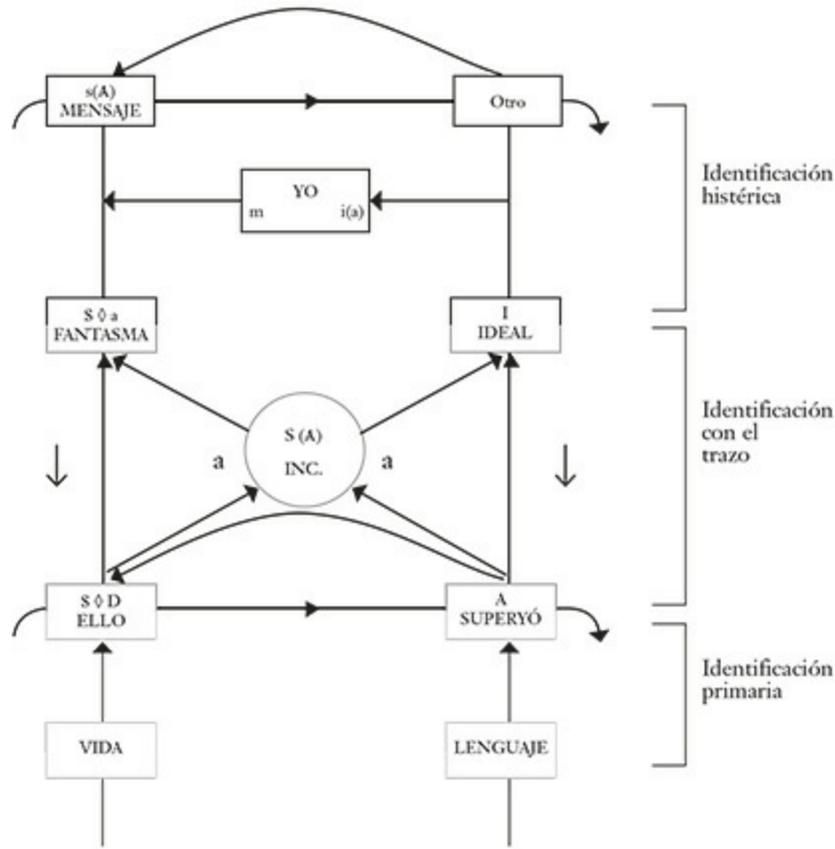
¿Qué nos enseña este relato? ¿Por qué lo traje? Estarán de acuerdo conmigo en que

lo primero que resalta es una soledad enorme y una tristeza infinita. Su enunciación, desde el comienzo –y no la ahorra cuando se dirige a nosotros–, es de acedia. Es la enunciación propia de una depresión, de un duelo no elaborado. Sabemos que esa depresión, ese duelo no elaborado, no se da en cualquiera. No cualquiera reacciona así ante la muerte de un hermano.

Del padre ya escuchamos lo que dijo: es un quisquilloso, un cascarrabias; podría ser un padre colérico. Describe que ni él ni la madre están en la casa cuando va a ver a su hermana porque están de fiesta. Es un abogado exitoso, pero leímos lo que dice él de un abogado. Su madre le compra lo más caro. “A todas las madres les gusta que sus hijos luzcan”, dice, pero no lo que él quiere. De los maestros, que podrían ser referentes, del señor Spencer dice: “Viejo y así como está, ¿para qué vive?”. Le sale apenas algo de ternura cuando lo ve envuelto en una manta navaja; la tenía de un viaje que había hecho Spencer con su mujer y con la cual se abrigaba, y dice Holden que eso lo entusiasmaba, tal vez eso justifica la vida, pero lo ve como un pobre viejo al que se le caen las cosas y los alumnos se las tienen que levantar porque no puede agacharse. Del señor Antolini, resultó ser un perverso; dice una cosa y hace otra. Podemos empezar a intuir por qué no hay encuentro, por qué no hay un cuerpo que encuentre otro cuerpo.

No puede sentir las despedidas. Solo le sale un impulso: correr. Cuando la pulsión avanza se le convierte en ansiedad; no es angustia señal, hay una diferencia. La ansiedad es un registro del sujeto: este siente una fuerza que lo empuja, pero con la que no sabe qué hacer; no es señal de que se está por pasar un umbral. Él hace eso, corre, ni siquiera mira cuando cruza la carretera. Se nota la errancia: va a un lado, va a otro, llama a uno, llama a otro. Errancia, desorientación. Pueden decirme que es un adolescente. Ciertamente, se suma el duelo no elaborado del hermano con su adolescencia y el desencuentro con lo real del sexo; no sabe qué hacer con eso, no puede. Le pregunta al compañero mayor que sabe de sexo. Se enoja con el compañero que puede, lo envidia. Una errancia que termina en dos pasajes al acto brutales: cuando la salida de la escuela culmina en la paliza que le dio este compañero; cuando la escena que podría haber sido de iniciación sexual y que no puede consumarse termina con la paliza que le brindó el ascensorista. La solución maníaca: si no es Sally es Jane, si no es Jane va a escuchar a la cantante. El desubique continúa. Cuando está en el bar le pide al mozo que le diga a la cantante si puede ir a tomar una copa con él, un pibe de 16 años al cual ni siquiera le permiten una copa de alcohol. Hay puerilidad y hasta cierta bizarría. Bizarría que los psiquiatras nombran pero cuya lógica no dan: no compone el goce acorde con las reglas del lazo social. Un chico de 16 años que está en un lugar que ya es fuera de lugar invitando a la cantante a que vaya a su mesa. Nos invita a pensar qué significa lo que hizo Phoebe y lo que no hizo Sally, la antigua novia.

Les traje nuevamente el Diagrama de flujo.



Tenemos, en el centro, el Inconsciente como lógica de incompletud. Hay algo de la pulsión que pasa por el colador del Inconsciente; procesado, se constituirá en el fantasma sostén del deseo, capaz de articularse en el lazo social con los otros. Lo mismo: cuando el Superyó pasa por el colador producirá ideales propiciatorios. Pero, si el circuito está dañado, habrá lo que emerja de la pulsión que no encuentra esa lógica de incompletud. Pulsión con la que el sujeto no puede: lo arrastra, lo lleva. Y del mismo modo con el Superyó. Destaco que las críticas que él hace son críticas que dicen bien lo Real, pero equivocan la verdad. Imaginemos un brindis, imaginemos que hoy, que es la última reunión, brindamos con *champagne*; si ustedes están de acuerdo podríamos hacerlo (alguna vez lo hicimos). Supongamos que viniera alguien como Holden y dijera: “¿Saben qué están haciendo? Se ponen contentos con un poco de líquido de un fruto que también se pudre”. Dice lo Real, pero equivoca la verdad. La verdad es que estamos festejando que recorrimos juntos un trayecto. Él describe desde un Superyó sádico y cruel. Con la misma crueldad con que se trata a sí mismo. No encuentra un lugar donde situar su deseo, no puede decir qué le gusta, salvo cuando construye ese fantasma donde invierte la situación. Él es el adulto que cuida chicos. Y es remarcable que su despliegue extenso lo haga cuando está con su hermana. ¿Qué hace su hermana? Una intervención en lo Real. Allí donde nadie lo acompaña, donde él no encuentra otro que lo acompañe y en el cual confiar, su hermana le dice: “Yo dejo todo para acompañarte”.

Estas flechas colaterales son las que indican lo transubjetivo, lo que llega desde el otro, que puede ser para lo mejor o para lo peor. En este caso la intervención de su hermana, a la cual él adora y es evidente que ella también a él: no lo quiere abandonar, lo conmueve. Es lo único que frena esa errancia que podía llegar a la tragedia a la cual parecía estar destinado.

Salinger nació en 1919. Entró en el ejército en 1942. Vio los horrores de la guerra. Fue uno de los primeros que vieron los campos de concentración con los cuerpos apilados, la gente destruida. Estuvo en Dachau. Estuvo en otro campo de concentración menos conocido. Tuvo que ser internado en una clínica psiquiátrica después de la guerra. Se casó con una alemana, de la cual se divorció. Se volvió a casar y se fue a vivir a una granja con su mujer y sus hijos. Según se dice, bastante distanciado afectivamente de todos. Y en el año 1965, siendo ya el escritor famoso de los Estados Unidos, decide no volver a dar una entrevista ni aparecer en ningún medio público de difusión. Murió en 2010, pasados los 90 años.

Algo del autor está en la obra. Que ciertamente va mucho más allá de la biografía, lo mismo que en el caso de Joyce y *Retrato del artista adolescente*.

Quiero subrayar que en la primera parte de este seminario acentuamos la importancia de que el analista trabaje lo que pasó por la lógica de incompletud e hizo regresión, porque (ya lo dijimos) el neurótico es aquel que retrotrae su deseo a la demanda del Otro. Esto es interpretable simbólicamente. Pero ahora estoy marcando lo que no es interpretable simbólicamente, cuando el sujeto no confía en la palabra. Solo lo logra cuando su hermana, ahí presente con la valija, le dice: “Aquí estoy con vos”. Es un ejemplo de intervención en lo Real.

Ciertamente uno no va a apostar acerca del resultado posterior. Por el relato del final de la novela y lo que está al comienzo, “les voy a contar lo que pasó”, no tiene la menor idea de lo que ha sucedido. Esa intervención de la hermana querida frenó en ese momento lo que podría haber sido la tragedia de la errancia, lo demás queda abierto. ¿Por qué esta novela se convierte en un *best seller* de la sociedad americana y luego en el mundo occidental? Es que la acidia del personaje, esa ruptura del velo imaginario, pone al descubierto la hipocresía de la sociedad que habitamos. Tiene también valor en el campo de la cultura, trasciende la dimensión de una psicopatología singular.

*Participante 1:* Quería preguntar si lo que le falla a Holden no es esa teatralidad que todos actuamos más o menos, que nos permite organizar la mirada del otro. Como si no tuviera posibilidad de simbolizar y sostener la escena adecuada.

*Isidoro Vegh:* Hablaste de teatralidad; diríamos que le falla el semblante. No presenta bien para lo que son los cánones de la cultura en la que él vive: cómo debiera ser la presencia de un joven de 16 años. De hecho los taxistas se burlan, el mozo de un bar y el de otro bar no le hacen caso cuando pide ron o cuando les pide que le transmitan su invitación a la cantante. Le falla el semblante. ¿Qué es el semblante? Es la cubierta imaginaria de un pedazo de Real, que se sustenta en un orden simbólico. Si miramos el

nudo borromeo, la puesta en el plano de los tres anillos, el objeto *a* está en el agujero en que se superponen los tres anillos. Tiene un borde real, un borde simbólico y un borde imaginario. En el caso del protagonista de esta novela, podemos decir que hay una falla en el sostén imaginario, que se acompaña de una falla en la articulación simbólica. Eso decide que la estructura que aquí domina (ustedes lo pueden apreciar, no llega a haber alucinaciones ni delirio) es de un cuadro depresivo grave: llega a hablar incluso del sol de la noche que describen los melancólicos, habla de suicidio, se siente bien entre los muertos. Hay algo que falla, no sostiene el semblante esperable de alguien que está en el mundo de los vivos y en el lazo social.

*Participante 2:* Dos cosas. Una, te quería agradecer la diferencia clínica entre la angustia señal y la ansiedad, cuando con la pulsión no se sabe qué hacer porque no pasó por la vía simbólica al Inconsciente y la lógica de incompletud. Me parece una distinción clínica muy fuerte, interesante para trabajarla. Me interrogo cómo uno puede sostener una presencia que no tenga que ver con la palabra. ¿Cómo hacer sin que a la presencia la acompañe la palabra? Me interrogaba si esto que él construye se llamaría “fantasma”. A mí no me parece que haya podido armar un fantasma, sino que intenta armar una escena con un semejante, porque todo el tiempo lo que falla es la presencia del otro como semejante, y él se pone en el lugar del que desearía haber tenido quién lo cuidase. Pero que no alcanza a armar un fantasma, sino más como una escena imaginaria que se le cae rápidamente, como fantasía.

*Isidoro Vegh:* Te agradezco el comentario. Por un lado, sí, es la cara imaginaria del fantasma, es un relato que él tiene conscientemente. Lo que él no tiene conscientemente es que en ese relato logra una inversión: en lugar de ser él el chiquito que se va al precipicio, se pone en el lugar del Otro que impide que el chiquito vaya al precipicio. En ese sentido podemos decir que es algo del fantasma que consigue responder a lo que le llega desde el Otro. El fantasma ya es una respuesta del sujeto a lo que le llega desde el Otro, tanto del lado pulsional como desde el lado del Superyó. Y tiene esta cualidad, es el lugar donde el deseo se articula, donde él le puede decir a su hermana: “Esto es lo que me gusta”. Por supuesto que es muy pobre, porque con eso solo en la vida no puede sostenerse. Pero, si lo tuviéramos de paciente, ya tenemos algo ahí para señalar: que los chicos caigan al precipicio no le gusta.

*Participante 3:* Va en la misma línea que la pregunta anterior. Me pareció muy interesante la distinción que nos permite pensar intervenciones del analista según la temporalidad relativa. Por lo menos dos: una sería cuando el fantasma está constituido, donde entonces hay una articulación deseante; otro tiempo podría ser cuando se da la regresión, entonces el fantasma está invertido. Me parece que nos releva, y es interesante, de pensar la cuestión clínica en términos de “hay fantasma” o “no hay fantasma”. Creo que esto nos permite pensar que hay una tercera posibilidad, que es que

en los tiempos de construcción del fantasma pueda fallar alguno de esos pasos y entonces tenemos algo más del orden de la *Fixierung* y no de la regresión. De la *Fixierung*, de una no redistribución del goce, que impide que se llegue a armar la fórmula del fantasma en el sentido de la orientación del deseo.

*Isidoro Vegh:* Sí, te agradezco también el comentario, estoy totalmente de acuerdo. En este caso, creo que no se trata de una regresión, sino más bien, efectivamente, de una fijación de inicio. Porque puede haber regresión que culmina en fijación, pero a veces hay fijaciones que lo son de inicio: algo nunca llegó a pasar por el colador del Inconsciente. Ahí el analista se encuentra con que la intervención en el plano de lo Simbólico no funciona. Yo creo que acá se trata de eso. Y, efectivamente, su lugar es el de una identificación con el objeto, con un objeto abandonado, un objeto que se siente que se ha dejado caer: son chicos a los que nadie cuida y que están al borde del precipicio. Se trata de un objeto que se deja caer o al que, a lo sumo, se llena de cosas para el lucimiento del Otro, pero que no es escuchado en lo que pide.

*Participante 4:* Me gustaría que te explayases en la cuestión de la temporalidad pero en el análisis, ya no de si el fantasma está constituido o no. Y fundamentalmente la pregunta que me hago es si un analista con experiencia puede ya arrancar a hacer intervenciones en lo Real en un poco tiempo de análisis o si hay algo en la lógica que establece que hay que esperar.

*Isidoro Vegh:* El tema tiene varias aristas. En términos esquemáticos podríamos decir que un análisis discurre primeramente (estoy hablando de neurosis) en el trabajo de aquellas regresiones que el analista, con la interpretación, tiene posibilidad de revertir a partir de las formaciones del Inconsciente, sueños, lapsus, olvidos, etc. En la medida en que descubre que hay síntomas que no ceden, que persisten y persisten, se le hace presente que esos síntomas no están constituidos bajo el modo de una regresión a la que sigue una fijación, sino que están constituidos por un goce que desde el inicio se instaló como fijación. Es entonces invitado a producir intervenciones en lo Real. Lo que sería un error es creer que en el análisis solo se trata de hacer intervenciones en lo Real. También es verdad que hay pacientes a los que en la primera entrevista nos vemos obligados a hacerles una intervención en lo Real. Recuerdo una persona que después fue paciente, que la primera vez que me vino a ver me dijo: “Yo vengo porque mi mujer me manda”. Fue la sesión más corta que di en mi vida. Me paré, le cobré lo más caro y le dije: “¿Dos hombres haciéndole los deberes a una mujer? Hasta la próxima si gusta”. Se quedó mirándome, duró menos de treinta segundos. Algunos dirán: “Qué vivo, mirá por lo que cobró”. Hay que ver si alguien se anima a hacerlo. A la semana me llamó pidiéndome una entrevista. “¿Usted o su mujer?”, “No, yo”. A veces nos vemos obligados a eso.

Intervención en lo Real, llegamos al final de este seminario. Les agradezco que me hayan acompañado, su escucha me estimula. Gracias, muchas gracias.

- [91.](#) Salinger, Jerome David: *El guardián entre el centeno*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, p. 7.
- [92.](#) Lacan, Jacques: “Hommage fait à Marguerite Duras, du *Le ravisement de Lol V. Stein*”, en *Autres écrits*, París, Seuil, 2001, p. 191.
- [93.](#) Salinger, Jerome David: *El guardián entre el centeno*, ob. cit., p. 8.
- [94.](#) *Ibíd.*, pp. 8 y 9.
- [95.](#) *Ibíd.*, pp. 9 y 10.
- [96.](#) *Ibíd.*, p. 10.
- [97.](#) *Ibíd.*, p. 11.
- [98.](#) *Ibíd.*, pp. 11-12.
- [99.](#) *Ibíd.*, p. 12.
- [100.](#) *Ibíd.*, p. 16.
- [101.](#) *Ibíd.*, pp. 17-18.
- [102.](#) *Ibíd.*, pp. 18-19.
- [103.](#) *Ibíd.*, p. 23.
- [104.](#) *Ibíd.*, p. 26.
- [105.](#) *Ibíd.*, p. 27.
- [106.](#) *Ibíd.*, p. 71.
- [107.](#) *Ibíd.*, p. 72.
- [108.](#) *Ibíd.*, p. 77.
- [109.](#) *Ibíd.*, p. 79.
- [110.](#) *Ibíd.*, p. 81.
- [111.](#) *Ibíd.*, p. 82.
- [112.](#) *Íd.*
- [113.](#) *Ibíd.*, p. 83.
- [114.](#) *Íd.*
- [115.](#) *Ibíd.*, pp. 84-85.
- [116.](#) *Ibíd.*, p. 94.
- [117.](#) *Ibíd.*, p. 95.
- [118.](#) *Ibíd.*, p. 108.
- [119.](#) *Ibíd.*, pp. 109-110.
- [120.](#) *Ibíd.*, p. 111.
- [121.](#) *Ibíd.*, p. 128.
- [122.](#) *Ibíd.*, p. 129.
- [123.](#) *Ibíd.*, p. 131.
- [124.](#) *Ibíd.*, p. 133.
- [125.](#) *Ibíd.*, p. 139.
- [126.](#) *Ibíd.*, pp. 139-140.
- [127.](#) *Ibíd.*, p. 140.

- [128](#). *Ibíd.*, pp. 152-153.
- [129](#). *Ibíd.*, p. 163.
- [130](#). *Ibíd.*, pp. 171-172.
- [131](#). *Ibíd.*, pp. 173-174.
- [132](#). *Ibíd.*, p. 174.
- [133](#). *Ibíd.*, p. 175.
- [134](#). *Ibíd.*, p. 177.
- [135](#). *Ibíd.*, p. 185.
- [136](#). *Ibíd.*, pp. 221-222.
- [137](#). *Ibíd.*, pp. 223-224.
- [138](#). Salinger, Jerome David: *The catcher in the rye*, Nueva York, Back Bay Books, 2001, p. 224.
- [139](#). Salinger, Jerome David: *El guardián entre el centeno*, ob. cit., p. 225.
- [140](#). *Ibíd.*, p. 244.
- [141](#). *Íd.*
- [142](#). *Ibíd.*, p. 245.
- [143](#). *Ibíd.*, p. 264.
- [144](#). *Ibíd.*, pp. 273-274.

# Índice

Portadilla	3
Legales	5
Agradecimientos	6
Prólogo	7
1. ¿Por qué falo-castración?	9
2. El campo es freudiano, el Inconsciente es lacaniano	26
3. Del sujeto supuesto al sujeto puesto en acto. Un bucle extraño	42
4. ¿Por qué subversión del sujeto?	58
5. Entre el deseo y el goce	73
6. Pliegues: anticipaciones y retroacciones en la obra de Lacan	90
7. El Diagrama de flujo. Cuando la palabra no alcanza	107